

aldís

LA OTRA
ISLA DEL
DR. MOREAU



Lectulandia

En los primeros momentos de la guerra, una cápsula del espacio es sabotada mientras regresa de un viaje a la Luna. El balance: una persona muerta y otras tres a la deriva en una balsa en medio del Pacífico. Sólo uno de ellos sobrevive y alcanza a ver los acantilados de una isla dominada por una letra enorme: M. La apariencia de los habitantes de esta isla sorprende vivamente al náufrago, Shaw: aunque humanos, hay en ellos algo enigmáticamente bestial. El genio siniestro responsable de estos híbridos es Mortimer Dart, una víctima de la talidomida fascinada por las deformidades humanas y que ha llevado a cabo una serie de experimentos que duplican los del legendario doctor Moreau de H.G. Wells. Brian Aldiss rinde un sentido homenaje a Wells en la que constituye una de sus obras mayores.

Lectulandia

Brian W. Aldiss

La otra isla del doctor Moreau

ePub r1.0

Titivillus 21.04.15

Título original: *Moreau's other island*

Brian W. Aldiss, 1980

Traducción: Rubén Masera

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

HUNDIRSE bajo la superficie del océano era entrar en un mundo de sonido. Éste en gran parte tenía su origen en seres orgánicos que por siempre transmitían sus señales y sus necesidades en armónicos que se situaban en una escala conmensurable con su medio, desde el más agudo y veloz chillido al más grave de los gruñidos. No había oído en ese vasto elemento que pudiera abarcar el intervalo de frecuencias presentes.

Cerca de la superficie del océano los sentidos eran ligeros y múltiples, y los organismos que los transmitían igualmente abundantes y minúsculos. Más abajo, donde nadaban los peces mayores, prevalecía una nota más profunda. Más abajo aún, más profundo todavía. A medida que la luz se atenuaba, a medida que la presión aumentaba al llegar a los valles y colinas del lecho del océano, los sonidos se volvían infrecuentes y adquirían una lúgubre nota afín con las inmediaciones.

También persistía otra gama de sonidos. Otro orden de existencia enteramente distinto lo emitía: emanaba de lo inorgánico, del manto de agua que se movía incesante sobre los paisajes sumergidos de su dominio. Estas cadencias sin garganta habían sido audibles casi desde el principio del tiempo, por cierto mucho antes que hubiera el menor estremecimiento de vida. Corrientes, olas, mareas, ríos sumergidos, lagos y mares hundidos, todo servía como inquieta atmósfera de un mundo alejado de las criaturas sensibles cuya existencia se confinaba a los territorios expuestos sobre las aguas planetarias.

Este océano era de considerable profundidad. Sus dimensiones se extendían miles de millas en todas direcciones. Ocupaba un tercio de la superficie del planeta y cubría una superficie mayor que la de todas las tierras expuestas. Un observador con inclinaciones filosóficas podría haberlo considerado el inconsciente del mundo, contrastado de las tierras expuestas que —a la luz de esta idea bastante caprichosa— podrían considerarse el asiento de una incierta conciencia.

En el inconsciente acuoso del planeta todo era como de ordinario, todo como había sido por millones de años. En tierra, en otro elemento, la prolífica conciencia individual de la especie dominante se encontraba en un estado de fermentación por encima de lo normal. Estaban llenas sus acciones de sonido y de furia. Se habían empeñado en una guerra global que amenazaba convertir en un yermo gran parte de las tierras expuestas además de provocar su propia extinción.

Este militar estruendo apenas pasaba la superficie del gran océano. No obstante, aun allí, aun allí era posible buscar y encontrar contraindicaciones, síntomas de dolor.

Otrora los meteoros que atravesaban luminosos el cielo de la noche se consideraron portentos de solemnes acontecimientos. El océano también recibió portentos de un elemento ajeno. Como una lluvia de escombros meteóricos, el metal de una nave desintegrada se esparcía por millas en el mar. Lentamente los fragmentos

se hundían girando en el agua, reflejando cada vez menos la luz de lo alto al caer. Bajaban hacia la zona de enormes presiones y permanente crepúsculo.

Finalmente todo lo que quedó del *Leda* reposó sobre una llanura baldía cerca del ecuador, hundiéndose en el limo primordial bajo seis mil metros de océano.

1. SOLO EN EL PACÍFICO

EN tiempos de paz la caída de la nave de enlace espacial *Leda* en el Pacífico habría resultado lo bastante dramática como para que la mayor parte del mundo se hubiera enterado de ella a la hora de la comida. Durante los primeros meses de guerra en 1996, el accidente apenas se advirtió más allá del anuncio de que un Subsecretario de Estado había desaparecido.

No es mi intención entrar aquí en detalles acerca de esa catástrofe. No forma parte de la espantosa historia que me propongo relatar. Baste decir que mi secretario y yo éramos los únicos pasajeros, y que la tripulación se componía de dos miembros, James Fan Toy y José Galveston. La nave se hundió en el Pacífico cerca del ecuador, latitud 2° sur, longitud 178° este. Mi secretario murió con el impacto; en un momento de pánico saltó antes que chocáramos y se le quebró el cuello.

La nave flotó el tiempo bastante como para que Fan Toy, Galveston y yo pudiéramos salir de ella y saltar a una balsa salvavidas inflable.

Escapar de ahogarse es una cosa; escapar del océano, otra bien distinta. La guerra se libraba al norte, lejos de nosotros y estábamos en una zona del océano poco frecuentada. No divisábamos aviones, ni barcos, ni tierra. Los días sucedían a los días y el espantoso poder del sol se hacía sentir de continuo. Teníamos escaso abrigo y menos agua todavía; debimos reducirnos a una ración de dos tragos al día. Como nuestras energías vitales iban consumiéndose, yacíamos acostados bajo un pabellón de plástico inflable sin ya remar ni vigilar siquiera el inalterable horizonte que nos rodeaba. El octavo día, temprano por la mañana antes que el sol hubiera subido lo bastante como para quemarnos, Fan Toy dio un grito y señaló algo que flotaba sobre las aguas. Nos pusimos en pie y miramos ansiosos apoyándonos los unos en los otros para mantener el equilibrio.

¡Cuán vívidamente recuerdo ese momento, con el hedor de nuestros cuerpos y el material del bote, el incesante movimiento de las olas, la vasta extensión del mar! En el agua había un delfín que avanzaba lentamente hacia nosotros.

—Nos trae ayuda —dijo Fan Toy. Habíamos emitido por radio una llamada de auxilio cuando el *Leda* penetró en la atmósfera de la Tierra. Bien podría ser que fuera éste un delfín naval que viniera a guiarnos hasta un submarino en las cercanías: era ésa la esperanza que inspiraba la presencia del animal.

—No estés tan seguro de que sea de los nuestros —dijo Galveston.

Hundimos las manos en el agua y nos salpicamos las caras ampolladas y los ojos para tratar de ver con mayor claridad.

—Sí, es uno de nuestros muchachos —dijo Fan Toy—. Mirad las estrellas y las bandas que tiene impresas en la cola.

También yo estaba mirando y pude ver la insignia cuando él la mencionó.

—Avanza lentamente. Quizá esté lastimado —dije. Lo que no era más que una oleada parecía una tremenda tempestad para la criatura; se meneaba a uno y otro lado mientras se acercaba a nosotros. Galveston cogió un remo.

—No me gusta el aspecto de ese bicho. ¡Aléjate! —Cuando lo tuvo a su alcance, lo golpeó.

—No seas necio —dijo Fan Toy tratando de quitarle el remo a Galveston. Los dos hombres lucharon débilmente.

Otra cosa atrajo momentáneamente mi atención. Un cardúmen de peces voladores —sólo el segundo desde que estábamos en la balsa salvavidas— pasó por detrás de nosotros cortando las olas en su vuelo. Uno de ellos, algo apartado de sus compañeros, cayó detrás de nosotros en la balsa.

Era comida. Cuando me agaché para cogerlo, mi mirada captó algo a lo lejos en el horizonte. No me era posible discernir qué era; posiblemente el mástil de un barco que resplandecía al sol. Me incliné para agarrar el pez que se debatía.

Lo hice. En ese momento se produjo la explosión. Me golpeó con un muro de sonido y me arrojó al mar.

Volví a la superficie medio ahogado y ensordecido. El agua bullía a mi alrededor. La balsa salvavidas había desaparecido. También Fan Toy y Galveston. Los llamé por sus nombres. Miembros y carne flotaban en el océano a mi alrededor, rojos tentáculos arrastrados se dispersaban en las aguas. Habían quedado destrozados como el delfín y la balsa.

Lo único todavía a flote y felizmente intacto era el pabellón inflable. Me las compuse para subir a él, arrojar el agua con las manos y lograr un precario equilibrio. También me las compuse para recobrar un remo. Entonces yací donde me encontraba sumido en sopor mientras el oído me volvía lentamente; pero no mis compañeros.

Por alguna razón, había vuelto a salvarme. Me dije triunfalmente —aun murmuré las palabras en alta voz con mis labios resquebrajados— que mi amor por Dios y la patria me ha llevado a través de los peligros a la victoria. No me cabía duda que elementos subversivos de la base lunar habían saboteado el *Leda*, y que ese sabotaje me estaba dirigido. No obstante, había sobrevivido. Y seguiría sobreviviendo.

Quizá Fan Toy y Galveston habían estado involucrados en la traición, pues no se puede confiar en nadie en una guerra global. Ellos habían sido aniquilados. Yo vivía.

Ahora tenía un bote provisional. Me sentía demasiado aturdido en un principio como para que me fuera posible remar. Pero una ligera brisa arrastró al pabellón y me transportó, alejándome de la carnicería flotante. Lo cual me alegraba. Dos tiburones empezaron a rondar la zona. Luego se acercó otro y otro tras él. No tardé en divisar muchas aletas triangulares que giraban velozmente en torno a la zona ensangrentada.

Apenas cabía duda de lo ocurrido. El delfín había recibido adiestramiento naval. Debió de haber sido destinado a una misión suicida, cargado con un explosivo, quizá nuclear, con una meta particular. Las defensas enemigas lo habían detectado y lo habían herido. Casi sin sentido había seguido nadando vaya a saber cuánto. Al ver

nuestra balsa se había acercado probablemente en busca de ayuda. Galveston lo había golpeado con el remo y la carga explosiva había detonado. Confirmaba esta teoría el modo en que encontramos al delfín, que nadaba solo. El delfín corriente, cuando recibe una herida, busca la ayuda de su propia especie, que es capaz de darle escolta centenares de millas si es necesario, hasta un sitio seguro donde pueda recuperarse. Nuestro delfín, cargado de muerte, tuvo que viajar solo hasta el final.

Era imposible estar de pie en mi endeble pabellón. Sólo podía sentarme y mirar a mi alrededor buscando otra vez en el horizonte esa cosa resplandeciente. No se la veía por parte alguna.

Mis fuerzas empezaron a abandonarme junto con la esperanza. El sol ardía poderoso y encontré un cubo flexible con el que me cubrí la cabeza para protegerme. Me dejé caer nuevamente acomodándome lo mejor que pude, incapaz de remar, pues no sabía hacia dónde hacerlo.

Segundos, minutos, horas transcurrieron antes que volviera a mirar a mí alrededor. ¿Quién podrá concebir los miles de pensamientos que me pasaron por la cabeza? Cuando finalmente abandoné mis ensoñaciones y miré a mí alrededor, había una isla a la vista.

¡Qué hermosa lucia, cuánto más positiva, más creada que el miserable elemento que ondeaba a mi alrededor! Me puse de pie en mi entusiasmo y el bote zozobró inmediatamente. Una vez que estuve de nuevo en él, me volví ansioso para ver lo que fuera posible ver.

A esta distancia la tierra parecía una gran roca con una cima plana. En esa cima se había levantado una instalación de alguna clase; esto era lo que había visto cuando me agaché a coger el pez volador. Aunque ese indicio de humana empresa me llenaba de esperanzas, tuve reservas desde un principio; el mundo estaba tan atestado de maquinarias automatizadas de diversa especie, que la presencia de una instalación no era prueba de que hubiera hombres en las cercanías. No obstante, aun una isla desierta era cien veces mejor recibida que el mar abierto. Morir bajo una palma se había convertido de pronto en la idea del paraíso.

La isla estaba todavía distante. Una corriente me llevaba hacia ella, y me contenté por un rato con yacer de espaldas agotado y dejarme llevar. Otra vez erró mi mente a medias delirante; me vi involucrado en complejas situaciones con gente que no conocía, pero que me parecía reconocer.

Cuando me arranqué del letargo, el sol estaba bajo en el oeste y magníficas capas de nubes lo rodeaban para celebrar su descenso. La isla estaba considerablemente más cerca; me era posible ver los muros grises del acantilado. La instalación había desaparecido en la luz del atardecer avanzado.

Me había quedado por completo sin agua potable. Aunque estaba agotado, cogí el remo e intenté guiar mi frágil embarcación hacia la isla. Porque tuve miedo de que las corrientes oceánicas pudieran llevarme lejos de este refugio en las horas de oscuridad y que a la mañana hubiera quedado a popa muy atrás. Si así fuera sin duda moriría.

Mi oportunidad era ahora... o ya nunca más.

Estaba todavía remando cuando cayó la noche. Era glorioso y terrible a la vez ver como el mundo abandonaba veloz el día y se anegaba en la noche; aun en mi estado de agotamiento me impresionaba, y dirigí una oración a Dios.

La brisa que me había arrastrado hacia el oeste, cambió de dirección al caer la tarde. Mi bote casi se había detenido. Luché en la oscuridad tanto como pude, desmoronándome por fin en el fondo de mi embarcación donde dormí por intervalos a medias sumido en delirio.

Desperté antes del amanecer, calado de frío, convencido de que me moría. Yacía como un paquete roto, abrazado a mi remo, con la mandíbula colgante y la boca resquebrajada cuando los procesos de la Tierra llevaron la luz a esta parte del mundo.

Abrí los ojos y levanté la cabeza. Altos acantilados se alzaban muy cerca, iluminados por el sol. Se elevaban abruptos desde las olas sin costa. Muy por encima del nivel del agua crecían arbustos que coronaban los acantilados. Los pájaros revoloteaban sobre ellos. Miré fijamente a los pájaros maravillado. Mi pabellón se trasladaba lentamente hacia el oeste otra vez, a no más de trescientos metros de los acantilados.

Un detalle era en especial notable. Tallada en el acantilado, en un sitio aparentemente inaccesible, había una letra de tamaño gigantesco.

La letra me fascinaba. La miraba fijamente tratando de encontrarle un sentido pero a mi ofuscada imaginación parecíale independiente de significación alguna, existir sólo de por sí. Su forma misma sugería una tenaz independencia bípeda. Era una enorme letra M.

Los acantilados deslumbraban con la luz reflejada, pero la M era negra. Quien quiera que la hubiera esculpido en la roca había querido asegurarse de que fuera visible desde lejos llenando el hueco abierto con alquitrán o alguna negra sustancia empleada.

Se me colmó la mente de vagos pensamientos religiosos. Oí que mi voz decía desde labios resquebrajados: —En el principio fue la letra.

Reí débilmente, Luego me dejé caer nuevamente en el bote.

Cuando logré mirar otra vez, la M había quedado algo atrás un doble pilar negro. Los acantilados más cercanos se habían vuelto menos escarpados y estaban en sombra. Los árboles eran más visibles. Aun imaginé que había visto un edificio entre los árboles al dejar caer una vez más la cabeza. Pero la insistente idea de que debía hacer algo irrumpió en mi nuevamente y otra vez logré incorporarme. Me salpiqué la cabeza y el cuello con agua de mar, aunque la sal me hizo arder los labios.

El bote estaba dejando atrás un acantilado que miraba al suroeste a no más de trescientos metros de distancia. De ordinario nadar hasta la costa me habría parecido fácil; ahora, todo lo que pude hacer fue formar bocina con las manos y pedir socorro; pero debía competir con el ruido de las olas, y la sequedad de la garganta me ahogaba.

Me di cuenta de que en menos de una hora habríamos llegado al extremo de la isla y sería llevado al mar abierto otra vez. Los acantilados estaban volviéndose menos masivos. En el punto occidental extremo sería posible trepar a la costa. Cuando llegara a esa altura, tendría que arrojarme al agua confiando en Dios y en el resto de las fuerzas que me quedaban para llegar a la orilla.

Cuando me estaba preparando para esta prueba, descubrí que me estaban observando. Tres o cuatro nativos estaban bajo unos árboles altos entre malezas, mirándome. A esta distancia no podía ver claramente pero algo en ellos —fuera sus caras o su actitud— me dio la impresión de una singular bestialidad. Estaban de pie casi inmóviles y me miraban fijamente por sobre el agua; luego desaparecieron; las malezas se agitaron por un instante y luego quedaron quietas.

Volví la atención al extremo de la isla, que, era posible verlo ahora, tenía como vástago una isleta a cierta distancia de sus costas. Era cuestión de ver si la corriente que me arrastraba me alejaría de la isla o me llevaría cerca de ella, entre ella y la isleta —si se daba este último caso, no sería difícil ganar la costa.

Mientras estaba considerando esta cuestión, una pesada barca con tronante motor vino desde detrás de la isla. Dejando una estela de blancas aguas, trazó una curva y vino a mi encuentro.

En la barca había dos hombres. Sólo tenía un claro atisbo del hombre que tenía a su cargo la rueda del timón. Tenía la cara negra y una vez más, como los que me espaban desde el acantilado, me dio una impresión de brutalidad.

La barca que conducía estaba pintada de un pardo lodoso. Cuando avanzó hacia mí y se lanzó torpemente por el través, la onda que alzó hizo zozobrar mi pabellón. Me encontré debatiéndome en el agua. Medio ahogado, oí las maldiciones de los hombres en el bote; luego fui asido de las muñecas y los hombros, y alzado sin ceremonias a la barca de desembarco, como oí a uno de ellos que la llamaba.

No bien me tuvieron en cubierta, el bote se puso otra vez en movimiento, virando violentamente. Dejaron que rodara en cubierta como un atún recién pescado, tosiendo y escupiendo el agua de mar a mi alrededor.

Cuando me hube repuesto ligeramente, logré sentarme. Me encontré con la cara más espantable que hubiera visto nunca. De cerca su brutalidad resultaba abrumadora, de modo que casi creí que deliraba.

Bajo un colgante sombrero de cuero no había frente alguna, sólo una cara protuberante cubierta de vello. La mandíbula era prognata y carecía de barbilla. Los ángulos de la boca enorme casi se desvanecían en el absurdo sombrero y sus labios apenas eran lo bastante carnosos como para ocultar los grandes incisivos de la mandíbula inferior. Sobre esta boca formidable había una nariz semejante a un hocico que se le arrugaba en una sonrisa de hiena, y dos ojos casi desprovistos de párpados. Estos ojos me contemplaban ahora, se fijaban en mí con un opacado fulgor rojo. Me eché atrás sobrecogido. Pero, sin embargo, por fuerza debí mirarlos con fijeza.

El monstruo me contemplaba con la más extraña expresión, a la vez agresiva y

tímida, como si estuviera a punto de lanzarse sobre mí o de escaparse corriendo.

Sólo por un instante nos miramos mutuamente tan de cerca. Sólo por un instante hubo entre nosotros esa extraña ambigüedad de mirada. Entonces el extraño hombre negro recibió un golpe en la espalda que le asestó su compañero.

—¡Vuelve al timón, George! —le gritó éste—. ¡Nada de jugarretas!

El negro George volvió a su puesto arrastrando frenéticamente los pies, por completo desprovisto de dignidad. Era un tío grande y corpulento de tremendos hombros, pero de piernas cortas. Estaba aprisionado en un mono de trabajo gris.

Cuando centré la atención en el otro hombre, mi primera impresión apenas fue algo más favorable. ¡Vaya lugar al que vine a parar! —pensé—. Este espécimen era reconociblemente caucásico y sin deformaciones visibles, pero era también un grandísimo y voluminoso bruto. Tenía la cara ancha y descolorida; con una expresión infatuada y torva. Los ojos eran del mismo color pastoso de la piel; miraron por un instante directamente los míos y luego se desviaron, de manera tan furtiva, que me desconcertó tanto como la salvaje mirada de George. Evitaba siempre mirar directamente.

Aunque todo en él parecía por entero desfavorable —aparte del hecho fundamental de que me había rescatado del mar—, tuve la impresión de que era un hombre inteligente, aun sensitivo, que estaba tratando de ocultar en si mismo un espantable conocimiento: y que ese esfuerzo lo había brutalizado.

Tenía los cabellos atezados y descuidados y una dispersa barba entre parda y amarilla. Llevaba una escopeta recortada colgada de un hombro y en la mano derecha una botella.

Cuando vio que lo miraba, me ofreció la botella sin mirarme directamente y dijo burlón: —¡Tiene aspecto de que no le vendría mal un trago, héroe!

—Necesito agua —dije.

Mi voz era un graznido. La suya era espesa y tenía un curioso acento. Transcurrió un tiempo antes que me diera cuenta que el inglés no era su lengua nativa.

—Vino de palma para la mañana. Cosecha reciente. Bueno para su salud.

—Necesito agua.

—Como guste. Tendrá que esperar hasta llegar a tierra.

George guiaba la barca de manera oscilante entre la isla y la isleta terminal, agachado con una especie de escrupulosa ferocidad sobre el timón. Alcancé a divisar una estrecha franja de playa. El rubio le gritó a George que fuera más derecho.

—¿Qué lugar es éste? —pregunté.

Él me cubrió con su mirada, desgarrado entre la piedad y el desprecio.

—Bienvenido a la Isla de Moreau, héroe —dijo. Bebió otro sorbo de la botella.

2. CIERTA COMPAÑÍA EN TIERRA

LA barca entró en un estrecho canal con roca a la izquierda e isla a la derecha. El mar abierto por delante indicaba que aunque la isla tuviera varios kilómetros de largo, media bastante menos de ancho, cuando menos en este extremo occidental. La playa era una estrecha franja de arena, encerrada en corchetes de rocas y piedras y cubierta de malezas. George nos llevó oscilante de costado a esa franja, agachado junto al timón y esperando nuevas instrucciones mientras me clavaba la mirada con desconfianza.

—¿Le es posible caminar? —me preguntó el rubio.

—Puedo intentarlo —contesté.

—Tendrá que intentarlo, héroe. Ésta es su bajada. No hay ambulancia aquí. Tengo que atender las redes de pesca y eso es ya molestia bastante. George lo llevará hasta la sede. ¿Entendido?

Involuntariamente miré a George con sospecha.

—No le hará daño —dijo el rubio—. Si atravesó el campo minado con bien, no tiene nada que temer de George.

—¿A qué clase de lugar he llegado? ¿Hay otros... hombres blancos aquí? Ni siquiera sé su nombre.

El rubio miró a cubierta y frotó sus sucios zapatos uno contra el otro.

—No es usted bienvenido aquí, héroe, es mejor que se enfrente con el hecho. La Isla de Moreau no está exactamente equipada para satisfacción del turista. Pero puede que le encontremos algo que hacer aquí.

—Mi tarea está en otro sitio —dije yo con aspereza—. Un montón de gente estará buscándome en este mismo momento. La nave del CAEYA en que venía cayó al Pacífico a cierta distancia de aquí. Mi nombre es Calvert Madle Roberts y ocupo un importante puesto en el gobierno. ¿Cómo se llama usted? No me lo ha dicho todavía.

—No creo que sea asunto de su maldita incumbencia ¿no le parece? Me llamo Hans Maastricht y no me avergüenzo de ello. Baje a tierra ahora. Tengo cosas que hacer o me veré en dificultades.

Se volvió hacia George y golpeó la escopeta recortada que le colgaba del hombro para dar énfasis a sus palabras.

—Lleva a este hombre derecho a la sede ¿entendido? Ve con él ante el Amo. No te detengas en el camino, no provoques dificultades. ¿De acuerdo? No permitas que los otros del pueblo provoquen dificultades ¿de acuerdo?

George lo miró, me miró a mí y luego de nuevo al otro balanceando la cabeza de manera confusa.

—¿Habla inglés? —pregunté.

—Esto es lo que capta mejor —dijo Maastricht golpeando de nuevo la escopeta

recortada—. Apresúrate, George. Ayuda a este hombre a llegar a la sede. Yo volveré cuando haya examinado las redes de pesca.

—Entendido —dijo George—. Apresúrate. Ayuda a este hombre a la sede, vuelve cuando haya examinado las redes.

—Tú sólo ayúdalo a llegar a la sede sano y salvo —dijo Maastricht golpeándolo con fuerza entre los hombros.

El voluminoso individuo saltó al agua vadosa y tendió una mano para ayudarme. Yo digo mano... era una enorme cosa negra y deforme la que me tendía. No había otro remedio que tomarla. Tuve que saltar y caí prácticamente en sus brazos, apoyándome por un momento contra su pecho como un tonel.

Una vez más sentí en él la misma repugnancia que luchaba dentro de mí. Retrocedió un paso de un salto sorprendiéndome falto de equilibrio, de modo que caí de manos y rodillas en las aguas vadosas.

—¡Poneos en orden! —gritó Maastricht con una carcajada. Disparó al aire con su escopeta recortada, presumiblemente como advertencia y luego guió la barca hacia el sitio donde el canal se ensanchaba.

George lo miró partir y luego se volvió hacia mí casi amedrentado. Su mirada examinó la mía; como prácticamente no tenía cuello, encorvó los hombros para hacerlo, como si fuera corto de vista. Al mismo tiempo me tendió su mano mutilada. Yo estaba todavía de rodillas en el agua. Había algo conmovedor en el ademán de la criatura. Le cogí el brazo y me puse en pie.

—Gracias, George.

—Yo, George. ¿Usted no se llama George?

—Me llamo Calvert Roberts. Te agradezco la ayuda.

—Usted tiene Cuatro Miembros Largos. Usted agradece su ayuda —se llevó la garra a la cabeza como si tuviera que habérselas con conceptos que sobrepasaban su capacidad—. Usted agradece mi ayuda. Usted agradece la ayuda de George.

—Sí. Me siento algo tembloroso.

—Usted... encuentra en el agua ¿sí? —señaló con un ademán el mar abierto.

Era como si intentara visualizar algo ocurrido mucho tiempo atrás.

—¿Por dónde se va a tu sede, George?

—La sede, sí, vamos, no provoques dificultades. No te detengas en el camino, sin dificultades —su voz tenía una extraña cualidad de coágulo. Nos encontrábamos en la playa pedregosa con una hilera de palmeras y malezas donde terminaba, mientras se desarrollaba una comedia de confundidas intenciones, o lo que podría haber sido una comedia si hubiera tenido fuerzas para encontrar graciosa la situación. George no sabía si debía andar delante de mí o detrás. Sus movimientos arrastrados indicaban que no lo satisfacía ninguna de las dos alternativas.

La superficial amabilidad de nuestra conversación (si le cabe la dignidad de ese nombre) de ningún modo aminoró el miedo que me inspiraba George. Era monstruoso y su cercanía física me seguía siendo aborrecible. Algo en su actitud

despertaba desconfianza. La sonrisa de chacal de su cara parecía todo el tiempo en guerra con cierto elemento de jabalí que había en su composición, de modo que estaba en permanente duda de si estaba a punto de echarse a correr o de abalanzarse sobre mi; y la manera nerviosa en que arrastraba los pies al andar mantenía esa duda en el centro de la atención de mi mente.

—Tú guías, yo te sigo, George.

Creí que se echaría a correr y se ocultaría entre las malezas. Lo intenté otra vez.

—Muy bien. Yo iré delante y tú puedes seguirme.

Creí que me atacaría.

—¿Usted no me guía?

—Quiero llegar a la sede, George. Tengo mucha sed. No hay peligro alguno ¿no es cierto?

Sacudió su cabeza de un lado al otro diciendo:

—Peligro, sí. No. No te detengas en el camino, no provoques dificultades. Ve con él ante el Amo.

Yo empecé a andar. Él avanzó inmediatamente y permaneció exactamente a un paso de distancia por detrás, con sus ojillos de cerdo firmes en los míos cada vez que volvía la cabeza. Si no hubiera estado tan agotado, habría experimentado mayor temor o la situación me habría resultado más divertida.

En mi estado y con esta compañía, no estaba en condiciones de apreciar el paisaje. Sin embargo, me produjo una inmediata y sólida impresión, una impresión formidable y silenciosa. Bajo los pies se extendía ese quebrado territorio marginal que señala la división entre océano y tierra, aun en una cuña de tierra tan precaria como ésta. Por delante había rocas blanqueadas y el verde sombrío de palmeras y espinos. El océano lucía su eterno estremecimiento; el follaje colgaba silencioso y expectante, muy lejos de darme la bienvenida.

Las malezas llegaban casi al borde del agua. Vi un sendero que avanzaba entre los árboles y lo cogí.

George ya había llegado a una conclusión acerca de mí porque dijo: —Él tiene Cuatro Miembros Largos. Usted tiene Cuatro Miembros Largos.

—Ése es un atributo de la humanidad —dije con aspereza.

George dijo o, más bien, salmodió:

—¡Cuatro Miembros Largos... Ésos son Malos Cantos!

—¿De dónde sacaste esa idea? —pregunté. Pero no me detuve a esperar la respuesta. Me eché a andar por el sendero y él, de un salto, se pegó a mis talones a un paso de distancia. Era un alivio estar otra vez entre los árboles, a la sombra. Después de todos los días pasados en el bote mi andar era incierto, aunque sentía que me volvían las fuerzas a medida que avanzábamos.

Muchas cosas preocupaban a mi mente y no era la menor de ellas mi debilidad contrastada con la fuerza del bruto imbécil que tenía a mis espaldas. También me intrigaba lo que había dicho Maastricht —a quien por su acento, le atribuí

nacionalidad holandesa—: «Bienvenido a la Isla de Moreau». El nombre tenía significado para mí, aunque no podía situarlo en absoluto. ¿La Isla de Moreau? ¿Había habido algún escándalo relacionado con ella?

A pesar de estas preocupaciones, cuidé de vigilar alerta mis inmediaciones, pues había habido cierta amenaza en las advertencias que Maastricht dirigiera a George. ¿Con qué o con quién era probable que nos encontráramos?

Esta franja de la isla tenía poco que ofrecer, aparte de la singular virtud de ser tierra firme. La roca a la derecha, esculpida por el agua en algún periodo anterior de la historia, albergaba a muchas criaturas escurridizas, aunque probablemente nada más exótico que aves y lagartos. El bambú nos rodeaba por todas partes, creciendo en las cavidades de la roca y en el terreno, que estaba lleno de piedras y grandes conchas. La espesura era tan densa como para obstruir nuestro camino, aunque permitía que una filigrana de luz solar y sombra quedara trazada a nuestro paso. De vez en cuando alcanzábamos a ver el mar brillante a través de un enrejado de hojas.

A cierta altura casi me caigo al tropezar con una de las grandes conchas. La volví de lado de un puntapié y observé que era el caparazón blanqueado de una tortuga. Parecía casi que estuviéramos andando por un cementerio de tortugas, tanta era la densidad en la que estaban esparcidas; no había el menor signo de alguna que estuviera con vida.

A ambos lados había piedras, algunas de ellas tan altas como nosotros. Luego debimos avanzar entre ellas, y tuve a George alarmantemente cerca de mi vulnerable cuello. Dos de estas grandes piedras formaban virtualmente un portal, más allá de ellas acechaban otros miembros de la tosca raza de George.

Los vi entre la espesura por delante y me detuve a pesar de mi mismo.

—¿Por qué se esconden? ¿Qué les pasa? —dije volviéndome hacia George.

Con una mirada taimada, a la vez furtiva y amenazante, George dijo: —Cuatro Miembros Largos... Ésos son Malos Cantos... Cuatro Miembros Cortos... Ésos son Buenos Cantos—. Empezó a arrastrar los pies en el polvo. Sus ojos rehuían los míos.

No tenía sentido intentar conversar con él. Ahora que su propia especie estaba cerca, parecía más peligroso que nunca.

—George, llévame en seguida a la sede ¿de acuerdo? No te detengas, no provoques dificultades, no permitas que nadie provoque dificultades ¿de acuerdo?

Empezó a jadear como un perro con la lengua colgante.

—Tú no tienes carabina, Cal... —quizá intentó recordar mi nombre; si así era, no lo logró y su intento de llamarme por el nombre de pila mostraba una familiaridad que no me era nada agradable.

Recordaba lo que Maastricht había dicho: «El Amo tiene una carabina».

Levantó uno de sus poderosos hombros delante de mí, apartando la mirada y musitando: —Si, entendido, el Amo tiene carabina...

—Ven entonces.

—Alejaos vosotros. Tenemos prisa —grité avanzando entre las piedras.

Un asombroso despliegue de caras me espiaba desde las malezas. Tenían semejanza de familia con George, aunque en su deformidad había una gran variedad. Había hocicos vueltos hacia arriba y probóscides vueltas hacia abajo; bocas sin labios, bocas con labios aserrados, caras imberbes y caras por completo cubiertas de pelos o de vello; ojos que resplandecían sin párpados visibles, ojos que soñaban bajo pesados párpados de caballo. Todas estas caras estaban vueltas hacia mi con aire de sospecha, narices fruncidas por mi causa, y todas se las componían para evitar mi mirada directa por la distancia de un pelo.

En algunos ojos sumidos en sombras más profundas, sorprendía el resplandor rojo o verde de una cambiante iridiscencia, como si estuviera delante de animales salidos de un ridículo cuento de hadas.

A decir verdad recordaba las series de dibujos de artistas como Charles Le Brun y Thomas Rowlandson, en los que las fisonomías de hombres y mujeres evolucionaban a través de varias transformaciones hasta adquirir el carácter de la fisonomía animal: toros, leones, leopardos, perros, bueyes y cerdos. El efecto era a la vez caricaturesco y alarmante. Avancé batiendo palmas lentamente, y lentamente ellos cedieron terreno.

Pero llamaban a George, que todavía me seguía.

—¿Él no tiene Cuatro Miembros Largos?

—¿Es del laboratorio?

—¿Dónde está el de la botella?

—¿Tiene carabina?

Y otras cosas que no me fue posible entender, pues iba pronto a descubrir que la dicción de George era una maravilla de claridad entre sus amigos y una criatura de genio entre imbéciles. Me seguía todavía tercamente diciendo o más bien salmodiando —la mayor parte de sus sentencias eran cadenciosas:— Él encuentra en el agua grande. Él Cuatro Miembros Largos. Él Cinco Dedos Largos... Ni Fuerte ni Sabio. No te detengas, no provoques dificultades. Muchos golpes en la sede.

Salmodiaba. Yo caminé vacilante a su lado. Los demás se echaron atrás o se alejaron de un salto abriéndonos paso, pero manos de dedos mutilados, manos que más parecían patas o cascos se tendían hacia mí y me tocaban al pasar.

Sentí de pronto un fuerte olor rancio, como el del tigre enjaulado en el zoológico. Los árboles y los arbustos se hicieron menos densos, el sol castigaba con más fuerza y llegamos a la aldea nativa.

Cerca de las primeras casas, a mano derecha, una roca se alzaba formando un alto muro. De la roca colgaban plantas trepadoras y vides, algunas brillantemente florecidas, y entre ellas caía una delgada cascada que descendía de un zócalo de la roca al siguiente. Llenaba un pequeño estanque que se había vuelto lodoso e inmundado. Pero corrí hacia la roca y dejé que el bendito elemento me cayera directamente en la cara; los labios, la lengua seca, la garganta. ¡Ah, ese momento! A decir verdad la cascada no superaba en mucho a una gotera, pero ni las cataratas del Niágara mismas habrían tenido una tan buena acogida de mi parte.

Al cabo de un rato tuve que descansar mareado con la espalda contra la roca, dejando que el agua me bañara la nuca. Podía oír a los nativos que furtivamente me rodeaban. Pero ofrecí la oración de gracias por mi liberación antes de volverme para enfrentarlos.

Sus cuerpos desmañados estaban cubiertos con monos como el que llevaba George; muchos bultos indecorosos se escondían así del mundo. Algunos habían hecho bárbaros intentos de decorarse con conchas o pedacitos de hueso en el pelo o en torno al cuello. Sólo más tarde advertí que éstas eran las hembras de esta tribu maravillosamente mestizada.

Aunque me tenían fascinado, creo que la fascinación que yo les producía era todavía mayor.

—Él lame agua —dijo uno de ellos acercándoseme de lado y dirigiéndose a mi sin mirarme de frente.

—Bebo agua como supongo que también vosotros hacéis —dije. Estaba desgarrado entre la curiosidad y la aprensión sin saber si tratar de establecer una comunicación o huir, pero cuando menos esta criatura que avanzaba parecía tan inofensiva como la que más. George se asemejaba a una mezcla outrée de jabalí e hiena; esta criatura parecía una especie de perro. Tenía el aspecto adúlón de un perro callejero que se encuentra a veces entre los seres humanos aun en sitios más favorecidos del mundo.

—¿Cómo te llamas? —pregunté señalándolo para facilitarle la comprensión del mensaje.

Retrocedió un paso.

—El Amo es la Mano que Mutila. El Amo es la Voz que Nombra...

—¿Cómo te llamas?

Se tocó el pecho combado humildemente.

—Te llamas Bernie. Buen hombre, buen muchacho.

—Si, eres un buen hombre, Bernie —la debilidad y cierto grado de histeria me ganaron. Encontrar a un Bernie aquí, en este miserable retazo de jungla en una roca olvidada del Pacífico... un Bernie que tanto se parecía a un perro extraviado... me resultó de pronto gracioso. ¡Vaya, pensé, Bernie como en St. Bernard! Incapaz de evitarlo, empecé a reír cayendo contra la roca. Seguía riendo todavía cuando me encontré sentado en el lodo. Cuando se apiñaron a mí alrededor muy cerca mirándome fijo con aire bovino, me cubrí la cara y reí y lloré.

Apenas oí el silbato. Ellos lo oyeron.

—¡El Amo sabe!

Se movieron intranquilos. Levanté la vista temiendo que me pisotearan. Entonces uno se echó a correr y todos los demás lo siguieron como si fueran los miembros de un rebaño. George se quedó inmóvil, el último, mirándome con gran intriga desde bajo su sombrero murmurando para si. Luego también él trató de huir.

Era demasiado tarde. Apareció el Amo. George se echó al suelo cubriéndose la

cabeza con ademán de humilde servilismo. Un látigo le cruzó los hombros y entonces el Amo pasó a su lado y avanzó a zancadas hacia mí.

Poniéndome lentamente de pie, apoyé la espalda en la roca. Sentí la tentación de imitar a los nativos y darme a la fuga.

El llamado Amo era tremendamente alto: calculé que por lo menos medía tres metros, altura imposible para un ser humano.

Podía verlo entre los árboles y las cabañas, avanzando por un ancho sendero y a no más de cincuenta metros desde donde yo me encontraba. Tuve el atisbo de aguas tranquilas a sus espaldas, pero toda mi atención estaba centrada en él.

Llevaba una carabina en posición alerta, listo para disparar. Me apuntaba con ella de un modo algo negligente. Su paso era de quien tiene una desmedida confianza; había algo rígido y mecánico en él.

Tenía la cara oculta bajo un yelmo. No me era posible verle los ojos. Cuando lo tuve más cerca, vi que tenía los brazos y las piernas de metal y plástico.

—¡Dios mío! ¡Es un robot! —exclamé en voz alta.

Entonces dobló la esquina de la roca y me enfrentó.

—¿De dónde sale usted? —preguntó.

3. EN MANOS DEL AMO

UNA de las razones por las que creo en Dios ha sido la presencia en mi vida de emociones y comprensiones inaccesibles al método científico. Por lo demás, he conocido científicos que creían en la telepatía y, al mismo tiempo, negaban la existencia de Dios. Para mí tiene más sentido creer en Dios que en la telepatía; la telepatía me parece un nada científico disparate al igual que la astrología (aunque conocí a hombres que trabajan prosaicamente en la Luna y sostienen una inquebrantable fe en la astrología), mientras que Dios no puede carecer nunca de fundamento científico porque es el Primer Motor que contiene a la ciencia junto con todos los otros efectos de nuestro universo. O así lo considero yo al menos para mi temporal satisfacción. Dios es terreno movedizo.

No bien me enfrenté con el Amo, experimenté una de esas emociones —llamadlas de empatía si gustáis— a las que acabo de referirme como inaccesibles al método científico. No bien hablé, supe que en él, como en sus criaturas, la agresión y el miedo estaban mezclados. Dios me dio entendimiento.

Éste no podía ser un robot.

Lo miré. Una vez que tuve control de mí, vi que el Amo, aunque en verdad de espantable figura, no era tan alto como lo estimó mi casi pánico. Media quizá dos metros y cuarto, lo cual equivale a decir que me sobrepasaba por una cabeza.

Bajo el yelmo una cara pálida que sudaba al igual que la mía.

—¿Quién es usted y de dónde sale? —me urgió.

Tengo la formación necesaria como para poder comprender a los hombres y atravesar las poses que adoptan. Comprendo a los hombres duros y a los que tienen tan sólo una fachada de dureza. A pesar de la truculencia de la voz de este hombre, me pareció detectar incertidumbre en ella. Avancé desde la roca en que me había estado apoyando.

Él arrastró los pies torpemente para seguir enfrentándome y al mismo tiempo giró su arma para apuntarme al estómago. Cuando por este motivo fijé mi atención en ella, advertí que era de la especie destinada a la Invasión Co-Aliada y las Fuerzas de Ocupación. Era una Xiay 25A que nuestros aliados chinos fabricaban baratas, capaz de múltiples funciones y disparaba balas ordinarias, balas de gas CS, balas de clavos y otros proyectiles similares. El hombre que se asemejaba a un robot llevaba un látigo y revólver en el cinturón. Estaba bien armado para haber salido a dar un paseo matinal.

Repitió su pregunta.

Yo lo enfrenté decidido tratando de dominar mi debilidad.

—Soy americano que es, según creo, más de lo que usted puede pretender. Me llamo Calvert Madle Roberts y soy un Subsecretario de Estado en la Administración

de Willson. Volvía de una misión estatal cuando el avión en que venía fue derribado en el Pacífico. Sus empleados me trajeron a tierra. Tengo que ponerme en contacto con Washington inmediatamente.

—¿Mis empleados? Se refiere usted a Maastricht. ¿A qué demonios jugaba cuando lo trajo aquí? No es una feria de diversiones lo que administro. ¿Por qué no lo llevó a la laguna?

—He estado nueve días a la deriva. Estoy casi repuesto y tengo necesidad de ponerme en contacto con mi departamento lo antes posible ¿de acuerdo? Si es usted el que tiene esto a su cargo, lo hago responsable de mi cuidado.

Emitió un gruñido que pudo haber significado risa.

—Tengo esto a mi cargo por cierto, de eso puede estar seguro... Y no me es posible hacerlo arrojar de nuevo al mar.

—Muy gentil de su parte. Le he dicho mi nombre. Roberts. ¿Cómo se llama usted?

Sus labios se curvaron ligeramente.

—Llámeme el Amo como los demás —giró sobre si con un violento movimiento corporal y empezó a alejarse a zancadas por donde había venido. Yo lo seguí.

Avanzábamos por lo que servía de miserable calle a la aldea nativa. Los nativos, recuperando el coraje, habían vuelto a espiarnos. Emitían frases con las que quizá pretendían conjurar el mal mientras su Amo avanzaba.

—Suya es la Mano que Mutila...

—Suya es la Cabeza que Inculpa...

—Suyo es el Látigo que Doma...

Más allá de la pequeña aldea maltrecha estaba la laguna. El camino la bordeaba dejando atrás las tranquilas aguas verdes y se dirigía a unos edificios que era posible atisbar entre los árboles. Más allá todo era una empinada colina cuyas faldas grises dominaban el bosque. Por mezquinos que fueran los asuntos de los hombres, la naturaleza había puesto una nota de grandeza.

Era imposible mantenerse a la par de las grandes zancadas mecánicas del supuesto Amo. Fui quedando más y más atrás. Había un grupo de nativos que trabajaban al otro lado de la laguna, donde vi una grúa móvil; se detuvieron para mirarnos.

Al empezar a ascender la colina, se me enturbió la vista. Allí había un vallado de altos y herrumbrosos postes de metal. Lo alto del cerco estaba decorado con alambre de púas entrelazadas las unas con las otras. El Amo se detuvo ante un estrecho portal, y se inclinó torpemente para abrirlo. Oí los volcadores que le respondían. Giró una rueda, el portal se abrió y él entró. No bien le hube seguido, cerró las puertas de un empellón y echó el cerrojo por dentro.

La debilidad me venció. Caí con una rodilla en tierra.

—¡Bella! —llamó sin tenerme en cuenta.

Me puse en pie y avancé mientras una extraña figura salió de un edificio a nuestro

encuentro. Llevaba un vestido. Era... una mujer, Bella. Tenía las cortas piernas deformadas comunes a casi todos los isleños. Su piel era de un rosa opaco. Su cara era tan espantosa como la de George y los demás, aunque sus ojos tenían un fulgor... delicado, creo que es el adjetivo que les cuadraba. Parecían resplandecer y tenían un aire oriental. No me miraba directamente, aunque se me acercó sin vacilar mientras escuchaba lo que su amo le decía.

Para mi sorpresa, vino directamente hacia mí y trató de alzarme. Experimenté una especie de excitación nerviosa en su abrazo. Luego me desmoroné.

Mis sentidos nunca me abandonaron por completo. Tenía conciencia de caras extrañas a mi alrededor y de ser llevado a una habitación en sombras. Me cubrieron la frente con algo fresco. Me vertieron agua entre los labios; apenas podía tragar y retiraron la copa. Entonces me vendaron los ojos. Yací sin voluntad mientras manos expertas me palparon el cuerpo y era sometido a una revisión cabal. Estas cosas apenas las registré en el momento, aunque luego las recordé.

Cuando finalmente me recobré, me habían quitado las vendas de los ojos. Yacía desnudo bajo una sábana y me sentía fresco. Cuando me apoyé en un codo, vi que me habían aplicado en la cara y el pecho un unguento para aliviarme de las quemaduras que el sol me había producido. La mujer llamada Bella estaba en cuclillas en un rincón de la habitación. Sus ojos me miraron con un verdoso fulgor al girar la cabeza.

—Usted... ¿se siente bien ahora?

—Creo que sí.

—¿Usted gusta *whisky*?

—Gracias, pero no bebo.

—¿No bebe? Usted bebe agua.

—Quiero decir que no bebo *whisky*.

Se quedó mirándome con fijeza e inmóvil. Tenía cortos cabellos oscuros. Me pregunté si no sería una peluca. Su nariz se parecía al morro de un gato.

—Gracias por cuidarme, Bella. Estuve en malas condiciones. Una mera reacción.

—Yo digo a Amo —se escurrió fuera abriendo apenas la puerta para salir y cerrándola en seguida después de haber pasado. Decididamente un felino.

No bien se hubo ido la habitación adquirió nuevas proporciones. Sentía el cuerpo extremadamente ligero. Bien, me dije, así son las cosas aquí, en la Luna. No le es posible a uno esperar realidad. La realidad aquí es sólo una sexta parte de lo que es en la Tierra.

Sin sensación de esfuerzo abandoné la cama y advertí que me era fácil andar si extendía los brazos para guardar el equilibrio. Estar desnudo facilitaba mucho las cosas. Avancé flotando hasta la ventana sin panel. No tenía cristal; claro, no había minerales en la Luna.

—M significa Luna —me dije en alta voz.

Muy cerca tocaban música, música y el fuerte calor de un día tropical. La música era de Haydn, ese compositor que había llegado a dominar a todos los demás, aun a

Bach y a Beethoven en la última década. Creo que era su Sinfonía Quincuagésima cuarta la que estaban tocando. Haydn y el calor...

Por cierto artilugio de la mente, recordé quién era Moreau.

Estaba mirando un patio desaseado. Había amontonados latas de pintura, planchas de madera y paneles de metal. Maastricht, todavía con la botella en la mano, cruzó la línea de mi visión. Me había olvidado que él estaba en la Luna.

—¿Por qué diablos dejaste a ese político donde lo hiciste? —Oí que el Amo le gritaba—. Fue una invitación al desastre... ¡Esto no es una feria de diversiones! Supón que George hubiera...

—No me molesté en llevarlo al puerto porque tenía prisa en ir a recoger las redes de la pesca, como usted me había dicho que hiciera —replicó la voz de Maastricht—. Ya se llevó lo bastante para la ración del día. George lo trajo sin daño ¿no es cierto?

—Tuve que ir a rescatar al hombre. Estaban por hacerlo pedazos para tu información.

—¡Psh! No se lo creo. De cualquier modo ¿qué hacemos con el tío ahora que está aquí?

—Sabes que es imposible permitirle que se quede. Por hipótesis, hombre. Supón que le diera por ponerse del lado de Warren.

—¡Vaya! No mencione a Warren... Dejemos la cuestión en paz por un rato, Amo. Es hora de que me beba un trago.

Hubo más, pero extrañas olas me envolvían la cabeza trayendo consigo la oscuridad. Volví vacilante a la cama, metí una mano bajo la almohada y me sumí en un sueño profundo y perturbado. Una y otra vez me despertaba el terror de mis sueños en los cuales el motivo recurrente era una gigantesca letra M, negra, tallada a veces en la roca, a veces en la carne. De vez en cuando me despertaba y veía a la mujer Bella que me asistía o que me enjugaba torpemente la frente. Como me encontraba en la Luna, había cosas placenteras que de otro modo habrían resultado desagradables. En su estilo gatuno, Bella se apretaba contra mí. Su boca, con sus agudos incisivos estaba junto a la mía. Gozo del poder y de la capacidad de ejercerlo; en cualquier situación, suelo maniobrar hasta que gano el control; pero con Bella a mi lado, acariciante aunque predatoria, me deleitaba en la debilidad en que flotaba. Las cosas son así en la Luna. Llegó por fin el momento en que me senté con la cabeza enteramente despejada. Mis relojes internos me indicaron que había padecido fiebre durante dos días o más. Junto a mi cama había ropa cuidadosamente planchada. Abandoné la cama y me quedé en pie. Mis pantorrillas lucían más flacas. Puse a prueba mi capacidad de equilibrio y experimenté todavía un ligero temblor, un fantasma de los días pasados a la deriva en el bote; pero me dominé y no tuve dificultades en acercarme a la ventana.

Allí estaba la Isla de Moreau, embebida en la incesante dosis cotidiana del sol, con el Pacífico esperando como siempre en el horizonte, un tanque de energía. Un pájaro levantó vuelo en el desaseado patio. La luna se había puesto en mi horizonte

psíquico. Volví a la cama y me senté.

Un momento después Bella se deslizó dentro de la habitación.

—Usted... ¿está mejor? —preguntó.

Le hice señas de que se acercara. Ella permaneció donde estaba, con una mano sobre la puerta. La observé y puse en orden los sentimientos mezclados que experimenté hacia ella durante el tiempo en que padecí fiebre. Llevaba un vestido de color oro parduzco que le llegaba hasta los tobillos. Estaba desgarrado. El desgarrón y su porte en general daban la impresión de desventura; no obstante, había en su mirada, en sus hombros curvados, un aire de desafío que yo admiraba. Era fea, aunque había en ella una animalidad que dirigía una llamada a mis instintos carnales.

—Agradezco tus atenciones mientras estuve enfermo, Bella —le dije—. Ahora tengo que trabajar. ¿Dónde está la ducha? Por cierto, no me vendría mal una ducha.

—El Amo desea hablarle —quizá entendía, quizá no.

Me condujo por un corto corredor a otra habitación. Se oía música... otra vez Haydn. Esperaba ver al Amo alzado como una torre sobre mí, pero no se encontraba allí. Era una habitación sumamente agradable, pero casi desprovista de muebles. Tenía una amplia ventana que permitía ver la parte superior del vallado; una vista casi seductora podría decirse, si no fuera por la siniestra naturaleza de las inmediaciones.

Podía ver parte de una plácida laguna, donde el agua era casi color turquesa y separada del Pacífico azul a lo lejos por una espina dorsal de tierra que casi la circundaba. En la curva de la laguna había un puerto con un deteriorado desembarcadero y un bote amarrado a él. Altas palmeras se inclinaban sobre el agua y daban sombra a algunas chozas. Por detrás de ellas estaba la jungla que ascendía por una cuesta cuya cima ocultaba la casa en que me encontraba.

Era un panorama tropical tan típico que me pregunte si no lo habría visto antes, quizá en una reencarnación previa. Entonces recordé que esta vista encarnaba uno de los sueños favoritos de principios del siglo xx: la huida de la civilización; el retiro a los Mares del Sur donde el vapor llegaba de Europa una vez al mes y las chicas llevaban faldas de hierba. Y pensé al alejarme de la ventana para observar la habitación del Amo, que tenía mucho de lo cual estar agradecido. Como el simple hecho de estar vivo.

Sobre una pared había una pantalla 3V: veía una vasta cámara ornamentada, parte quizá de algún palacio alemán, en la que había una orquesta que dedicaba lo mejor de su alma a Joseph Haydn. Reconocí en seguida que era la cadena Mundial Tercera; emitía música desde Chicago veinticuatro horas todos los días y podía verse vía satélite desde todas partes, aun desde este remoto lugar en medio del océano. También lo captaban en la Base Lunar. Una de las buenas cosas a las que la guerra no había puesto fin todavía.

Entonces la voz del Amo se alzó por sobre la música, la orquesta se oscureció y él dijo: —Voy a hablar con usted, Roberts. ¿Está preparado?

—Pues claro. ¿Por qué no habría de estarlo?

—Puede que se sorprenda.

Entonces se abrió una puerta lateral y alguien entró desde la habitación de al lado. Maastricht venía detrás, pero apenas advertí su presencia.

Estaba demasiado ocupado en observar a la persona que lo había precedido.

Era el Amo. Reconocí su cara pálida. Tenía unos treinta y cinco años. Había disminuido de tamaño desde la última vez en que lo vi contonearse jactancioso. Avanzó rápidamente en una silla de ruedas motorizada y se detuvo delante de mí. Yo retrocedí y me senté en un diván. No tenía piernas. Un vestido que le colgaba flojo le cubría el cuerpo.

—Así son las cosas, señor Roberts. Ahora que me ve en estas condiciones, los dos sabemos mejor a qué atenernos —estaba lleno de las palabras de una jerga anticuada de alguna década pasada, y empleaba este tono sin la menor pizca de humor—. De cualquier modo no me es posible llevar miembros protésicos durante mucho tiempo con este calor. Ahora sostendremos una pequeña charla mientras Bella le trae algo de comer.

Despojado de su armadura y cubierto con esa floja vestimenta, el presunto Amo parecía débil y femenino a primera vista. Pero en la cara pálida de delgadas mejillas y boca estrecha y descolorida, vi una cualidad de implacabilidad que debía incorporarse a la cuenta de cualquiera, ya fuera respetada o evitada.

Cuando se volvió para decirle algo al holandés, que se encontraba por ahí revoloteando, lo observé cuidadosamente.

—Mala suerte lo de su accidente —dije, señalando la elaborada silla de ruedas—. ¿Cómo es que vive usted en una isla del Pacífico en Zona de Guerra? Es británico ¿no? a juzgar por su acento.

Me miró sin pestañear.

—Da por cierto la casualidad que nací en Inglaterra. ¿Y qué? No aprecio a Inglaterra más que lo que ella me ha apreciado nunca a mí. Maldita Inglaterra. Soy apátrida... así de sencillo. ¿Me sigue usted?

Dejé eso sin respuesta. Bella entró haciendo rodar un carrito que puso delante de mí. En el carrito había una selección de bebidas alcohólicas que yo no tuve en cuenta y algo de zumo fresco de lima que bebí con avidez. La comida era coreana, servida directamente de fuentes de alimentos congelados y muy apetitosa, especialmente para un hombre que no tuvo nada sólido en el estómago durante días enteros.

—¿Sabe usted algo acerca de los trabajos de construcción, señor Roberts? —preguntó Hans.

—Eso no tiene importancia —le dijo el Amo—. Vete y déjame hablar a solas con Roberts. Vuelve al puerto. ¿A qué te estás aquí dando vueltas después de todo?

—Primero quiere que pinte pancartas, después quiere que trabaje en el puerto...

—Hans, esto no es una feria de diversiones. Hay trabajo que hacer. Ve al puerto cuando yo te lo digo. Sabes que la escoria no trabaja bien sin ti.

—¿Cree que me importa? —dijo Maastricht, pero se fue de todos modos lanzando

torvas miradas al hombre de la silla.

Cuando quedamos solos, el Amo dijo desdeñosamente:

—Trato de gobernar con acierto una pequeña embarcación. Pues bien, señor Calvert Roberts, podemos conversar ya que está usted aquí, aunque no sea bienvenido.

—La comida está buena... después de una semana o más en un bote en alta mar. Un hombre está más que contento, le digo, cuando la Providencia lo lleva a terra firma, y le da agua, alimento y compañía humana, aunque sea inamistosa.

—Nadie ha agradecido antes a la Providencia por encontrarse en esta roca.

—Quizá debieron haberlo intentado... Quiero hablar con usted acerca de lo que llama esta roca —él sacudió la cabeza.

—Yo quiero hablar de usted No importa lo que usted quiera. Primero lo primero. Tengo mis prioridades.

—Mire, amigo, se muestra bastante pesado. Ni siquiera se ha presentado. No es usted mi dueño, recuérdelo. No me dirijo a usted como al «Amo». ¿Cómo se llama?

—Mi nombre aquí es el «Amo».

—No ganará nada si persiste en esa actitud, se lo prometo. Su presencia aquí, en medio de una Zona de Guerra, está probablemente contra la ley militar y merece severas penas —seguí comiendo mientras la orquesta seguía tocando y él giraba velozmente en su silla por la habitación.

Se detuvo de pronto delante de mí, y me dijo:

—Si le parece tan condenadamente importante, mi nombre era Dart. Mortimer Dart... aunque ahora carezco tanto de nombre como de patria. Como de forma. No hay sitio para usted en esta isla a no ser que se someta a mi autoridad.

—¿Por qué no se serena, señor Dart? No estoy desafiando su autoridad y por cierto no quiero ni una rebanada de su isleta. Mi intención es simplemente volver a los Estados Unidos tan pronto como sea posible. Es requerida allí mi presencia El CAEYA —eso es el Cuerpo Aliado Espacial y Aeroespacial, si no está usted al tanto — debe de estar registrando toda esta zona en busca de los sobrevivientes de la nave caída. Tengo que utilizar su radio para ponerme en contacto con la sede del CAEYA en San Diego. Quiero hacer llegar un mensaje al Presidente para hacerle saber que puede contar con mis servicios e indicarle mi actual posición. Cualquier inconveniente le será compensado.

Me miró por encima de un hombro contrahecho con los labios apretados.

—Según usted, es un Subsecretario de Estado. Uno de los tíos del Presidente ¿eh? Un hombre de gran importancia. Es un cuento que me parece improbable... Usted llegó aquí medio muerto. Pruebe que es lo que pretende.

—Todos mis documentos se perdieron en el desastre del *Leda*. Póngase en contacto con el CAEYA, pregunte si se ha perdido el Subsecretario Roberts. O yo mismo puedo ponerme en contacto con mi propio departamento por una longitud de onda confidencial; se complacerán en identificarme. También puede comprobar el

nombre de los otros accidentados. Yo soy bastante real. Las nuevas que le llevo al Presidente son bastante reales.

Me miró con desconfianza.

—¿Qué noticias?

Miré mi reloj y calculé. La guerra se movía rápido aun en sus más bien fingidas etapas de comienzo. Los movimientos militares que habían sido secretos diez días atrás en la Luna, ya serían ahora de público conocimiento en la Tierra.

—¿Sigue los acontecimientos de la guerra?

Él hizo un ademán hacia la orquesta sin apartar sus enfadados ojos de los míos.

—Prefiero esto. Los hombres se matan entre sí ¿y qué?

—Las fuerzas de tierra, mar y aire soviéticas están por ocupar Hokkaido y las islas del Japón. De este modo tendrán dominio del Mar de Japón y cortarán los vínculos marítimos entre los Estados Unidos y China. Volví de una conferencia celebrada en la Luna para decidir la conducción futura de la guerra en la escena japonesa; es esencial que lleve la información sin demora. Ya hemos perdido tiempo suficiente para gran beneficio del enemigo.

Dart consideró esto malhumorado. Luego habló en un tono más conciliatorio.

—Vi un boletín esta mañana. Se ha iniciado un terrible ataque contra las ciudades y los puertos japoneses... Déme algunos detalles acerca de usted, sólo para mi ilustración.

Me cogí las rodillas. La pesadilla, la agonía final del siglo veinte se estaba desarrollando, y aquí me encontraba yo sentado teniendo que conformar a un insignificante chiflado... Le di con brevedad unos pocos detalles. Nacido en una granja en Connecticut, único hijo. Padre ambicioso de ascendencia alemana, madre escocesa presbiteriana. Ambas ramas de la familia acaudaladas. Las conexiones paternas me permitieron entrar en la política directamente desde la universidad. Un pequeño puesto en la Administración de Ammader me permitió participar en una misión en Pekín cuando estalló la contienda Ruso-China a lo largo de Ussuri. Me encontraba en Helsinki cuando ocurrió el Incidente de Helsinki que indicó el comienzo del expansionismo soviético activo. Escapé de Finlandia y Europa con ciertos discos de memoria de la sede de NAPA de vital importancia. Se me dio un puesto en el gobierno poco después durante la presidencia de Willson.

Todo esto escuchó Dart atentamente con la cabeza a un lado. Sentí que luchaba por decidir si creería mi historia o no. Lo que dije era convincente y estaba muy cerca de la verdad.

—Ha tenido una vida aventurera. Se las compuso para dar la vuelta al mundo a pesar de todas las restricciones a los viajes, Este-Oeste, Norte-Sur, todo ese papeleo... Ha empleado sus años a fondo, según usted. Una buena adquisición por el dinero invertido, si no lo está inventando —suspiró—. Sólo para mi cosecha, señor Roberts ¿qué edad tiene usted? Cuidé de no demostrar mi creciente impaciencia.

—Treinta y cinco años, empezando ya a envejecer. Nací el 24 de mayo de 1961.

Me casé cuatro veces, me divorcié cuatro veces. Sin prole. ¿Algo más que quisiera saber? ¿No necesito un pasaporte para la Isla de Moreau, creo?

Giró una vez más por el cuarto en una amplia curva y se detuvo abruptamente delante de mí. Dart tenía una expresión torva y el entrecejo fruncido.

—Tenemos la misma edad, señor Roberts. Nacimos el mismo día del mismo mes. ¿Es eso una coincidencia, una broma de mal gusto o alguna especie de invención? Mientras usted vivió su vida plenamente —ciudades, mujeres, todas esas cosas— yo tuve que arrastrar mi existencia con muletas, en este carrito o algo peor todavía. El mismo día. Gloria para usted, humillación para mí.

—Gloria...

—No sabe usted ni la mitad todavía, bastardo de cuatro miembros —las palabras fueron pronunciadas casi sin énfasis; era algo que sencillamente pensaba cuando se enfrentaba con gente corriente. Me miró a los ojos mientras lo dijo. Yo desvié la vista. La cara de Dart, bajo su aspecto hinchado, era notable. Tenía un formidable cráneo pesado con grandes mandíbulas y poderosa nariz y un par de malignos ojos hundidos con los cuales mirar el mundo. Tenía el pelo oscuro y descuidado, pero le caía sobre la frente de modo bastante elegante. Quizá tenía tendencia a engordar.

—Como debe de haberlo adivinado, no me siento cómodo, señor Dart. De manera que nuestras vidas han sido muy diferentes. No piense que en la mía no he tenido problemas. Todos los tienen. No tiene que explicarme cuán misteriosa es la conducta de Dios, que muy a menudo se comunica a través del sufrimiento.

—¡Dios! —repitió como un eco, e hizo una observación blasfema. Aunque no sólo los hombres débiles juran, considero ese rasgo un signo de debilidad—. Se trata de la formación presbiteriana de su madre, supongo...

Era hora de cambiar de tema. La orquesta se había embarcado en el último movimiento de la sinfonía de Haydn, y Bella, casi subrepticamente, se llevó el carrito de la comida.

—Me considero versado en la mayor parte de las islas del Pacífico —le dije a Dart—. Nunca he oído hablar de la Isla de Moreau. ¿Cómo es posible? ¿Quién le dio ese nombre?

Me salió al encuentro con otra pregunta:

—¿No le suena familiar el nombre de Moreau?

Me froté la barbilla.

—Así es, en efecto, sí. Fui un gran admirador de las novelas científicas de H. G. Wells, que escribió Los primeros hombres en la Luna y La máquina del tiempo. También escribió una novela acerca de una isla del Pacífico, sin nombre según mi recuerdo, en la que un tal Doctor Moreau llevó a cabo algunos experimentos desagradables con animales de diversas especies. ¿Alguna relación?

—Se encuentra usted en la Isla del Doctor Moreau. Ésta es la misma isla.

Me reí... algo intranquilo, debo admitirlo.

—Vamos, Dart. La de Moreau es una isla puramente imaginaria. Wells estaba

escribiendo una alegoría. Soy capaz de distinguir entre realidad e imaginación, gracias.

—La jactancia de la ignorancia, señor Roberts. Wells pudo muy bien estar escribiendo una alegoría, pero su isla se basaba firmemente en una isla real... así como la isla en que el Robinson Crusoe de Defoe naufragó, se basaba también en una isla real. ¿Conoce a Robinson Crusoe? Así como existía un equivalente real de Crusoe, también lo hubo de Moreau. El verdadero Moreau era un caballero de cierta distinción de la Academia de Cirugía de Edimburgo, de nombre señor Angus McMoreau. Fue discípulo de Thomas Huxley... Wells le conoció. Su vida está perfectamente documentada. Wells hizo muy poco por disfrazar la verdadera situación, salvo la exageración de los efectos. De hecho McMoreau le hizo un juicio.

—Todo lo cual debe de haber ocurrido hace más de un siglo.

Dart, evidentemente, albergaba algunas peligrosas ilusiones. No creía nada de lo que decía, pero consideré mejor ocultar mi escepticismo.

—Correcto, ocurrió hace más de un siglo, correcto —dijo Dart riendo con amargura—. ¿Qué importancia puede tener eso? Los experimentos de McMoreau tienen aún importancia para la investigación actual. Examinaba la frontera que separa la naturaleza humana de la animal, dónde están las fuentes del comportamiento del hombre moderno. Los imperativos territoriales, para nombrar un ejemplo con el que supongo estará usted *au fait*. Interrogantes que hoy el mundo científico intenta resolver recurriendo a disciplinas triviales como la paleontología y la arqueología, McMoreau intentó hacerlo por medio de la cirugía. Sus métodos eran primitivos, pero sus ideas, válidas. Era un viejo listo sin duda alguna.

»Después de la muerte de McMoreau un asistente suyo que no menciona la novela de Wells, prosiguió sus trabajos durante varios años. Luego también él falleció y los habitantes de la isla quedaron librados a sus propios recursos para sobrevivir. No debió de haber sido muy fácil. Como sabe, constituían una raza híbrida, pero nacieron algunos vástagos y ellos fueron la base de la población tal como puede verla hoy. Es posible rastrear sus ancestros hasta los tiempos de McMoreau.

La sinfonía llegó a su fin. Los miembros de la orquesta saludaron. Dart estaba sentado en su silla mirando la laguna cuando terminó de hablar.

—En la Segunda Guerra Mundial las fuerzas japonesas invadieron la mayor parte del Pacífico, con inclusión de esta isla. No hubo aquí destacamento permanente. Luego, después de la rendición de los japoneses, los americanos tuvieron conocimiento de la isla. Entre paréntesis, su nombre nativo es Narorana. Lo cual significa «privado». Se envió a un destacamento científico para que investigara y...

Hizo una pausa. Algo que ocurría en el patio había llamado su atención. Se abalanzó hacia la ventana. También yo me acerqué a mirar, tanto me había impresionado la expresión de furia absoluta que tenía su cara.

Sólo era posible ver a Bella. Estaba de pie junto al vallado. Por un momento creí que hablaba consigo misma; después fue evidente que debía de estar conversando con

alguien al otro lado de la fortificación.

—¿Cuántas veces le tengo dicho...?

Dart estaba de nuevo en movimiento atravesando la puerta y alejándose por el corredor.

—¡Da Silva! ¡Da Silva! —llamó. Su silla desarrollaba una velocidad a la par de su enfado. Apareció fuera seguido de cerca por un hombre esbelto de tez oscura con una chaqueta de laboratorio, quien, supuse, debía de ser el tan de prisa convocado Da Silva. Vi que Dart cogía un látigo que llevaba sujeto a la parte exterior de la silla. Entonces yo mismo me eché a correr.

Cuando llegué afuera vi que azotaba a la desdichada Bella repetidamente entre los hombros. Ella se agachaba bajo los latigazos, pero no hizo el menor intento de escapar hasta que yo grité; entonces desplegó una nada frecuente velocidad y se metió adentro por una puerta algo más alejada.

El hombre de la chaqueta blanca me cogió por el brazo sin mucha convicción y yo me desprendí de él fácilmente. Le arrebaté el látigo a Dart y lo arrojé al otro extremo del terreno.

—Se atreve usted a entrometerse... esta isla es mía... —la cara de Dart tornóse de un amarillo moteado.

—No es suya esa gente como para que haga de ella lo que se le antoje.

—Es mi gente...

—No es dueño de sus almas...

—No tienen alma, son animales...

—Los animales se merecen un mejor tratamiento. Usted y yo vamos a pelearnos, Dart, a no ser que controle su temperamento. Me doy cuenta que siente que tiene razones para odiar al mundo, y lo lamento, pero no toleraré verlo...

—¡Imbécil! ¡Lo echaré de aquí si me habla de ese modo! ¡Se atreve a atacarme!

Estaba muy lejos de dejarse someter por mi acto. Su cara era el retrato de la malignidad. Además, de ningún modo lo había dejado desarmado cuando le arrebaté el látigo. Parecía literalmente bien armado. Fuera cual fuere el desastre que le había hecho reemplazar tanto los brazos como las piernas, aunque el vestido suelto que llevaba hacia que no fuera fácil advertirlo. A ambos lados de la silla había sujetos tres pares de brazos, lo que le daba más bien el aspecto de una araña de plástico y metal. Algunos de estos seis apéndices intercambiables terminaban en manos muy extrañas, por cierto; cuando menos dos de ellas parecían armas letales.

Pero dominó su cólera y dijo:

—Tenga cuidado. Vuelva adentro; quiero terminar de hablar con usted. Da Silva, a los laboratorios.

Su silla lo transportó velozmente a la habitación que habíamos abandonado, y yo lo seguí.

Dart apagó la imagen de la enorme pantalla. Sólo la música seguía flotando en la habitación... un cuarteto de Shostakovich.

—Es necesario controlar severamente a esa gente... como lo entenderá cuando haya estado aquí algo más de tiempo. —Hablaba sin mirarme.

Yo estaba todavía enfadado y no le contesté. Cuando Dart volvió a hablar, fue otra vez en una vena de explicación, aunque en el tono de su voz no había la menor sugerencia de disculpa.

—La verdad es, Roberts, que me fastidia que usted o cualquier otro interrumpa mi trabajo. Mis investigaciones han recorrido tres etapas. La primera consistió simplemente en duplicar los experimentos originales de McMoreau, la segunda... bueno, eso no interesa. Baste decir, para cortar la cháchara, que estoy ahora en la tercera etapa, la culminante. Todas las primeras crudezas de enfoque han terminado, están en el bote de la basura. Ya he superado todo eso. Estoy descubriendo... Estoy descubriendo la relatividad de la carne...

»La frase no significa nada para usted, Roberts. Pero créame, todos estos años de dolor —y de pensamiento adolorido— no significan nada a no ser que uno aprenda de él. Yo soy el Einstein de una biología revolucionaria...

Me lanzó una mirada.

—Lo estoy escuchando —dije.

Él se rió. Vi otra vez en él esa cosa oscura y perturbada.

—Hombre, sé que me está escuchando. Señor Roberts, lo quiero de mi parte y no sé cómo llevarlo allí. Yo no soy otro Doctor Moreau. De ningún modo. Ya ha decidido que me odia ¿no es así?

—No me gustó el modo en que trató a Bella.

—Escuche, yo no soy otro Moreau. Él fue desde diversos puntos de vista un monstruo, un tirano. Yo soy una víctima. Trate de captar ese concepto. Una víctima. ¡Mire!

Con un rápido movimiento de la barbilla, apretó un botón sobre el hombro derecho. Si lo había notado antes, lo consideré un botón que le aseguraba la túnica suelta. No era sólo eso. Hubo un ruido seco, un zumbido de servo-mecanismos, y el brazo derecho de Dart se le salió y quedó ajustado al costado de la silla.

Otro brusco movimiento de barbilla y quitó la túnica del hombro que le quedó desnudo.

Vi su brazo verdadero. No lo tenía. Apenas una mano. Cuatro dígitos flexibles como dedos le brotaban de la articulación del hombro. Hizo girar la silla de modo que pudiera verlo en detalle: un fruncimiento de carne donde, bajo la protuberancia del hombro, se había formado algo semejante a una mano.

—El otro lado es algo más grotesco. Y mis falanges y mis huesos metatarsianos salen de un fémur deformado... eso es lo que tengo por piernas. Y tengo una deformidad en el pene.

Tenía la voz gangosa al hablar y los ojos de este Einstein de una biología revolucionaria estaban luminosos de humedad.

Aunque lo miré impasible con la cara inmóvil tuve que luchar contra un

inesperado impulso a pedirle disculpas. Por qué el cuerpo saludable ha de pedir disculpas al defectuoso no lo sé. Eso no forma parte de mi filosofía.

—¿Por qué está tan ansioso por ganarse mi piedad?

Él se volvió de lado. Sus deditos presionaron un botón dentro del brazo artificial. Éste volvió a su posición otra vez, haciendo un sonido seco cuando estuvo correctamente situado. Al escucharlo asintió para si casi con complacencia. Había ganado control de si. Volvió a hablar.

—En todos los miserables años de mi infancia, solía leer mucho, señor Roberts. Leía toda clase de insensateces. No me refiero al viejo H. G. Wells. Dostoievski, Nietzsche y muchos más, además de libros técnicos. Un escritor francés llamado Gide compara a Dostoievski y Nietzsche. Los encuentra muy semejantes y ¿sabe lo que dice de ellos? Dice que Nietzsche sentía celos de Jesucristo, que lo envidiaba al punto de la locura, mientras que Dostoievski estaba atacado de humildad y consideraba a Jesucristo un superhombre. ¿Sabe una cosa? Como esos dos escritores consideraban a Jesucristo consideraba yo a los seres humanos corrientes adoptando ambas actitudes a la vez. Porque había nacido monstruoso y deforme, señor Roberts. Era un hijo de la talidomida. ¿Se acuerda de la talidomida? Me acordaba muy bien del escándalo de la talidomida. La droga que una compañía alemana había elaborado como sedante y que empresas químicas autorizaron en todo el mundo. No se habían investigado adecuadamente los efectos colaterales de la droga; su teratogenicidad sólo se hizo evidente cuando nacieron niños deformes. Cuando se administraba la droga a mujeres en las primeras etapas de la preñez, tenía el poder de atravesar la barrera placentaria y afectar el desarrollo del feto. En diversos lugares del globo nacieron de ocho a diez mil niños defectuosos.

Lo que hacía que recordara el caso tan claramente es que hace más de veinte años, cuando hubo un proceso judicial en Canadá en relación con el monto de la indemnización que debía pagarse a uno de los hijos de la talidomida, mi madre me dijo: —Cal, tú naciste cuando la talidomida estaba difundida por todo el mundo. Tenemos la fortuna de que en los Estados Unidos hay leyes sanas sobre la prueba de las drogas, de modo que cuando fui a ver al Doctor Harris en busca de un sedante durante la preñez, me recetó una droga probada; de lo contrario quizá habrías nacido con miembros atrofiados, como sucedió a bebés de tu edad en Inglaterra y en otros lugares del mundo.

—Todo esto fue un caso de negligencia criminal —le dije a Dart. No podía hacer más que mirarlo fijamente, avergonzado de apartar la vista.

—A mi madre le recetaron Distaval, como se llamaba la talidomida en Inglaterra, y la consumió durante una semana solamente. ¡Una semana! Esa semana abarco el tetragésimo octavo día de su preñez. Cuando nací, tenía las graves anomalías que usted ahora contempla con tanto placer. Si los médicos tuvieran algún tino, habrían impedido que viviera.

—Pero usted ha sobrevivido.

—Dejo librado a su imaginación lo que significa supervivencia en las circunstancias dadas. Mi vida no ha sido una feria de diversiones, señor Roberts.

Se fue de pronto deslizándose en dos ruedas. Yo me quedé donde estaba en el centro de la habitación. Metí las manos en los bolsillos. Mi cerebro se rehusaba a pensar. Shostakovich llegaba con sus asuntos a un enigmático final. Sólo a la mañana siguiente volvió a aparecer Mortimer Dart.

A esa hora ya me habían vuelto las fuerzas y había investigado no poco y con ansiedad mi corazón. También había conocido a Heather Landis.

La última observación de Dart me había conmovido; me había invitado a contemplar su vida, esa vida de igual duración que la mía (o así lo pretendía él). Pero que un accidente físico había hecho tan diferentes. Tenía una manera de comprender la clase de existencia —quiero decir la clase de existencia mental— que había llevado: las funciones a que había destinado la isla. Esas funciones (aunque por el momento sólo tenía una somera noción de ellas) constituían un indicio bastante claro de la clase de hombre con que tenía que tratar.

Me encontraba virtualmente prisionero. Aunque la casa tenía varias habitaciones, estaban en su mayoría cerradas. Las únicas a las que tenía acceso eran la mía con su cuarto de baño y la principal que he descrito. Podía ir al recinto donde se levantaba el edificio, pero eso de poco me servía, pues no comunicaba con el resto de la casa y las puertas exteriores que daban a la aldea se mantenían cerradas.

Más allá de mi cautiverio, el océano y la luz solar cumplían sus funciones predestinadas sin tocarme. Me sentía implacablemente atrapado por el Amo como si estuviera cautivo en su mente.

El confinamiento no era una novedad para mí. Aunque me consideraba un consumado viajero, era una de las últimas versiones del siglo xx de esa especie; en mi capacidad oficial, había dado la vuelta al mundo y había estado en la Luna, pero había viajado casi siempre tras una plancha de metal y la mayor parte de mis destinos habían sido habitaciones blindadas. Aunque mi musculatura no era poca, mi verdadera fuerza residía en mi aplomo. Era un buen negociador cuando la oportunidad lo exigía, y las negociaciones exigen la utilización de la puerta trasera.

Cuando cayó la oscuridad sobre la Isla de Moreau, de la aldea llegaron extraordinarios gritos y alaridos. Me dirigí al recinto exterior para ver lo que pudiera ver, pero los muros eran demasiado altos como para que pudiera ver mucho más que los fríos destellos blanquiazules de las luces que ardían sobre el muelle desierto. Cuando me volví para entrar nuevamente, una figura cruzó la habitación en sombras.

—¡Eh! —grité, y corrí tras ella. Había sido una chica... y no era Bella.

Sólo había una lámpara de mesa de escritorio que ardía junto a un panel de instrumentos.

A esa luz vi oscuramente al otro extremo del cuarto a una pequeña muchacha deforme.

—¿Quién eres? —pregunté.

—¡Hola! ¿Quién es? —dijo ella—. Se volvió y encendió otras luces.

—¿Quién eres? —pregunté en un tono diferente. La muchacha era pequeña, por cierto, pero perfectamente formada. Tenía los cabellos largos, oscuros y rizados y le colgaban por los hombros; el juego de la sombra en ellos me había hecho creer por un momento que era jorobada. Ahora veía que no era así. Era de constitución esbelta y llevaba una sencilla túnica suelta de color azafrán y un par de pantalones de nylon con sandalias en los pies desnudos. Su rasgo más destacado era un par de enormes ojos oscuros que me miraban sorprendidos como los de un animal nocturno, un tarsero o un lori.

—Soy Heather —dijo—. Trabajo para el Amo.

Me acerqué. Ella retrocedió.

—Prefiero que haya cierta distancia entre nosotros dos, señor Calvert Roberts —aunque precavido, su tono era también ligeramente coqueto.

—¿Americana? ¿No eres uno de los nativos?

—¡Tiene usted gran habilidad para el halago!

—Fue tu acento... Mira, no quiero ofender a Dart, después de todo sus muchachos me sacaron del charco, pero cuanto antes envíe un mensaje por radio a San Diego, mejor. ¿Puedes ayudarme?

Ella se llevó el dedo índice a la boca y se mordió la uña.

—Me enteré que tuvo la suerte de salir con vida. Lo siento, enviar mensajes no es mi especialidad.

—Entonces quiero hablar con Dart... o con Maastricht o con Da Silva.

—Da Silva vive en los laboratorios. Hams está borracho como de costumbre. Sabe, si ese tío quisiera hacer el esfuerzo, podría librarse de su adicción al alcohol en un periquete. En el fondo es muy decente.

—Permíteme que hable con algún otro entonces. No puedo seguir perdiendo el tiempo.

Ella se puso las manos en las caderas y me estudió con sus grandes ojos. Había un exceso de encanto consciente en el ademán para mi gusto.

—De modo que usted fue el único que sobrevivió diez días en un bote en alta mar. ¿Por qué imagina que sólo usted sobrevivió y no también sus amigos?

—Da la casualidad que explotaron en el aire; de no haber sido así, habrían sobrevivido. Eran realmente muy duros. Mira muchacha, ha sido muy agradable verte. ¿Quieres llevarme a la radio?

—¿Cree que yo habría sobrevivido en el bote?

La conversación ya me estaba impacientando. Ella —Heather— estaba rondando por la habitación ahora apoyando la mano en los respaldos de las sillas y las mesas al pasar. Era muy graciosa y observé que sus pequeñas nalgas abultaban bajo el pantalón.

—Creo que estarías mejor en una cama que en un bote a la deriva en alta mar —dije.

Ella se volvió poniendo cara de superioridad y, al mismo tiempo, se alzó de puntillas con infantil ademán.

—Habría sobrevivido muy bien en ese bote porque tengo perfecto control de mí misma. Vaya, aun lo habría hecho mejor que usted. También en otro sitio quizá, pero eso no será jamás asunto de su incumbencia.

—¿Qué estás haciendo aquí, Heather? ¿Qué quieres de mí?

—Le traje la comida, pues a Bella no es posible encontrarla en ninguna parte. Está en su dormitorio —creo que era la primera vez que contestaba una de mis preguntas directamente—. Nunca había conocido antes a un Subsecretario de Estado. Quería hablar con usted y ahora ya lo he hecho.

Cuando se dirigía a la puerta para salir al corredor, la así por una de las muñecas. Ella debió de haber estado esperándolo. Se retorció de manera tal que el dolor me recorrió el brazo y la solté. Sus grandes ojos me miraron burlones; luego desapareció.

Sobre la comida coreana fría, me pregunté en qué medida estaba siendo manipulado. Alguien como Dart debía de experimentar una fuerte compulsión de ganar tan pleno control de sus inmediaciones como le fuera posible; para ese fin no podía contar con un mejor escenario que una pequeña isla. Quedaba ver en qué grado la excéntrica Heather era su propio agente o alguien a quien Dart controlaba. ¿Qué significaba que dijera que tenía pleno control de sí misma?

Aunque había mirado con recelo los acontecimientos desarrollados en la isla, mis intereses se centraban en otra parte y mi deber era enviar mis informes y luego volver tan pronto como me fuera posible al lugar de mis responsabilidades. Había una guerra en marcha y yo era parte de ella. Me fui a la cama con un mal humor moderado y pasé una inmoderada mala noche.

4. UNA RÁPIDA ZAMBULLIDA EN LA LAGUNA

CUANDO llegó el desayuno fue Bella quien lo trajo, y no Heather. Entró furtivamente en mi habitación con una bandeja y se habría deslizado fuera sin hablarme, creo, si yo no la hubiera llamado. Su pesada cabeza me miró por encima del hombro con esos ardientes ojos felinos.

—Bella ¿quieres decirle a tu Amo que deseo hablar con él? Quiero que envíe un mensaje por radio y luego tengo intención de abandonar este establecimiento. Me quedaré en la aldea hasta que llegue la partida de rescate. Dile eso.

—¿Usted no gusta este sitio?

—¿Te gusta a ti, Bella?

Ella consideró la pregunta mirando el suelo. Por fin, dijo: —Usted Cuatro Miembros Largos, pero no gustó verme el látigo el ayer pasado.

—Transmite al Amo lo que dije, Bella. No te azotará.

—Usted no látigo.

Se fue. Usted no látigo: ¿era ése su modo de ensalzarme o hablaba con desprecio? ¿Me estaba diciendo que me ocupara de mis propios asuntos? No tenía la menor idea.

Cuando el amo llegó rodando velozmente en su cochecito autoimpulsado, yo lo estaba aguardando. Le tendí una hoja de papel.

—Éste es un mensaje para el CAEYA donde informo que estoy vivo e indico el sitio en que me encuentro. Le agradeceré que añada las coordenadas correspondientes a esta isla. ¿Me está permitido recordarle que hay una guerra en marcha y que es su deber como ciudadano británico ayudar a la causa co-aliada transmitiendo este mensaje inmediatamente? Mientras tanto, aceptaré lo que ayer me ofreció y abandonaré este edificio. Puedo quedarme en algún sitio de la aldea hasta que llegue la partida de rescate.

—¿Quedarse en algún sitio de la aldea? —me miró con curiosidad. Luego me arrebató el papel con una mano protésica e hizo girar su silla—. Como guste. Evidentemente no le agrada mi compañía. Quizá la compañía de los de la aldea le cuadre mejor.

Eso no se lo contesté. Lo seguí fuera.

Cuando llegamos al portal exterior, hizo que el asiento de su silla se alzara eléctricamente hasta que estuvo lo bastante alto como para introducir una llave magnética en una cerradura elevada. Luego giró una rueda como le había visto hacerlo fuera del recinto. El portal se abrió. Era libre de partir.

—Ya lo veré —dije apuntándolo con el dedo.

Él estaba mirándome, quieto y alerta como un sapo mientras yo atravesaba el portal y salía a la luz del sol.

El panorama bajo los árboles era sorprendente. Era posible deslizar la mirada por

una avenida bajo el follaje hacia las aguas relumbrantes de la laguna, con la aldea modestamente anidada entre palmeras en la orilla opuesta. El sonido del mar contra las rocas me llegaba claramente; era el sonido permanente de la Isla de Moreau y seguiría siéndolo después de la partida de los hombres. No pude evitar comparar mis inmediaciones con el austero y silencioso paisaje de la Luna.

Pero me preocupaba Mortimer Dart, el Amo, y la especie de hombre que era. Tenía todavía que figurarme cuál era la situación en la isla y me decidí a hacerlo. El solo concepto de una isla gobernada por un hombre constituía un anacronismo, algo que los Estados Unidos y que China nunca tolerarían.

Había ciertas cosas aquí que podría investigar antes que la partida de rescate viniera a recogerme.

No estaba del todo seguro de que Dart tuviera intención de transmitir mi mensaje. Para asegurarme, enviaría un cable desde la aldea. O así me lo dije a mi mismo, cometiendo un grave error de apreciación.

Inicié el camino hacia la aldea con optimismo. Había avanzado media docena de pasos cuando una figura saltó de entre los arbustos. Corrió a través de mi sendero y se detuvo delante de mí, jadeando y riendo.

Era Bernie el Hombre Perro, que mostraba sus dientes de manera que no manifestaba sino amistad y dirigiendo su cara de grandes ojos húmedos hacia mi. Se golpeó el pecho como la primera vez que nos encontramos y dijo: —Su nombre Bernie, buen muchacho, buen hombre. Habla sólo con lengua. ¡Nunca como inmundicia! ¡No, no!

—Hola, Bernie. Todavía me recuerdas ¿no es así?

Todo el cuerpo se le estremeció de placer y se me acercó tanto como pudo.

—¡Ja, muchas veces noches! Usted Cuatro Miembros Largos, bien hecho. Buen muchacho, buen hombre, sacado del agua grande todo mojado. Como pez, si, bueno. Usa las manos, habla sólo con lengua. No seas malo o ya no falta Látigo.

Cuando seguí avanzando, se me puso a la par hablando todavía y dirigiéndome miradas vigilantes que me recordaron al enorme George, aunque no había nada de amenazante en la mirada evasiva de Bernie.

—¿Vienes conmigo a la aldea, Bernie?

—¡Vienes con usted, Bernie, si! ¡Buena lengua muchas veces noches! Bueno, Bernie, bueno, buen muchacho... tiene manecillas y bracitos como el Amo. Voy con usted en mi cuerpo, bueno. Ya no precisa Látigo, verá. Uno, dos, tres, cinco... Verde, amarillo, plata. Tú, Bernie, usted no Amo, usted, amigo, usted buen muchacho...

Con semejante conversación para esclarecernos, llegamos al puerto.

Cuando había pasado por aquí al llegar a la isla, mi estado de agotamiento me había impedido observar bien las inmediaciones. Me detuve y las observé ahora con desilusión. El puerto y la aldea no eran gran cosa; visto de cerca, el pintoresco retiro en los Mares del Sur no producía más que desencanto.

El puerto estaba construido con bolsas llenas de hormigón, cuya tela se había

podrido hacia ya mucho. Un espigón de madera se extendía unas pocas yardas sobre las aguas, pero no habría querido yo aventurarme por él. Estaban allí amarradas dos barcas —una de las cuales había sido utilizada en mi rescate, no me cabía duda—. El lugar hedía a negligencia.

¡En cuanto a la aldea! A la luz de mediodía sólo una hilera de media docena de palmeras inclinadas sobre el agua le daban un toque de belleza. No era más que una colección de chozas. Algunas de ellas estaban construidas con materiales naturales, como hojas de palma. Otras estaban construidas con los desechos de la civilización occidental: viejas latas de calidad inferior, hierro acanalado, viejas cajas de embalaje, automóviles herrumbrados. Todas eran en extremo miserables. Una o dos caras brutales me atisbaban desde las puertas sin moverse en el calor. Mis expectativas de enviar un cable murieron de inmediato.

El único signo de actividad o de inteligencia estaba al otro lado de la laguna, a la derecha de donde yo me encontraba con Bernie. Allí grupos de nativos curvaban las espaldas, una hormigonera resoplaba, una grúa móvil dejaba caer bloques de piedra en el agua verde.

La luz del sol me envolvía. El sudor me corría por la espalda. Yo me estaba allí mirando los signos de la parsimonia humana comparada con la prodigalidad natural. Miré el cemento del muelle bajo mis pies. Había sido instalado en placas prefabricadas, muchas de las cuales se habían roto en las esquinas en el proceso mismo de su instalación. Las hendeduras corrían como las líneas de un mapa de rutas camineras, creando bocetos cartográficos de ciudades desvanecidas; las hierbas, abriéndose camino entre las fisuras y las avenidas, representaban la vegetación sobreviviente de microscópicas Hiroshimas. Todas las direcciones en última instancia no conducían a sitio alguno. La primitiva carretera para mi mente ansiosa, formaba un diagrama de lo que estaba en proceso; vi que también yo tenía aquí entre manos una batalla en miniatura. Tendría que vencer a Dart, si alguna vez esperaba abandonar la Isla de Moreau.

Empecé a andar lentamente a lo largo de la orilla de la laguna, oprimido por un terrible sentimiento de destino que, trataba de convencerme, no era sino la ola en retirada de mi debilidad. El chug chug de la hormigonera, el brazo balanceante de la grúa, parecían ofrecer algo estable a mi estado de incertidumbre. Mientras avanzaba, oí que me llamaban por mi nombre. Desde la grúa una mano me hacía señas. Como respuesta, mi paso se hizo más seguro. El brazo de la grúa se detuvo de su movimiento, y Maastricht bajó de un salto.

—Es usted hombre de múltiples oficios según veo, señor Maastricht.

—Nadie más lo hace si no lo hago yo. No es posible esperar que esta banda de brutos haga nada atinado —evitó mi mirada mientras hablaba contemplando a los nativos a los que se refería.

—Debe de haber otros... bueno, hombres blancos en la isla.

—Warren... no, no, no hay nadie más aquí, sólo el Amo y yo. Y Da Silva —se

pasó la mano por la cara como para borrar un error que hubiera estado a punto de cometer—. Creí que comprendía la situación. Es lento para ponerse al corriente por ser un político yanqui.

—El cerebro me viene hirviendo dentro del cráneo desde hace ya muchos días, señor Maastricht.

—Llámame Hans, por Dios, hombre. Vosotros pomposos políticos, no sé. Ven, bebamos un trago.

—No bebo. Creí habérselo dicho. Es lento para ponerse al corriente.

Me miró casi directamente a los ojos y luego se sonrió. Sacó de su bolsillo un aplastado paquete de cigarrillos y encendió uno.

—¿Apuesto a que tampoco fuma?

—Correcto. Es una mala costumbre.

—Usted no bebe, no fuma... ¿Qué hace usted, señor Roberts?

Me quedé mirándolo fijo hasta que él bajó los ojos, murmurando.

—No soy el bastardo que quizá parezca —entonces se volvió y pateó dándole al desdichado Bernie en una pantorrilla—. Tú, Bernie, ¿qué diablos estás haciendo aquí? Cuatro Miembros Largos, éstos son Malos Cantos, recuérdalo. Vuelve al trabajo.

Bernie se fue cojeando y aullando. Detrás de nosotros los obreros Seguían trabajando lenta y torpemente. Vi a George sentado en una piedra mirándolos sombrío desde bajo su sombrero, y supuse que era el capataz de la partida.

—Sí, como iba diciendo no soy tan bastardo. Es sólo que el Amo, Dart —tengo costumbre de llamarlo el Amo— estimula lo peor que hay en uno. Yo era un pintor en mis buenos tiempos, ahora ya pasados.

—Un artista ¿eh? Amsterdam es una buena ciudad para los artistas.

—No, no, me entiende usted mal, no Rembrandt. Yo pinto casas, por dentro o por fuera. Tengo tres hombres a mi cargo. ¡Ahora sólo animales! Venga a ver lo que estamos haciendo ahora aquí.

Me mostró cómo estaban enderezando la curva de la laguna en ese punto arrojando piedras con el fin de procurar un amarradero adecuado para embarcaciones pequeñas.

—Ese pequeño muelle por el que usted pasó fue construido por los japoneses durante la última guerra mundial, cuando yo era un niño pequeño. Aquí el agua es mucho más profunda y así es más fácil atracar. ¿Ve los peces?

Estábamos allí mirando por sobre el borde. El agua era de un verde claro. Un millón de pececillos resplandecían en ella hasta las mismas arenas.

—¿Dónde obtienen los bloques de piedra? No parece que hayan estado detonando explosivos en el acantilado —se inclinó a la sombra de la grúa, cogió su familiar botella y bebió un trago de ella—. Tenemos un depósito subterráneo de agua fresca ¿sabe? Se llega a él desde dentro del vallado. Muchas piedras. El Pueblo Bestial las extrajo todas con la mano.

—¡El Pueblo Bestial!

—¿Sabe? El secreto consiste en mantenerlos trabajando, Calvert... Señor Roberts. Hay que mantenerlos trabajando. Yo, por mi parte soy marxista, a diferencia del amo que es un cerdo fascista, de modo que lo sé todo acerca de los proles. ¿Qué iba yo a decir? ¡Ah, sí! Hay que mantenerlos trabajando. Primero excavaron el depósito, llevó varios años, ahora construyen el nuevo muelle con piedras.

—Me gustaría formularte un montón de preguntas acerca de Dart, Hans. Pero antes que nada ¿puedo enviar un mensaje por radio desde algún sitio aquí?

—Desde los transmisores del Amo. De ningún otro modo, por supuesto.

—Eso resulta algo embarazoso, pues acabo de mudarme.

La cara se le ensombreció y reveló preocupación.

—Eso está mal. Pero él es muy coherente... no, quiero decir que no es coherente. Hablaré con él por usted. Tiene que estar adentro al caer la noche, por supuesto.

—¿Cómo así?

Me miró de soslayo. Bebió otro trago de la botella. Miró la colección de espaldas abultadas y velludas que estaban cerca, y los ojillos que siempre nos atisbaban furtivos sobre hombros encorvados. Luego se encogió de hombros.

—¿Son peligrosos? —pregunté en voz baja.

Rió groseramente para demostrar cuán estúpida consideraba mi pregunta... demasiado estúpida como para merecer una respuesta.

—Terminarás siendo un bebedor antes de haber estado aquí una semana, camarada. ¡Te apuesto! —vi que volvía a ganarlo el ánimo malhumorado en que lo encontré cuando nos vimos por primera vez.

—No tengo intención de permanecer aquí una semana —dije.

Me dirigió una mirada extraña, y luego volvió a subir a la grúa.

Yo seguí andando más allá del grupo de trabajadores hasta el extremo del terreno, donde la laguna se encontraba con el mar. El agua de la laguna era verde; el agua del mar era azul. Vi lo escarpados que eran los acantilados y supe que se adentraban en aguas sumamente profundas. No había zócalo continental aquí. Cualquier cosa que cayera al Pacífico seguiría cayendo un largo trecho.

El aire olía bien. Respiré hondo sintiendo que me volvían las fuerzas.

Me encontraba en una posición desde la que podía ver la costa norte de la Isla de Moreau curvándose a ambos lados, pues la laguna se encontraba poco más o menos en el medio de su extensión. La isla tenía la forma de un bumerang. Los altos acantilados estaban al este de la laguna; al oeste había una línea costera quebrada. En el mar no había nada, salvo una roca de buen tamaño coronada por una poca desarrollada palmera, que se levantaba al extremo este de la isla. Nada más que un ininterrumpido horizonte, ni siquiera una nube. La Luna no pareció nunca tan vacía. ¿Y las vidas vacías a mi alrededor...? De ese pensamiento me aparté.

Mientras estaba sentado contemplando el horizonte más allá del cual una guerra mundial estaba ganando incremento, el perruno Bernie se me acercó otra vez. Jadeaba

y se arrastraba a mis pies sin atreverse a hablar. Me sentía tan aislado, que me alegré de tenerlo allí.

—Buen muchacho, buen hombre —dije—. Chilló una sirena. Por un instante me pregunté si no anunciaría un ataque aéreo... el cuerpo de trabajadores abandonó lo que tenía entre manos y se echó a correr gritando y bramando. Bernie se puso en pie de un salto y empezó a gemir, aunque no se fue de mi lado.

Uno de los nativos cayó, se puso en seguida de pie y siguió retozando sin herida alguna. Maastricht saltó de la grúa y me llamó.

—Es la hora de la comida. ¡Ahora es cuando sintonizo la música!

Se dirigió hacia un armario de metal semejante a una garita de centinela en miniatura que estaba cerca del agua, la abrió y presionó un botón. Un tamborileo llenó el aire.

Aquí y allá en la isla había amplificadores esparcidos. Algunos estaban fijados en los soportes de las lámparas alrededor de la laguna y había gran concentración de ellos en la aldea.

Una serie de coplas irrumpieron de los amplificadores llenando el aire.

—Una cosa a todos nos une: ¡es el amor! Ven aquí, nena, la Forma no importa. Muéstrate ahora una bestia, mécete, empuja, menéate, Lobo, leopardo y chacal, junto con mono, oso y toro.

Maastricht vino a mi encuentro riéndose al ver la expresión de disgusto de mi cara.

—De este modo los domamos y los hacemos felices al mismo tiempo. Superamos la estrecha separación entre lo humano y lo animal —le lanzó una patada a Bernie que se escabullía cerca de mi—. ¡Vete de aquí, bruto! ¡Aquí no hay comida!

—Déjalo tranquilo. ¿Por qué lo tratas así? Bernie, ven, buen hombre, quédate conmigo si quieres.

Gimoteando, Bernie volvió hacia mí y se ocultó temeroso a mis espaldas, donde se quedó dirigiendo al holandés tranquilas y quejasas maldiciones.

La cara de Maastricht se le había puesto color rojo ladrillo. Cogió la culata de su escopeta recortada sin descolgarla.

—Permíteme que te haga una advertencia, héroe. ¡Eres nuevo aquí! Ya corres peligro suficiente. No conoces al Pueblo Bestial como yo. ¿Por qué crees que Dart te permitió salir? Porque tiene esperanzas de que te despedacen para no tener problemas contigo ¿lo entiendes?

—Degradas a esa gente con tu brutalidad, pero no parecen peligrosos.

El enfado lo abandonó súbitamente y se volvió para evitar mi mirada.

—Sólo después de caer la noche la situación se vuelve peligrosa en la Isla de Moreau, héroe. Si por entonces quiere que regreses y permanezcas encerrado, no será por tu seguridad, no te preocupes. Será para que estos amigos tuyos no se

enloquezcan con el sabor de la sangre, sábelo. ¡Pregúntale a Bernie!

Subió otra vez a la grúa y empezó a almorzar. Los cantos continuaron resonando roncós a través de la isla y el mar.

—Ve, nena, ponte a follar. Olvida la Forma, empieza a amar, Goza y ríe en la caída. Lobo, leopardo y chacal, junto con mono, oso y toro.

Me acerqué a la grúa y le pregunté a Maastricht:

—¿Por qué darles esta porquería? ¿Por qué no Haydn?

Estaba bebiendo de la botella y escupió de la risa. Llevaba el compás con la bota.

—¡Dios, eres un idealista! Te perdono, héroe... También yo lo fui una vez. Aun iba a la iglesia. ¿Haydn? ¿Papá Haydn? ¿Por qué fastidiarlos con cosas que no comprenden? Hay que vestirse con elegancia para Haydn, héroe. Esto es una utopía, no un campo de prisioneros —bramó de risa y luego repitió lo que era posiblemente una frase favorita—. Esto es una utopía, no un campo de prisioneros.

No tenía sentido discutir con él. Me crucé de brazos y me apoyé contra la máquina mirando el cielo por el que navegaban gaviotas.

Maastricht me alcanzó un coco encerrado todavía en su cáscara verde y dijo ya más en serio: —¿Sabes?, el amo está contento en tanto nadie provoque dificultades. Se interesa en la semejanza entre lo humano y lo animal. La forma y la actitud determinan la conducta... te diré si se lo preguntas.

—En la novela de Wells, Moreau practicaba vivisecciones —mientras hablaba estaba observando a tres focas o, al menos, criaturas parecidas a focas, que venían nadando hacia la laguna desde el mar abierto—. Lograba torturadas formas humanas a partir de leopardos y otros animales... una ocupación muy propia del siglo XIX, según parecía, hasta que el proceso se invirtió virtualmente en los campos de concentración de la última guerra mundial. Dart dice que él duplicó los experimentos de Moreau. Investigación es una palabra demasiado amable para calificarlos. Utiliza el escalpelo simplemente como instrumento de tortura.

—Vosotros, los fenómenos de Dios, sois todos iguales. Condenáis sin molestaros a examinar los hechos. ¡Puaj! El Amo no es Moreau. Concédete lo que le es debido. El tiempo ha avanzado desde esas primeras crudezas.

—Nadie que se comporta...

—¡Te mostraré algo, héroe! ¡Mira eso! —señaló las tres criaturas semejantes a focas y luego se asomó llamándolas. Bernie, excitado se precipitó a la orilla del agua, se llevó los dedos a las mejillas y silbó. Las focas se volvieron hacia donde estábamos nosotros.

Maastricht arrojó un pedazo de alimento al agua para acelerar el avance, pero se movían lentamente. Cuando me acerqué vi que sus caras eran sorprendentemente humanas, aunque oscurecidas por largos cabellos ondulantes y negros. Finalmente descansaron contra las rocas sacudiéndose el agua de los ojos y exclamando: —

¡Hola, Hans!— mientras que al mismo tiempo me miraban cautelosos.

Bernie saltaba de un lugar a otro, tratando de comunicarse con ellos.

—Habla sólo con lengua, sal del agua, si. Nuevo Cuatro Miembros Largos hombre bueno, bueno. No Barbado. Uno dos, tres, cinco...

Le dirigieron miradas amables, pero también evasivas, pues sabían que no era posible mantener con él una comunicación muy inteligente. Tenían la cara redondeada y no muy diferente de la de las focas; la nariz era achatada, la piel muy oscura y los ojos con un pliegue epicántico, lo que los hacía parecer japoneses. Sus cuerpos tenían forma humana, salvo que cuatro apéndices semejantes a aletas reemplazaban a brazos y piernas.

—¡Mira de cerca, héroe! ¿Qué crees que son? —gritó Hans.

—Estoy mirando... —Vi que los apéndices de las tres criaturas diferían; una de ellas tenía una pierna vestigial. Salpicaron juguetones a Bernie, luego se zambulleron y se dirigieron a nado hacia la aldea, evidentemente esperanzados en encontrar allí más alimentos.

Maastricht bebió un gran trago de la botella, se atragantó y dijo sin mirarme a mi precisamente: —Ésos son seres humanos, héroe. Son seres humanos y no han tenido cerca escalpelo alguno. Y eso es lo que le sucedió al Amo, exactamente lo mismo. Ése es el verdadero aspecto del Amo.

Bebió otra vez dejando que el líquido le corriera por la barbilla y la barba. Sacudió la cabeza.

Yo me senté en la polvorienta sombra de la grúa. Bernie vino y se sentó cómodamente a un lado cerca de mi. Maastricht saltó torpemente de la grúa y se puso en cuclillas al otro.

—El Amo tiene motivos para mostrarse desagradable de vez en cuando ¿no te parece? Eso es lo que tu maldito Dios hizo con él.

Las respuestas a eso eran múltiples. Pero señalé a las tres criaturas que todavía avanzaban por la laguna meciéndose a uno y otro lado y dije: —¿Y qué les hizo a ellas tu amo?

—Haya hecho lo que fuere, héroe, había recibido una licencia de lo Alto ¿no crees? —se rió estúpidamente y señaló las gaviotas que giraban en el cielo. Pareció arrancarse del umbral de la borrachera y dijo con frío tino:— Me haces beber más de la cuenta, héroe ¿lo sabías? El Amo se interesa en la plasticidad de la carne... la humana y la animal, y formas nunca antes concebidas... —su voz se desvaneció—. Hay dos horas de siesta —dijo al cabo de un rato—. Nademos un poco y luego nos sentamos a la sombra y charlamos ¿de acuerdo?

Nos desnudamos y nos zambullimos en la laguna. El contacto con el agua era tan hermoso como lo prometía. Había entrado en ella para darle gusto y ahora disfrutaba del elemento que hacía tan poco había odiado. Maastricht nunca se alejaba mucho de las rocas sobre las que había dejado su escopeta recortada cerca del borde del agua para tener fácil acceso a ella, pero yo nadé hasta el centro y desde allí a la boca de la

laguna. Allí me quedé flotando, gozando del agua, mirando el océano que tan recientemente había querido tragarme. Una especie de angustia me ganó; pensé que en adelante tendría miedo de las vastas extensiones de agua, como jamás había tenido miedo del espacio ilimitado.

Mientras me estaba allí flotando, los tres Hombres Foca se me acercaron salpicando. Parecían juguetones, pero no sonreían y tenían aire cauteloso; no me gustaba estar rodeado por ellos, al punto que me sorprendí buscando con la mirada a Hans y su escopeta.

Vi que uno de los miembros del Pueblo Foca era una mujer. Era la más juguetona: saltaba en el aire de modo que me era posible ver sus delicados pechos y se sumergía revelando la hendedura y el vello entre sus piernas aletas.

—¿Dónde vives? —le pregunté.

—Oh, vive, si... tú Cuatro Miembros Largos, hombre bueno, bueno.

Dijo algo riendo a sus compañeros que nadaban a su alrededor en actitud más bien sobria. Ella tenía fuertes dientes blancos. Contó hasta diez.

—Muchas veces, lo que quieras. Verde, amarillo... habla siempre con lengua. Tú vives con Amo.

—Si, yo vivo con Amo. ¿Dónde vives tú? ¿Dónde vivís los tres?

—Uno, dos, tres, vivo, si, dónde vivo. No es una feria de diversiones. Ellos dos hombres, yo chica. Chica bonita.

Los dos hombres empezaron a asestar golpes en el agua. Aunque los amplificadores todavía transmitían con gran estruendo una copla que llegaba hasta nosotros, uno de los Hombres Foca empezó a cantar, claramente y con buen acento:

Tengo una esposa y una amante. En la bella Ciudad de Londres. Y esta noche ella viuda será, será, será...

La muchacha me rozó y me atrapó por el pelo con los dedos que le brotaban del hombro. Apretó su cara contra la mía. Yo la rodeé con el brazo sintiendo su cuerpecito desnudo y gomoso contra mí. Ella me empujó y los otros estaban allí empujándome. Yo me hundí en el agua pateando para escapar, pero la Chica Foca vino conmigo. Tenía los ojos abiertos, y la boca. Estaba excitada. Salimos a la superficie escupiendo agua y ella reía de buena gana. Volvió a sumergirse y supe que estaba siendo examinado bajo el agua.

Uno de los hombres movió un hombro y apuntó con la mirada la roca coronada de una palmera que yo había observado antes, elevada en el mar a un kilómetro de la Isla de Moreau.

—Hogar —dijo—. Es divertido, hogar. Atrapo peces, me zambullo. Nos vamos, sin dificultades, uno dos, tres, cuatro. ¿Si, héroe?

—¿Vives en esa roca?

—Vivo, si, vivo llave. Sin dificultades. Uno, dos, tres, chica. Olvida la Forma,

empieza a amar...

Avanzábamos juntos en el agua cálida. Era como conversar con delfines. La muchacha se reía junto a mi cara; sus brillantes ojos oscuros, sus blancos dientes, el tacto de su cuerpo tenían una intensa gravitación sobre mí. De pronto sentí en el agua una zona más fría. Miré hacia abajo y vi que nos estábamos alejando de la boca de la laguna y entrábamos en el mar. El tinte del agua cambiaba abruptamente del verde a un azul profundo. Avanzábamos por empinados repechos, donde el cuello de la isla caía bruscamente al abismo inmensurable.

—¡No, ya no más lejos! —tenía miedo. Comprendí que había estado enfermo y que no tenía todavía pleno dominio de mí.

Me separé de la muchacha y volví nadando hacia la grúa tratando de no prestar oídos a los gritos y los silbidos de burla.

El episodio me había sobrecogido, en más de un sentido, había estado al borde de algo insondable.

La isla se cerraba a mi alrededor. Nadé hacia la costa, hice pie y salí del agua donde se encontraban mis ropas. Bernie estaba montando guardia junto a ellas —me tendió la mano, pero yo lo aparté de un empujón y me tendí al sol para secarme, tembloroso.

A unos pocos pasos, también postrado, Maastricht dijo: —¡Dios, creí que te habías ido con ellos, héroe! Ésa podría ser una vía posible de escape.

—No es fácil calcular el grado de inteligencia de esa gente. El dominio que tienen de la lengua no es excesivo —traté de evitar que la voz me temblara.

—Ese Pueblo Foca son tíos bastante listos ¿sabes? Son los únicos que se han escapado del Amo aparte de... No, son los únicos. Él tiene todos sus defectos. No tiene brazos ni piernas. Le falta una clavícula. Por causa de la talidomida. Conocí a un chino en Yakarta que había perdido las dos piernas cuando niño, y él...

Maastricht se embarcó en una complicada anécdota. No tenía ganas de escucharlo. Lo que acababa de comprender —que la larga exposición en el océano me había dañado más de lo que suponía, además de las antinaturales sorpresas de esta isla tomó posesión de mí con toda la fuerza de la novedad. Me era preciso pensar en ello. Con todos los miembros temblorosos todavía, me vestí tan de prisa como me fue posible.

Maastricht, que solía divagar, había vuelto al tema de Dart.

—¿Sabes, héroe? tuvo que luchar hasta la madurez, también. Pero tuvo suerte. Ganó por dictamen legal... no, por dictamen de derecho, una indemnización que le pagó la compañía farmacéutica que elaboró la droga. De modo que pudo venir aquí y ponerse a trabajar. No practica experimentos con escalpelo, como crees. Sólo utiliza drogas para alterar el feto en el vientre, ¿comprendes? Había toda clase de animales aquí, que habían quedado desde el tiempo de Moreau. También algunas familias de pescadores japoneses. Tus tres amigos acuáticos son trillizos que le nacieron a una muchacha japonesa que ingirió la droga durante el segundo y el tercer mes de

embarazo.

Me puse de pie y me eché a andar. No tenía deseos de hablar.

—Da algo que pensar, héroe ¿no lo crees así? —gritó Maastricht.

No le contesté.

—No pienses en ello, Cal —gritó. Sin mirar atrás, me fue posible imaginar que empinaba la botella en su boca carnososa para darle fin.

5. UNA OPORTUNIDAD DE REFLEXIÓN

EN el estado de perturbación mental en que me encontraba, tenía que seguir andando, alejándome de Maastricht y sus desdichadas preocupaciones. Me hacía falta un sitio en que pudiera pensar como es debido, en paz. Me dirigí hacia el este y pronto debí avanzar cuesta arriba. Bernie retozaba a mi lado emitiendo ruidos consoladores. Unos pájaros saltaban frente a nosotros entre las malezas.

Cuando me puse a considerarlo, me di cuenta de que conocía pocos detalles acerca de la administración del Pacífico; el tema no pertenecía a mi departamento, pero estaba convencido de que la organización del Consorcio de Océanos Unidos en la década del ochenta para conservar y controlar la hidrosfera mundial excluía la posibilidad de que alguien instalara su propio infierno privado como Dart lo había hecho. ¿Las patrullas del COU nunca visitaban la isla? ¿Nunca la Marina de los EE.UU. había investigado nada?

En un nivel más profundo, consideré las realidades políticas ocultas tras los rótulos ornamentales como el Consorcio de Océanos Unidos. Porque el COU había sido establecido por los Estados Unidos, China y Japón, junto con varios estados ASEAN como Singapur, para contener la expansión del dominio soviético en aguas del Pacífico. Los soviéticos, con sus renuentes pero vitales aliados del Oriente Medio, controlaban ahora el Mediterráneo (base tradicional del poder marítimo), el Mar del Norte y el Atlántico. La guerra en gran medida estaba librándose en el último océano libre. Que tanto compañías chinas como japonesas estuvieran extrayendo el petróleo vital de pozos de petróleo costeros sólo acentuaba la amargura de la lucha.

La Isla de Moreau, sin la protección de los EE.UU. o del COU, podía procurar una base de suministros ideal para los gigantescos submarinos nucleares soviéticos, situada como estaba a distancia atacable de Australia y no lejos de la importante base de Singapur.

No bien regresara a Washington haría que la cuestión de la Isla de Moreau fuera investigada a fondo. Y eso, percibía, era precisamente lo que Dart suponía que yo haría. ¿Enviaría entonces mi mensaje por radio? ¿O intentaría detenerme aquí ya como una especie de prisionero ya procurando que algo mucho más permanente me sucediera como lo había sugerido Maastricht?

La respuesta a esas preguntas dependía del grado de crueldad de que fuera capaz Dart y de la medida en que sus experimentos fueran más allá de los límites de la conducta humana normal. El debilitamiento de mi salud había sido más pronunciado de lo que había advertido hasta ahora; me había conducido a pensar que nada grave ocurría, que, por ejemplo, la desdichada «aldea» era una aldea ordinaria en la que podría cablegrafiar, alquilar habitaciones, etcétera. Nadie había pretendido engañarme en estos asuntos; yo, sin saberlo, me había engañado a mi mismo.

Lo que he contado hasta ahora de mi mismo, me muestra, lo advierto, en un aspecto muy deslucido. Normalmente, me es posible contar con que he de conducirme con acierto, dominio de la situación y decisión. Desde que fui subido medio muerto al bote de Maastricht, mis acciones han quedado debilitadas desde todo punto de vista. En particular, me las había compuesto para no tener en cuenta las espantosas realidades que me rodeaban.

Me senté en una piedra a la sombra moteada y Bernie se acomodó junto a mi mirándome la cara. Al cabo de un momento me puso la mano en la rodilla y musitó algunos de sus disparates propiciatorios. Contemplé sus atrofiados miembros con piedad y horror forzándome, ahora que había recuperado el juicio, a experimentar con plenitud lo que era Bernie. Era una mezcla de animal y ser humano, el grotesco resultado de un experimento de laboratorio. Especímenes similares habitaban la isla, y yo andaba entre ellos. Los miembros me temblaron intensamente, una reacción demorada ante la verdad. Me obligué a ponerme en pie de un salto y eché a andar.

Por supuesto, quizá la isla no fuera sólo una cámara de tortura privada. Si Dan fuera llevado ante los tribunales (así estaba ahora funcionándome la mente), posiblemente pudiera procurar algún fundamento para su «obra». No creo que ningún fundamento pudiera servir como justificación moral del sufrimiento que estaba infligiendo. Pero era importante establecer con exactitud lo que estaba haciendo y qué eran esas «tres etapas» de las que había hablado con cierto orgullo.

No era difícil entender que un hombre inteligente que padecía semejantes incapacidades se sintiera obsesionado por ellas y por su causa. Sabía cuán errada es la opinión popular según la cual los científicos son «desapegados» y la ciencia es «pura»; los científicos, como los artistas, eran a menudo obsesivos y capaces de producir la obra más destacada. Dart podía padecer como el que más la compulsión de comprender los misterios de la estructura y la programación genéticas. Si eso era en lo que trabajaba.

De modo que llegué al punto en que decidí que lo que estaba haciendo posiblemente podría ser de valor para el mundo y que de inmediato era preciso impedirle que siguiera haciéndolo. ¿Había una contradicción en esto? Todo conocimiento era valioso; sólo en manos erradas era destructivo y decididamente las de Dart lo eran.

Si mi razonamiento era correcto, tenía que volver y enfrentar a Dart con mayor resolución que la mostrada hasta ahora. Y no sólo razón haría falta...

Tan sumido en mis pensamientos estaba que tropecé en una rama medio oculta entre la hierba y caí cuan largo era.

Bernie virtualmente saltó sobre mí y empezó a acariciarme la mano.

—Mi Amo, buen hombre, buen muchacho. Sin dificultades, sin dificultades. ¡Cuidado! Usted baja, muchacho, héroe ¿bien?

—Estoy bien —dije sentándome—. Me alegra tu compañía, Bernie. Sólo no me toques.

El claro umbroso en que nos encontrábamos estaba lleno de piedras y de grandes caparazones blancos de tortugas muertas. El sol en lo alto del cielo daba sobre los esparcidos eucaliptos y las cañas de bambú. Me senté y me froté la rodilla, otra vez fatigado. Había nadado demasiado. Sean cuales sean los aterradores acontecimientos que constituyen nuestra vida, todo viene a parar en esto al final: sólo queremos descansar acostados.

Me tendí, protegí mis ojos del sol y vi que Bernie se tendía a mi lado. Me llegaba a los oídos la música estridente junto con el continuo sonido del océano, imposible de evitar. Dormité a medias cómodo.

Un ruido arrastrado en las cercanías me volvió a la realidad presente. Bernie ya atisbaba alerta por sobre mi pecho algo a la derecha.

Sólo a tres metros de nosotros, con paso ponderoso, una tortuga gigante cruzaba el claro. Su cabeza vacilaba sobre el cuello rugoso y los tendones se estiraban con esfuerzo mientras arrancaba una plantita que allí crecía. Se detuvo un instante masticando la planta hasta que aun el tallo desapareció; nos miró con mirada abstraída desde sus ojos acuosos. Luego prosiguió la marcha rodeando la reliquia de un ex camarada en el camino. Bernie gimoteó, pero no la persiguió.

De modo que uno de los ciudadanos originales de la isla se las componía para sobrevivir. ¿Durante cuántos millones de años las tortugas gigantes habían vivido en esta roca solitaria? Al contemplar esa cara hendida de un sucesor del orden de los dinosaurios, había sentido que el tiempo se cerraba entre nosotros. Quizá siguieran medrando aquí mucho después que la humanidad hubiera llegado a su término. En algún lugar más allá de estos horizontes, el hombre se preparaba para extinguirse a si mismo.

No bien hube pensado en eso, los problemas de la Isla de Moreau se empequeñecieron por cierto. No obstante, la conexión entre lo que estaba sucediendo aquí y lo que estaba sucediendo allá no me pasó inadvertida.

Ganado por una inquietud que cuando menos renovó mis energías, sacudí a Bernie para quitármelo de encima y me puse de pie. Dart era el hombre con quien tenía que vérmelas. Fui al portal del recinto del Amo con Bernie a mis talones. La isla estaba serena disfrutando de su siesta, aunque la música de rock aún sonaba.

—¡Dart! —llamé—. ¡Dart!

Al cabo de un momento una voz de sonido metálico dijo cerca de mi oído: — ¿Qué quiere?

Busqué el interfono, pero estaba dentro del portal a modo de protección. La disposición era acertada a juzgar por las profundas hendeduras abiertas en el metal del portal y los postes.

—Dart, quiero que me deje entrar nuevamente. Me es preciso hablar con usted.

—¿De qué quiere hablarme, señor Subsecretario? ¿De Dios?

—Aceptaré tratar temas menores... He estado pensando en la situación.

—¿Qué situación?

—Hay sólo una situación en esta isla, como muy bien lo sabe, y usted está en ella.
Silencio.

—Y, Dart... quiero llevar conmigo a mi compañero Bernie.

Los ojos del Hombre Perro expresaron temor. Entendía más de lo que podía manifestar, como el resto de nosotros.

El portal se abrió.

—¡Ven Bernie! ¡No te hará daño! Quédate conmigo.

¡Qué mirada lamentable y vacilante me dirigió!

—Amos, sabes. Usted habla. Usted no empuja, Cuatro Miembros Largos. Ésta mi casa mala, Laboratorio. No gusto Látigo, sé bueno, sé buen muchacho.

Dio un paso adelante y un paso atrás. Y otro paso atrás.

—Entonces, mejor vuelve a la aldea, Bernie. Gracias por tu compañía.

—Adiós, hombre bueno. Uno, dos, tres...

Entré, y el penal se cerró a mis espaldas.

Por primera vez advertí la crudeza de la construcción del bajo edificio. El máximo de atención se había concedido al frente, donde estaba el gran cuarto de control; allí a la fachada se le había dado una terminación de piedrecitas. El resto era desmañado. Las paredes eran de bloques de cisco, torpemente argamasados, los aleros carecían de canales, y muchas de las ventanas no tenían cristal: el efecto total era de algo inacabado, si no directamente abandonado. Una o dos enredaderas tropicales, asidas de las rugosas paredes, contrarrestaban un tanto el general efecto de crudeza.

Al entrar en la casa, encontré a Mortimer Dart en el cuarto principal, sentado alerta en su silla. Una vez más examiné esa cara pálida e hinchada, pero nada vital pude leer en ella. Bella se agitaba inquieta tras él. Heather estaba en el rincón extremo del cuarto, sentada junto a una frondosa planta en una maceta de bronce. Llevaba la misma túnica de color azafrán y los mismos pantalones oscuros de nuestro último encuentro; a estas prendas había agregado un delgado pañuelo de color malva que había anudado de modo incongruente en torno al cuello.

Hice una pequeña inclinación de cabeza en dirección de Heather. El saludo no me fue devuelto a no ser que haya sonreído ligeramente. Permaneció inmóvil.

—Una placentera reunión de familia —dije. El cuarto tenía aire acondicionado. No se oían coplas aquí; sólo Haydn, como de costumbre. Me estremecí.

—Ha examinado muy bien mis propiedades, Roberts.

—Sí. Tengo algo de fiebre, creo. ¿Tiene Bella un poco más de ese zumo de lima?

—¡Por supuesto! ¡Bella! Permítame que le tome el pulso.

Permanecí en mi sitio. Al acercárame, el asiento de su silla se elevó hasta poder él tocarme la frente. La mano que me acercó terminaba en abigarrados dedos; el dedo que me apoyó en la frente era blando y duro a la vez. Traté de mirarlo mientras la mano de metal retrocedía y colgaba otra vez a un lado del vehículo. Mirando un pequeño panel de instrumentos junto a su rodilla izquierda, Dart dijo: —Su pulso es

normal. La temperatura es un par de grados más alta de lo debido, pero eso era de esperar después de haber estado andando al sol y nadando en la laguna. Siéntese.

Sospecho que era ése un modo delicado de indicarme que gran parte de la isla estaba vigilada.

Cuando me senté, hizo descender su asiento hasta que el nivel de sus ojos estuvo ligeramente algo más alto que el de los míos. —Debe usted prometerme que no alterará la plácida rutina de lo que acontece aquí— dijo—. Manténgase tranquilo y todo irá bien. Si perturba al Pueblo Bestial, o al pobre Hans, o a mi, o a cualquiera... bien, entonces tendremos que adoptar medidas. Ésta no es una feria de diversiones. ¿Entendido?

Apartando de él la mirada, pregunté fríamente:

—¿Ha mandado ya mi mensaje, Dart?

—Necesito ciertas garantías...

—Porque se verá en graves dificultades si no lo ha hecho. Permítame que le recuerde que en este mismo momento se está llevando a cabo una extensiva Investigación de Rescate en busca de los sobrevivientes del *Leda* en una zona del océano cada vez más amplia.

—Todo eso fue hace diez días en medio de una guerra —dijo Dart—. Ya la búsqueda habrá terminado. No puede engañarme.

—Nunca se dan por vencidos —dije.

Bella vino y me puso por delante un neblinoso vaso de zumo de lima.

—¿Cómo es posible —dijo Dart— que si esa búsqueda de que usted habla se lleva a cabo, no hayamos visto ni un avión por sobre la isla en más de una semana?

—Eso da fuerza a lo que sostengo. No han examinado todavía este sector. Llegarán en cualquier momento.

Pude ver que no me creía. Cierta conocimiento privado que yo tenía, se sumaba a mi inquietud. De ordinario los satélites de inspección muy por encima de la estratosfera registraban todas las actividades en tierra y mar; uno de ellos habría transmitido a la base el hundimiento del *Leda*; pero yo sabía que el satélite vital había sido desintegrado por el enemigo; la información había llegado mientras yo estaba de conferencia en la Luna.

Dart empezó a girar por el cuarto. Bella lo siguió hasta que salvajemente hizo un ademán para que se apartara del camino.

—No tiene pruebas de su identidad... —había empezado cuando sonó la sirena. Miró su reloj y prosiguió—. Tenemos una computadora exacta, ya lo ve. Es hora de volver al trabajo. El fin de la fiesta. El fin también de nuestra conversación.

Puse mi pie en el descanso de los pies de su silla.

—Dart, exijo, como Subsecretario de Estado, que usted o yo enviemos el mensaje al CAEYA inmediatamente. Ésas son las instrucciones que tengo para usted, y debo advertirle que por la Ley de Poderes de Emergencia, tengo derecho a requisar su equipo. Si pone usted resistencia, puede ser juzgado por un tribunal de emergencia

cuyos poderes incluyen el pronunciamiento de una sentencia de muerte. ¿Qué dice usted? ¿Sí o no?

Su cara pareció cambiar de forma cuando alzó los hombros con súbito furor. Sus manos se aferraron a los brazos de la silla.

—El transmisor de radio hoy no funciona —dijo por fin.

—¡Está mintiendo!

—No aceptaré que se den órdenes en mi propia isla.

—Quédese donde está —dijo una voz a mis espaldas.

Al volverme, vi al esbelto hombre blanco de la blanca chaqueta de laboratorio. Tenía una marchita cara opaca fijada en este momento en una expresión de desagradable decisión. Sostenía un arma extraña, semejante a una larga pistola de aire comprimido, con la que me apuntaba.

—Da Silva —dije—, de acuerdo con las reglas de tiempos de guerra, usted, como su jefe, están cometiendo una grave ofensa que merece pena de muerte. Deje esa arma.

—Está bien, Roberts o como se llame, basta ya de fanfarronadas.

Dart también me apuntaba con un arma. Era una automática Browning. Exigía poca capacidad deductiva darse cuenta de que tenía un emisor de señales en la silla para casos en que necesitara ayuda.

Mientras estaba allí, con las manos a medias en alto, preguntándome si me abalanzaría sobre Dart, las otras protagonistas de la escena se pusieron en movimiento. Bella se escabulló fuera, desvaneciéndose por la puerta como una imagen de la traición... aunque por qué esperaba yo nada de ella no puedo explicármelo. En cambio Heather se acercó, casi tan sin ruido como se alejó Bella. Cuando menos ella no estaba armada, pero la expresión de su cara no era agradable. Una señal muda pasó entre ella y Dart.

—Está usted recuperando sus fuerzas y volviéndose peligroso —dijo él—. Tendremos que encerrarlo. Le daré la oportunidad de volver a pensar las cosas.

—Me coge usted en desventaja, Dart. Eso es sólo temporal, como se dará cuenta si considera sus acciones dentro del contexto de la guerra que se libra en aguas del Pacífico. Ha sido usted informado acerca del papel que desempeño en esos asuntos. Coopere o aténgase a las consecuencias.

Dart siguió apuntándome con el arma con una delgada sonrisa en la cara.

—La guerra... la perfecta excusa humana para ejercer el poder, el poder personal además del nacional. Ése es su juego no el mío, señor Roberts. Usted cree que debo estar automáticamente de su parte en la lucha ¿no es cierto? Está equivocado. La humanidad me mantuvo siempre a prudente distancia, de modo que no tengo por qué experimentar sentimientos humanos. Estoy disculpado. ¿De acuerdo?

—No es cuestión de lo que usted sienta...

—Ya está bien, muchas gracias. Da Silva, enciérrelo.

6. UN PEQUEÑO ACTO DE STRIP-TEASE

NO es fácil estimar el tamaño del edificio en que la voluntad de Dart prevalecía.

Desde afuera era casi imposible, pues la estructura se había situado de modo que su parte trasera estaba contra la colina espesamente arbolada que se levantaba en el extremo este de la isla. Además estaba rodeado de un alto vallado.

Desde adentro las puertas cerradas frustraban cualquier intento de exploración. Yo conocía sólo dos corredores que trazaban una T y algunos de los cuartos que daban a ellos. A un lado del corredor más largo estaban los cuartos que, según supongo, constituían el frente del edificio. Estos cuartos consistían en dos dormitorios semejantes a celdas en uno de los cuales me alojé cuando llegué a la isla, otro pequeño cuarto con la puerta cerrada y el gran cuarto de control. Estos cuartos daban al noroeste. En el otro lado del corredor estaban la cocina, la habitación de Bella, luego un almacén, una sala con puertas dobles (cerradas) que comunicaba con la zona del laboratorio y un lavabo. En el corredor lateral había más puertas cerradas, las habitaciones de Heather, cuartos de baño y, según sospechaba, el cuarto de la radio, como también otra puerta cerrada que comunicaba con el laboratorio. Estimaba que los corredores en T daban acceso a menos de la tercera parte de la totalidad del edificio.

Vigilado por las dos armas, fui conducido a una celda junto al cuarto del generador y encerrado. En la celda había una luz y un ventilador en el cielo raso. Calculé por su posición en la casa que estaba enteramente rodeado por otros cuartos, quizá otras celdas. Contenía una litera con dos mantas y una novela de encuadernación rústica en ella, y un cubo de desperdicios en un rincón. Nada más.

Ardiendo de furia y frustración recorrí el minúsculo cuarto de un lado al otro.

Transcurrió un largo tiempo. Horas incontables. Luego la puerta se abrió. Entró Heather cautelosa con una bandeja de comida. Da Silva estaba tras ella, llevando todavía su pistola de aire comprimido. Ella dejó la bandeja en el suelo y se fue. La llave giró en la cerradura.

Mucho después de eso me dejé caer en la litera y me quedé dormido. Cuando desperté la luz todavía resplandecía ante mis ojos. No tenía idea de si era de día o de noche.

Nunca en la vida había estado preso. Era imposible recuperar la rabia sustentadora que había sentido cuando fui encerrado. Empecé a pasearme otra vez, pero esta vez para mantener a raya la ansiedad.

Heather volvió y se llevó la bandeja. No había comido nada. Volvió pronto con más comida y una taza de café caliente... No bien se hubo ido, me puse en cuclillas y bebí el café con avidez. Comí la comida. Empecé a pasearme nuevamente.

Mucho después me había cansado de pasearme y me senté con las piernas

extendidas en la litera; hubo un golpe en la puerta.

—¿Señor Roberts? Soy yo, Mortimer Dart ¿supongo que puede oírme? He venido a decirle que todo está bien y que lo dejaremos salir. ¿Me oye?

Permanecí en la cama. ¿Un truco? Iban a matarme. ¿Qué tenía que perder?

—Señor Roberts ¿está despierto? No intente nada. Es libre de irse y no quiero dificultades. Hemos comprobado sus credenciales y es usted auténtico. Estoy convencido de ello.

—¿Consultó con el CAEYA? —pregunté.

Un breve silencio. Luego dijo:

—Sospechaba por buenos motivos. No se mencionó su desaparición en el Noticiero de los Co-Aliados. De modo que no me era posible creer su historia. Usted no tenía verificación alguna ¿no es cierto? ¿Cómo iba yo a estar seguro de que no era una especie de subversivo?

—Dart ¿consultó con el CAEYA?

—Figuraba en el noticiero de esta mañana, Señor Roberts.

—Ya sabe cómo se censura en tiempos de guerra. Transmitieron su retrato y anunciaron que acababa de morir en un hospital de Washington. Su funeral es mañana por la tarde a las tres.

—Resulta interesante ¿no es cierto?

De modo que habían abandonado la búsqueda. La historia inventada era típica; al público no le gusta enterarse que los políticos intervienen en misiones peligrosas. Pero ¿lo sabía Dart? ¿Tenía todavía dudas acerca de mi identidad? Si en realidad creía que era un subversivo tendría una razón para matarme. Por otra parte, si creía ahora que era en realidad quien yo declaraba ser, tendría un buen motivo para no querer que yo regresara a los Estados Unidos.

—¿Oye lo que digo allí dentro? Si lo dejo en libertad ¿puedo contar con su cooperación? ¿Sin jugarretas?

No había transmitido el mensaje al CAEYA. Eso de por si sólo era prueba de que tenía buenos motivos para desconfiar. Era esencial seguirle la corriente, al menos hasta que estuviera tan lejos de esta celda como pudiera.

—Déjeme salir —dije—. Quizá podamos ver juntos mi funeral por 3V.

Había alivio en su voz cuando dijo:

—Quizá podamos hacerlo. Una buena diversión. Entretanto tengo un pequeño contratiempo y quizá podría ayudarme.

La llave giró en la cerradura. Se abrió la puerta. Estaba vestido con su asombrosa armadura protésica, con la misma apariencia con que lo había visto por primera vez, semejante a un robot; el yelmo casi rozaba el cielo raso. A pesar de mi mismo, me sobresalté al verlo. Pasé cauteloso junto a él al corredor. Allí estaba Heather; me dirigió una tensa sonrisa.

Miré a Dart con desventaja psicológica después de mi periodo de confinamiento. Llegaría la hora en que lamentaría haberme dado este tratamiento.

—¿Cómo se siente uno muerto y prácticamente sepultado? —dijo fríamente.

—Muy bien, Dart, sé que estoy vivo porque necesita mi ayuda. Ya decidiré cuando sepa cuál es su contratiempo. ¿Ha estado azotando a Bella otra vez?

—Se trata de Hans —dijo Heather.

—Está nuevamente borracho —dijo Dart.

—Se ha declarado en huelga —dijo ella rápidamente.

Miré al uno y a la otra, consciente de que por el momento tenía una pequeña ventaja frente a ellos.

—Aclaren la historia. ¿Cuál es el problema de Maastricht?

—Consideró un error haberlo encerrado a usted —dijo Heather con un desafío de tono que adiviné destinado a Dart—. De modo que deliberadamente se dedicó al trago.

—Tengo que ir allí fuera —dijo Dart—. Las Bestias no trabajan. Le estaría agradecido si me acompañara. Sólo para que sea visto en la aldea. Creo que deberían ser puestos al tanto y ver que usted está bien.

—¿Dónde está Maastricht?

—Está allí fuera. Venga conmigo, Roberts. Lo traeremos de nuevo aquí. No hay peligro.

—No es ésa la impresión que usted me da. ¿Qué hora es?

—Las tres y treinta de la tarde.

Había estado en la celda unas veinticinco horas. Avanzamos por el corredor, el Amo con pesado estruendo metálico, Heather con paso delicado a su lado. Locos pensamientos me pasaron por el cerebro; la liberación de la celda me había producido una inesperada agorafobia. Llegamos a la puerta en el extremo del corredor y salimos al terreno del recinto. Respiré profundamente el aire cálido. Olía bien. Prometía libertad.

Heather nos abrió el portal y nos detuvimos allí bajo los árboles contemplando la escena mientras nos salía al encuentro el eterno bramido monótono del mar.

Mi mirada se dirigió primero a la extensión del océano. Estaba vacía. Y no había aeroplanos en el aire; también él estaba vacío. No había signo alguno de guerra.

La escena en tierra era casi igualmente nula y desprovista. Al otro lado de la laguna vi unas pocas figuras sombrías echadas fuera de sus chozas. Nadie se movía. Más cerca se alzaba la grúa. En la intensa luz clara pude ver a Maastricht esparrancado en la caseta abierta. Afuera, contra los carriles de la grúa estaba George, el enorme amigo de Maastricht, con el sombrero de cuero sobre los ojos y los brazos cruzados, con aspecto totalmente humano en esa actitud a la distancia.

—Todo tiene aspecto pacífico y nada peligroso —dije—. Deje estar las cosas, Dart. Si Hans se ha bebido un trago de más, déjelo dormir la mona.

—La disciplina, señor Roberts. Usted, en su profesión debe de conocer la importancia de la disciplina.

Tenía un amplificador de radio sujeto al peto de la armadura. Cogió un micrófono

de mano y habló por él: —¡Hans, despiértate! ¡Muévete! ¡Arriba! ¿Quieres? ¡Todo el mundo afuera! ¡A trabajar, a trabajar! El Amo es la Ira que Inflama. El Amo es el látigo que Doma.

Hubo un inmediato estremecimiento en las deslucidas chozas cuando la voz amplificadora tronó en la isla. También sobre Maastricht el ruido tuvo el efecto deseado.

Vi a Hans ponerse en pie vacilante y atisbar el sitio donde nos encontrábamos. Se frotó la cara, apoyó el pie en el peldaño de la caseta y estuvo a punto de caer. George saltó aterrado y acudió en su ayuda; cuando Maastricht recuperó el equilibrio, le dio un golpe en el pecho a su desdichado capataz y empezó a chillarle.

Con un agudo silbido, George entró en acción. Se echó a correr a lo largo de la curva de la laguna a una velocidad asombrosa, agitando los brazos y bramando. Era un extraño espectáculo, en parte triste, en parte jocoso.

Lo que era en parte jocoso se convirtió en una escena francamente cómica. Mientras George se acercaba a la aldea con todo el aspecto de una locomotora, un hombre salió trotando de entre los árboles en dirección opuesta, corriendo por el sendero que yo había cogido al llegar aquí. Este recién venido era robusto y muy rojo, con vello en la frente y el hocico. Aunque vestía el mono universal, le había arrancado las piernas para lucir sus largas pantorrillas, como si estuviera orgulloso de parecer más humano en ese aspecto que la mayor parte de sus semejantes. Lo he llamado hombre, pero era sólo humanoide. Se parecía a los zorros que en los libros para niños se visten con ropas humanas con fines de engaño.

Avanzaba veloz. Él y George giraron para evitarse mutuamente. Pero ambos lo hicieron en la misma dirección y chocaron. Se cayeron, rodaron e inmediatamente empezaron a luchar. La risa ebria de Maastricht resonó a través de la laguna.

—Debemos parar eso —dijo Dart—. Esto no es una feria de diversiones.

Levantó la carabina y disparó al aire dos veces.

No bien empezó la pelea, el Pueblo Bestial se precipitó al sitio de la acción. Los disparos los detuvieron momentáneamente. Pero la curiosidad venció y avanzaron veloces nuevamente. Con un grito de cólera, el cyborg se dirigió hacia ellos avanzando rápidamente sobre sus piernas eléctricas. Yo lo seguí más despacio descendiendo el sendero moteado de sombra hasta que estuve a mitad de camino entre la lucha y el sitio del puerto en que estaba Maastricht, todavía riendo con insensatez.

La llegada del Amo a la escena fue suficiente para el Pueblo Bestial. Se esparcieron y echaron a correr saltando sobre las malezas y las chozas sin tener en cuenta los arañazos que pudieran sufrir. Aun George y Zorro se apartaron y se miraron coléricos respirando pesadamente.

Ambas criaturas sangraban como comprobé al acercarme. Zorro se acariciaba el brazo izquierdo. La manga había quedado arrancada exhibiendo el desgarrón en la carne arenosa donde se habían hundido los dientes de George. George era de

constitución más poderosa y no parecía lastimado, aunque tenía el labio inferior hinchado y le manaba sangre que él no intentaba restañar. Cada cual sostenía su terreno y se miraban con desafío y también miraban con desafío a Dart.

Dart —con tino, me pareció— dijo en tono más calmo:

—¡Muy bien, de nuevo al trabajo todo el mundo! George, vuelve a la grúa. Haz lo que digo, no provoques dificultades —levantó el látigo y lo hizo restallar.

—Yo todo mato al jefe hombre George muy pronto —dijo Zorro con perfecta distinción. Recibió el latigazo entre los hombros y huyó.

En contraste con la taciturna sumisión que había visto hasta entonces, Zorro se mostraba excepcionalmente desafiante... y se expresaba en un inglés excepcionalmente claro. Quizá el Amo lo pensó también; pero se contentó con vociferar una amenaza mientras Zorro retrocedía antes de alejarse corriendo hacia la grúa.

George, musitando sombrío para sí, esparrancado en el suelo, cogió su polvoriento sombrero y se lo encasquetó en la cabeza. Como si al hacerlo recuperara el coraje, se fue galopando hacia el puerto, sobrecogiéndolo al Amo, agitando los cortos brazos y aullando como ya antes lo había hecho.

Me quedé a la sombra de un árbol observando, seguro de que habría dificultades entre Dart y Maastricht. Este último estaba demasiado borracho por el momento; pero más tarde podría convertirse en un valioso aliado en contra de Dart. A pesar de todo su arsenal, éste no era rival para nosotros si nos manteníamos unidos y permanecíamos fuera del recinto. Y Maastricht tenía una escopeta recortada.

Cuando Dart se le acercó, Maastricht dejó de reír y empezó a gritar en cambio. Dart le gritó a su vez. Se inició un intercambio de insultos. Vi que Dart se inclinaba y cogía la botella medio vacía de Maastricht desde donde estaba, en los carriles de la oruga. La arrojó al mar.

Mascullando maldiciones, Maastricht subió torpemente a la grúa y la puso en movimiento. George alborotó vociferante. Los trabajadores pasaban corriendo junto a mí, empujándose para volver a sus rocas y su cemento. Satisfecho, Dart se volvió. Yo avancé.

Maastricht puso en marcha la grúa. Ésta empezó a arrastrarse lentamente a lo largo del borde del puerto. Se asomó fuera de la caseta para gritarle algo a George, que daba órdenes furioso a los trabajadores. Mientras lo hacía, me sorprendió mirándolo y levantó un pulgar en ademán de desafío a los hados. Yo le devolví la señal. En ese momento la grúa se inclinó hacia adelante.

Vi la oruga lejana atropellar el borde de cemento en una lluvia de argamasa. Lentamente la máquina se ladeó. Maastricht lanzó un juramento tirando de una palanca. La máquina rugió y la oruga giró. Entonces la máquina entera dio la vuelta y cayó en la laguna. La salpicadura fue portentosa.

Yo grité y eché a correr.

Hubo una tremenda confusión.

El Pueblo Bestial remolineaba a la orilla del agua y emitía una miscelánea de gritos. La mayor parte de ellos estaban verdaderamente aterrados, aunque aquí y allá advertí un furtivo placer malicioso ante el desastre. Muchos fueron hasta el borde del agua saltando sobre las piedras y el muro de cemento derribado sin osar aventurarse en el ajeno elemento. Un viejo con cara de caballo cayó al agua; en la brega por rescatarlo, otros se le unieron. ¡Nunca hubo tantos gritos y lamentos!

Y George... él era el más desatinado. Iba de un lado al otro aullando enloquecido. Finalmente se arrojó al agua y se vio obligado a salir de ella otra vez en seguida.

A todo esto yo prestaba sólo una atención marginal. Tenía la mirada fija en la gran confusión producida en el agua en el sitio donde se había hundido la grúa. Una esquina de la caseta y el extremo de la oruga estaban por encima de la superficie. Ascendían burbujas. Me quité los zapatos.

—¡Roberts, por favor...! ¡Por favor, sávelo!

Oí las palabras de Dart al zambullirme.

En mi primera zambullida encontré a Hans. Pasando bajo la caseta, pateando fuerte en el agua lodosa, llegué a su espalda desnuda y su pierna derecha. Se debatía. Había en suspensión arena y humus... pero vi que de algún modo los brazos le habían quedado atrapados a la entrada de la caseta y estaban sujetos desde dentro. Su cabeza estaba dentro de la caseta y el resto fuera, como si hubiera sido arrojado cuando cayó la máquina. Le cogí el hombro y se lo sacudí para hacerle saber que el auxilio estaba en camino antes de volver a la superficie para respirar nuevamente.

Me sumergí otra vez pasando por la puerta superior de la caseta y llegué junto a él en medio del agua anublada. Ante mis ojos flotaba gasolina Diesel.

La cara de Maastricht estaba junto a la mía con expresión de angustia. La escopeta recortada y su correa habían quedado atrapadas en la puerta, sujetándole los brazos cuando había querido saltar para liberarse. Su brazo izquierdo luchaba todavía por librarse. Sólo me llevó un momento soltar el arma que lo estorbaba y dejarle libre el brazo. Lo cogí de las axilas y tiré de él.

Pero me hacía falta mayor palanca. Para eso, tuve que adentrarme en la caseta y agarrarle por el torso. Contra mi voluntad, tuve que volver a la superficie.

Esas caras oscuras y ajenas remolineaban a mi alrededor. El estruendo que hacían... o quizá fuera la sangre que me martilleaba las arterias. Mareado, aspiré el aire y me sumergí por tercera vez justo a través de la caseta.

Esta vez rodeé con los brazos a Hans y apoyé los pies contra las ruedas de la oruga. Tiré y resbalé. Él luchaba aún. Todavía no me fue posible moverlo. Con la cabeza en la oscuridad y un vago cuadrado de luz sobre mí, tiré... y tiré sin comprender por qué no se levantaba flotando en libertad con los pulmones a punto de reventar, pateé más abajo y descubrí que tenía la pierna izquierda atrapada entre la grúa y el lecho de la laguna.

Cuando volví al mundo de la luz solar, el Amo asomaba como una torre sobre el muro roto.

—Sáquelo, tiene que sacarlo, Roberts.

George estaba hasta los corvejones en el agua; su negra mirada me devoraba.

—Sáqueme del agua... ¡por favor!

Mucho después, recapacitando sobre la escena, al recordar lo que había dicho George allí en cuclillas con su cabezota sin cuello echada hacia adelante, me pregunté: «¿Una confusión de pronombres tan sólo o una genuina identificación con el hombre que se ahogaba?».

Pero la única criatura allí con verdadera presencia de ánimo era Zorro. Se abrió paso a través de la multitud con una cuerda traída del edificio. Me arrojó uno de sus extremos con una curiosa mirada de triunfo y desconfianza en sus huidizos ojos rojizos.

—Coja el otro extremo, Dart —grité.

Luego me zambullí una vez más.

No fue difícil atar la cuerda en torno al pecho de Hans. Sus ojos miraban todavía, los cabellos ondeaban hacia arriba, los pelos de la barba se le metían en la boca abierta. Resbalando en el lodo del lecho de la laguna, tiré de la cuerda y pateé para subir a la superficie.

Dart tiraba de la cuerda. La chusma, a pesar del miedo que le tenía, también tiraba. Fue un esfuerzo supremo durante el cual tuve la visión de Hans que flotaba sin una pierna. Pero no volvió nunca a flotar.

Dos veces más me sumergí al fondo de la laguna. Tenía la pierna y el pie izquierdos apretados entre la grúa y una de las rocas arrojadas al agua para construir el puerto.

Por fin salí del agua.

—Está atrapado. Tendrá que mover la grúa —dije a Dart—. Equipe las dos barcas con cables. Si se la puede mover unas pocas pulgadas, Hans quedará libre. ¡Apresúrese!

Siguieron mi consejo. La operación fue un revoltijo. Lo que debió haber llevado diez minutos, no más, llevó más de una hora. Finalmente se movió la grúa y levantamos al pobre Hans. Dart estaba con el látigo a su lado mientras yo aplicaba el beso de la vida. No hubo respuesta.

Sacamos un galón de agua de sus pulmones y lo intenté otra vez. No resultó. Hans Maastricht estaba muerto.

Me quedé en cuclillas junto a su cuerpo pálido mirando a los que lo habían conocido. Había empezado a identificar a varios individuos; no sólo a George que me miraba con su oscura e inescrutable mirada, a Bernie, que estaba plañendo a mi lado tanto como le era posible, o a Zorro, que se sonreía ante un secreto placer, sino a varios otros además: una vieja Mujer Cerdo, un pesado Caballo Hipo de lento paso y un par de Hombres Toro muy adustos. Habían gozado de una gran excitación; la mayoría habían empezado a retirarse, contentos de dejar el cuerpo tendido donde yacía.

—Vosotros dos —Dart apuntó a los dos Hombres Toro con el látigo—, cargad el cuerpo y llevadlo a la sede. ¡De prisa!

Cogieron el cuerpo de Hans por los hombros arrastrándolo lentamente sin otra expresión que la habitual de aflicción, dejando que los talones del muerto fueran rozando la tierra. Dart se adelantó a zancadas. George trotaba junto a los Hombres Toro, acariciando el cuerpo, palpándolo, como si le fuera imposible creer que la vida había huido. El resto del Pueblo Bestial remolineaba de un lado al otro y empezaba a volver a sus casas. Zorro había desaparecido.

El cuerpo fue llevado a un pequeño quirófano en un rincón del bloque del laboratorio. Era la primera vez que me encontraba allí; algo de la inquietud de los Hombres Toro se me contagiaba. Cuando el cuerpo hubo sido depositado sobre una mesa, Dart echó a los portadores.

—Volved mañana. Mañana funeral... Sepultamos a Hans ¿de acuerdo? Hans va bajo tierra, al encuentro del Gran Amo ¿De acuerdo?

Los Hombres Toro me miraron lóbregos, luego se vieron y se dirigieron galopando hacia la salida. Dart cerro el portal tras ellos y entró nuevamente Yo cogí una toalla en el dormitorio y me sequé.

Cuando apareció en la puerta, Dart se habla despojado de la armadura y estaba de nuevo en su silla.

—¡Vaya acontecimiento desdichado! Bueno, de eso se trata la vida. Siempre una nueva desdicha.

—Noté que trata de inculcar la religión a su gente, aun cuando usted mismo no cree en Dios.

—Es posible cocinar sin comerse uno mismo la comida. ¿Se refiere a lo del «Gran Amo bajo tierra»? Habrá más de eso en el funeral mañana... que se celebrará a las tres de la tarde, a la misma hora que su funeral ficticio. Hay en todo esto una maldita hipocresía, pero usted no le pondrá reparos, ¿no es cierto?

—Hans está irremediamente muerto. Pero bríndele un funeral decente.

—Es una buena oportunidad para recalcar el tema del Gran Amo. No les va a hacer ningún daño... Tiene por objeto mantenerlos en orden, hacerles creer que alguien invisible con un látigo todavía más largo que el mío los vigila cuando yo no estoy presente ¿No es así como se iniciaron todas a religiones?

—Su patria, su nombre, su religión no le producen más que amargura. Sé que tiene sus motivos, pero al cabo de todo este tiempo ¿no le es posible aceptar sus incapacidades? Físicamente no lo ha hecho mal, ¿por qué tullirse espiritualmente?

Me dirigió una Sonrisa.

—Si creyera en su maldito Dios cristiano, tendría que creer entonces que me hizo a su imagen. Ni usted ni yo querríamos un Dios con ese aspecto, de modo que no hay mas que hablar de irritarme. Ya he tenido bastante por hoy. Comida de la tarde.

—No me vendría mal un cordial.

Bella nos trajo dos bandejas de plástico con comida y comimos juntos en el

cuarto de control, con Bella inclinada tras la silla de Dart. Suponía que ella comía lo que nos servía en la cocina. Al mirarla, me estremecí; la mezcla de mujer y de bestia que había en ella era muy compleja; había algo seductor en su manera escurridiza, pero su cara era aterradoramente fea bajo la oscura peluca.

En la actitud de quien inicia una conversación, Dart dijo: —Un trago no le va mal a nadie. Es una costumbre que acompaña a la civilización. Beber con exceso ya es otra cuestión; se pierde el control. Ésa era la desventaja del pobre Hans. Su abuela era malaya. Bebía demasiado y eso hoy acabó con él.

—No. Puede que bebiera demasiado, pero lo que acabó con él fue la asquerosa manera en que estaba construido el puerto. El cemento se desmoronó.

—Estaba borracho y condujo hacia el muro.

—¡De ningún modo! El muro se derrumbó y la grúa cayó al agua. No fue culpa de Hans. Lo mató la asquerosa disposición de las cosas en la Isla de Moreau.

—Fue la bebida, le repito... Conozco a Hans desde hace años. Tenía sangre de color. Siempre dije que la bebida lo mataría.

—Y si la bebida mató al pobre tío ¿qué? —me enfadé—. ¿Por qué se dio a la bebida? Pues para olvidar la vergüenza de vivir aquí con estas criaturas mutiladas, estas parodias de seres humanos.

Mirando su plato, Dart dijo:

—Yo lo conocí mejor que usted. No lo entiende, Roberts. Usted no es más que un maldito político. Yo quería a Hans. Voy a extrañarlo mucho... ¡Oh, al diablo toda la podrida condición humana! —asestó un golpe en la mesa con el puño de metal. La violencia del ademán lo serenó. Me miró y dijo de manera perfectamente calma—: Estábamos en buenos términos Hans y yo. Tuvo una vida muy dura aun desde niño. Esta isla era un santuario para él... por una vez estaba en la situación de quien recibía. De modo que comprendía lo que yo sentía y yo comprendía lo que sentía él. Ahora, usted y yo...

Dejó inacabada la frase. Cuando me negué a decir nada, él empezó otra vez.

—Usted y yo... ¿podríamos haber estado nunca en buenos términos? Usted es un hombre poderoso, ha viajado, probablemente está en buenos términos con todos los que conoce. Ni siquiera sabe lo que significa «buenos términos»... es algo que da usted por descontado. Yo no puedo mantener esas relaciones por causa de lo que soy. Soy un fenómeno de la talidomida. Tengo que gobernar o hundirme. ¿Eso a usted le suena como megalomanía? Pues no lo es. Es el resultado de la experiencia, y no es posible resistir a la experiencia. No es que tenga intención de gobernar nada que no sea esta mancha en el océano... esto es todo lo que quiero. Pero yo no sé lo que está usted pensando ¿no es así? Quizá esté pensando que es necesario eliminarme.

Miré por la ventana.

—No, no pienso en esos términos. Veo que está decidido obligarme a estar en la posición contraria a la suya, se de cuenta de ello o no, pero eso es una consecuencia de su paranoia, no de mi conducta.

—¡Mi paranoia! ¿Con qué viejas monsergas me viene? ¿Sabe usted...? ¿Tiene idea de lo que es la paranoia? Es una reacción natural a las circunstancias circundantes. ¿Por qué no habría de considerar eliminarme? Se libra una guerra en el mundo de la que usted forma parte y yo no. Quién está librando esa guerra, pregúnteselo usted mismo. ¡No fenómenos como yo, señor Roberts, sino seres normales como usted! ¡La guerra es de vuestra! Eliminar es vuestra idea.

Estaba temblando ahora, y sentí crecer la cólera en mí.

—Usted no está exento de culpa, Dart. Escuche lo que usted mismo dice. Me está hablando como si yo fuera una multitud no un individuo. Sabe muy bien que la guerra no fue idea mía pero si puede verme como una fuerza y no como una persona le es más fácil odiarme. Así es como empiezan las guerras. Sus deformidades no le dan el monopolio del derecho.

Mientras hablaba, estaba inclinado hacia delante y apuntaba con un dedo. Él captó el ademán y empezó a gritar antes que me fuera posible terminar.

—¡No quiero escuchar sus desatinos! ¡Mírese a usted mismo! Instintivamente me está apuntando con un arma, sólo que tiene sino un dedo a que recurrir. De modo que tenga cuidado porque yo estoy armado, recuérdelo.

Sacó la automática y me apuntó al estómago.

—¿Quién es el que piensa ahora en eliminar? —pregunté—. Tiene usted razón, Dart, sólo cuando tiene esa cosa en su garra puede encontrarse en igualdad de términos con otro. Me asombra que se haya usted atrevido a permitir que el pobre Maastricht fuera armado.

Aunque siguió apuntándome con su automática, su mirada abandonó la mía. Miró el suelo y empezó a morderse el labio inferior.

Cuando volvió a mirarme, guardó la automática de nuevo en la silla.

—Tengo un temperamento muy vivo, señor Roberts —dijo—, y usted intentó deliberadamente irritarme. Todo lo que trataba de decir es que querría que nosotros dos estuviéramos en buenos términos. Quiero que haga algo por mí. Acabo de recordar que no hemos recuperado la escopeta recortada de Hans. ¿Dónde está? ¿En el fondo de la laguna?

—Allí está segura. El Pueblo Bestial no se atreve a meterse en el agua.

—Tiene que conseguir esa escopeta, amigo mío. Si no lo hace usted, lo harán ellos —se irguió de pronto agitado en la silla—. No deben tener armas de fuego. Trate de imaginar el estrago que provocarían.

—No me zambulliré de nuevo, Dart, eso es definitivo. Ya vio a George y al resto de ellos. Tienen miedo del agua.

—¡Los Hombres Foca, Roberts! ¡Los Hombres Foca! Ellos se sumergirán y se apoderarán de la escopeta recortada. Podrían dársela a los aldeanos, a Zorro o a alguno de los otros. Están todos aliados entre si. Tendríamos que enfrentarnos con un levantamiento general. ¿Irá usted, por favor, en busca de esa escopeta... ahora, antes de que se ponga el sol?

Por mi parte dudaba de que las focas pudieran encontrar la escopeta recortada, aun cuando la estuvieran buscando. Sacudí la cabeza esperando ver a Dart apuntándome otra vez con su pistola. Pero él pulsó un botón que había en el brazo de su silla.

Apareció Bella.

—Ve en busca de Heather —ordenó Dart.

Me dirigió la sonrisa más desagradable que se me haya dirigido nunca, pero permaneció en silencio.

Al minuto volvió Bella con la americana morena. Se dirigió vivazmente junto a Dart y se quedó allí atentamente mientras se mordía el índice. Bella estaba a mis espaldas, junto a la puerta.

—Heather es una joven notable, señor Roberts. Tengo por ella una admiración casi ilimitada. Es muy buena y muy bella. Heather, mi querida ¿tendrías la bondad de quitarte la ropa para que el señor Roberts vea lo bella que eres? Bella, enciende una luz.

Heather llevaba el mismo vestido con que la había visto antes. Se dirigió a un lado para tener espacio bastante; y entonces empezó a desnudarse. Se inclinó y se quitó las sandalias, poniéndolas juntas. Sonriéndome remotamente, echó la cabeza a un lado y desanudó el incongruente pañuelo. Se lo quitó del cuello y, extendiendo el brazo, lo dejó caer flotando al suelo. Era evidente que era una experta en la provocación. Luego se desabotonó lentamente la túnica de color azafrán yendo del cuello al ombligo hasta que la prenda abierta reveló la carne por debajo. Con delicadeza se quitó la túnica de los estrechos hombros dejándola caer al suelo sobre el pañuelo y sacudiendo la cabeza para soltar el cabello al mismo tiempo. El movimiento puso de relieve la belleza de los pechos, que no eran particularmente llenos; se acarició el izquierdo con la mano cogiendo el pezón entre los dedos.

Un movimiento furtivo en otro sitio atrajo mi mirada. Bella se estaba escabullendo del cuarto.

Heather estaba caminando ahora alrededor de la pila de sus ropas, quizá para poner de relieve la elasticidad de sus pechos. Luego se detuvo enfrentándonos otra vez y empezó meditativa a abrir la cremallera de sus pantalones. Desabrochó el gancho que los sujetaba arriba y cayeron hasta sus rodillas. No llevaba nada debajo. Cuando se inclinó a subírselos, se me ofreció un atisbo de perfectas nalgas y muslos. Cuando se volvió de frente otra vez, tenía las mejillas ligeramente arreboladas, la sonrisa ligeramente lasciva, el vello oscuro de su *mons veneris* quedó provocativamente revelado. Avanzó dos pasos hacia mí antes de cubrírselo astutamente con ambas manos. Se pasó la lengua por los labios y luego de pronto alzó los brazos y corrió hacia el otro extremo del cuarto.

—Gracias, Heather —dijo Dart con la voz espesa—. Te alegraría pasar la noche con el señor Roberts si me hiciera un pequeño favor ¿no es cierto?

—Sería un placer —dijo ella—. ¿No es así, Calvert?

—Es hora de que nos mostremos más hospitalarios con usted, señor Roberts — dijo Dart—. Pero antes, por favor, esa escopeta recortada.

—Vuelve a sus viejas tretas, Dart... nos está utilizando a ambos como cosas que le pertenecen. Como dije, de ningún modo acepto. Gracias por el *strip-tease*, Heather. Deberías mejorarlo... y encontrar un mejor empleo en otro sitio.

—Los hombres que llegan a una posición de poder, con frecuencia lo hacen ahogando el impulso sexual —dijo Dart con voz aburrida. Agregó al cabo de un momento—: Es lo que se llama un trueque...

Afuera había oscurecido. El océano, más allá del cual la guerra vivía y medraba, ya no era visible. Sólo era posible oír su sonido como un cañoneo continuo.

7. HUBO GRAN ASISTENCIA AL FUNERAL

CUANDO llegó el alba, yo estaba rezando.

Me aferraba todavía, con desesperación quizá, a la creencia en la idea de un Dios. La concepción de una deidad que fuera juez entre el bien y el mal me era fundamental. En el bien y el mal por cierto creía todavía, los veía trenzados en lucha en la sociedad y en el individuo cada día de mi vida, y tenía sentido que los hombres veneraran lo que contribuía a fortificar el bien en sus naturalezas. Pero ése era un acto del intelecto, no de la fe. Así era mi religión.

La declaración de la guerra había oscurecido muchas cuestiones, pero Mortimer Dart sirvió para recordarme que en lo fundamental veía la existencia humana como la había visto de niño: una batalla entre el bien y el mal. En la presente guerra el país al que amaba y servía estaba de parte del bien.

Dart era un ejemplo de cómo las circunstancias podían modelar la naturaleza humana para peor. Quizá hubiera empezado de modo tan lamentable como el monstruo de Frankenstein; pero se había convertido en un Frankenstein... un victimario, no una víctima.

Era necesario volverlo inofensivo. Pero el daño que estaba haciendo aquí no era nada comparado con el daño que se hacía en el mundo fuera de esta isla.

Pero arrancar a Dart —y a la seductora Heather— como un diente malo dejaría la isla sin control. Preveía una carnicería general, los del Pueblo Bestial se matarían entre sí al por mayor. Era mejor obtener el control de la isla y luego pedir ayuda. Mi deber era volver al trabajo tan pronto como fuera posible. Pero también aquí tenía deberes que cumplir; no me era posible coger un bote y una brújula e internarme en el vasto azul.

Estas meditaciones me entristecieron, pero también me decidieron, y fue con ese estado de ánimo que comí el desayuno que trajo Bella.

—¿Asistirás al funeral de Hans, Bella?

—Amo sepulta a Hans, cava en la tierra. Hans no necesita aire ya, sepulta en la tierra.

—A todos ha de sucedernos lo mismo, Bella.

Se produjo entonces la vacía mirada felina y frunció el entrecejo bajo la peluca. Pensé que si Dart estaba tratando de crear animales a la imagen de hombres, tendría quizá que empezar desde dentro, no desde fuera. ¿Podría Bella comprender que un día tampoco ella necesitará aire?

Fue lo suficientemente humana como para cerrar con llave la puerta al retirarse. Quizá Dart tuviera razón; era imposible confiar en nadie que pudiera resistirse a los encantos de Heather.

Permanecí sentado muy tenso y fui puesto en libertad después de la comida. El

Amo tenía una debilidad. Me necesitaba. Da Silva apareció conduciendo un viejo camión del ejército americano desde detrás del terreno del recinto y lo dejó a la sombra cerca de pilas de viejos leños y botes de pintura de un galón. En la parte trasera del camión había un ataúd de madera. Alguien había puesto sobre él una rama de hibisco. Mientras estaba tomando sol, Heather apareció en la puerta.

—¡Hola! —me llamó—. ¿Cómo te encuentras esta tarde?

Me acerqué a ella y le pregunté dónde estaba Dart.

—No creerás que estoy esperando a Warren ¿no es cierto? El Amo aparecerá cuando esté pronto y dispuesto.

—Lamento que ayer te haya hecho desnudar para mí.

—¡No me hagas reír! Lo disfruté, y también tú, de lo contrario ¿qué clase de individuo serías? Hay pocos hombres aquí para quienes desnudarse, de eso no cabe duda. ¡Vamos, confiesa que te gustó!

—Tienes un cuerpo espléndido, Heather, pero tu actuación nos degradó a todos. No somos animales.

Al cabo de un breve silencio, dije:

—Ya he oído antes mencionar a Warren. ¿Quién es exactamente ese evasivo Warren?

—No debemos decir nada acerca de Warren. Tranquilízate no se encuentra aquí —deslizó su brazo bajo el mío—. ¿Qué pasa contigo, Calvert? Me hiciste insinuaciones sugestivas desde la primera vez que nos vimos.

Me eché a reír.

—Y tú me dijiste que me mantuviera a distancia.

—Ponme la mano aquí abajo, entre las piernas —se frotó contra mí y empecé a excitarme. Odiándome por lo que hacía, me alejé.

—¿Hasta qué punto hace falta provocarte? —preguntó con los ojos refulgentes al sol.

Se me estaba acercando nuevamente cuando apareció el Amo. Avanzaba alto, vestido con su armadura protésica. Por cierto, ofrecía una figura formidable andando pesadamente por el patio con la carabina colgada al hombro y el látigo metido en el cinturón.

—Señor Roberts ¿está preparado para la inhumación? Hans lo está. Suba a mi lado. Aguarde, conduzca usted, le es más fácil hacerlo que a mí. Le indicaré el camino. Heather, tú quédate aquí.

Ella ya estaba subiendo al vehículo.

—¡Eh, iré con vosotros! No quiero perderme la diversión. Me gusta escuchar el número de los animales. Dijiste que podría ir.

—Lo siento, mascotita. Ésta es una ocasión en que los animales han de recibir instrucción, y no escucharán nada y te devorarán con los ojos si estás allí. Además, no quiero dejar a Bella sola en la casa. Baja.

Por un momento, pareció que Heather iba a amotinarse. Luego bajó.

—Vete a la mierda, Mort —dijo.

—Abre el portal y déjanos pasar —dijo él—. Y no seas vulgar.

Ella hizo lo que se le indicaba. Avancé con el vehículo y el portal se cerró detrás de nosotros.

—Sepultaremos el ataúd en lo alto de la colina —dijo Dart—. Pero antes vamos a la aldea a despertar a todo el mundo. Para ponerlo al tanto, éste es un gran acontecimiento en la Isla de Moreau.

—¿De dónde sacó a Heather, Dart?

—Heather está aquí voluntariamente, créase o no. Optó por la vida. Un avión privado hizo aquí un aterrizaje forzoso a principios de la guerra. Huían de la invasión de Samoa por los cubanos. Ella decidió que éste era el refugio que buscaba. Así de sencilla es la respuesta.

Cogimos el camino primitivo a la aldea y yo conducía por donde Dart me indicaba hasta que llegamos a las primeras chozas.

El Pueblo Bestial ya estaba en movimiento, aun antes que él se pusiera en pie en el camión y empezara a gritarles. Ya no me chocaba ver su espantosa variedad mientras avanzaban arrastrando los pies, vestidos con desgarrados monos, adornadas las mujeres con huesos y conchas en torno al cuello o en la cabeza. Los dos Hombres Toro se acercaron torpemente seguidos de cerca por una Mujer Gato que se parecía ligeramente a Bella. Y allí estaba la Mujer Cerdo con espantoso rostro y andar pesado, y una peluda criatura semejante a un oso y dos pequeños Seres Oso retozones y vivarachos, y Gente Mono y muchos más que se exponían a la luz del sol al sonido de la voz de su Amo.

George con su cara herbosa se precipitó empujando a los otros a un lado con sus espesos hombros curvados, resoplando. Mi amigo Bernie corría junto a él mirando aún con ansias a su compañero a medias chacal y a medias jabalí. Cuando me vio, Bernie vino corriendo al lado del camión en que yo me encontraba, pronunciando jadeante mi nombre y el suyo y volviendo luego a la carrera junto a George, del todo indeciso.

—Hoy gran festividad ¿entendido? —gritó el Amo—. Vuestro Amigo Hans quebrantó ley, empinó botella, acabó. Vosotros sabéis, acabado. *Kaput*. Todo terminado. Hoy gran funeral. Venid todos conmigo a sepultar a Hans en el Lugar de la Muerte. Venid ahora, apresuraos. Obedeced la Ley, seguid mi coche.

Mientras gritaba variaciones sobre este tema, vi al pelirrojo Zorro emerger de entre los árboles. Tenía las rodillas desnudas como el día anterior, pero hoy se distinguía además de la multitud por llevar una larga capa de lana regenerada sobre sus hombros estrechos. Mientras avanzaba furtivamente manteniéndose cauteloso tras el Caballo Hipo gris, recordé otra vez las incontables historias infantiles en que lobos y zorros, vestidos con ropas humanas, desempeñan el papel del villano. Ninguno lo haría mejor que Zorro, ni luciría tan decoroso.

Dart lo vio y lo llamó:

—Zorro, tú y George conducid a todos al Lugar de la Muerte ¿de acuerdo? Seguid mi coche.

Docenas de ojos turbios observaron mientras yo daba marcha atrás para coger lentamente el camino por donde habíamos venido. Llegué a escuchar fragmentos de su furtiva conversación mientras nos Seguían de cerca. Yo les inspiraba curiosidad; la leyenda de que había sido rescatado del mar los hacia sospechar que quizá no fuera del todo humano.

Mientras avanzábamos a paso de funeral, un gran Hombre Mono se aferró del camión y caminó a grandes zancadas junto a mi. Aunque el cuerpo se parecía mucho al de un gorila, tenía la cara por completo deformada con su largo hocico que más que nada se parecía al de un tapir.

Mortimer Dart lo miró con aprobación.

—El que lo acompaña es Alfa. Su hermano Beta le sigue de cerca. Se está acostumbrando a ellos ahora, Roberts ¿no es así?

Le dije que mis experimentos han pasado por tres etapas. Alfa y Beta pertenecen a la segunda etapa, que he abandonado ahora por no ser del todo adecuada. Él no es el producto de una mera cruda vivisección, como en los días de McMoreau. Es un producto de cirugía genética. Era de la raza de McMoreau, claro... ésa es la razón por la que mantenemos la aldea en pie, para el laboratorio. Al trabajar directamente sobre material genético, pude alterar enteramente su formación craneana.

—No espere que lo admire.

—Es todo un truco... merece admiración, créame. Desdichadamente, Alfa carece casi por entero de cerebro como lo demuestran los rayos X. Sólo sabe lo suficiente como para llenarse de comida dos veces al día. Pero constituyó un paso en la dirección correcta.

Habíamos dejado atrás la cabeza de la laguna, y Dart me indicó que me dirigiera más allá del vallado hacia donde el camino empezaba a ascender lentamente. Me fue posible ver cuán extensa era la sede del Amo. La pared exterior era tan alta y tanta era la protección que los árboles le brindaban, que sólo podíamos distinguir los techos de los edificios.

Tenía que mantener la mirada en el camino, que presentaba cada vez mayores dificultades a medida que iba haciéndose más empinado. Estaba cubierto de piedras y fragmentos de rocas y pronto dejó de ser casi un camino. No tardamos en avanzar por roca desnuda en la que se abrían frecuentes grietas. La vegetación, como tenía que vérselas con la misma roca pertinaz, se hacía más baja mientras se cerraba sobre nosotros. Alfa, el Hombre Mono, cayó hacia atrás al ser rastrillado por anchas hojas espinosas.

—La que viene es la parte más dura —dijo Dart. Le dirigí una rápida mirada. Me di cuenta de que las sacudidas le hacían sufrir dentro de su armadura.

Me empeñé en una propulsión total mientras la roca se curvaba y cogí la extensión que teníamos por delante tan de prisa como me fue posible. Dimos contra

una sucesión de raíces semejantes a serpientes fósiles, desviadas para alcanzar un gigantesco cocotero, y luego seguimos el sendero que se curvaba y ascendía a la izquierda. Las ruedas traseras giraron en falso y luego nos encontramos en una pequeña meseta bajo una lluvia de polvo.

—Más allá de esas cañas de Indias —dijo Dart.

Un gran pájaro voló bruscamente de entre las ramas sobre nuestras cabezas mientras Seguía lo que había de ese sendero. Después de pasar por un bosquecillo, frené, paré el motor y descendí del vehículo. Éste era el Lugar de la Muerte.

Cuando aceleramos, dejamos algo atrás al Pueblo Bestial. Dejé a Dart que jadeaba en su asiento y fui a mirar las inmediaciones. Un retazo del terreno había sido rudamente despejado; había erguidas en la tierra varias lápidas en memoria de los muertos. Abajo, apenas atisbable a través de la maleza y la jungla, estaba la sección de la isla que yo conocía. Del otro lado estaba la mitad desconocida. No parecía muy tentadora. La tierra se elevaba quebrada, cubierta de espesa vegetación.

Algo había que resplandecía en el extremo más alejado del rudimentario cementerio. Avancé entre rocas y me abrí camino a través de la espesa hierba plumosa que crecía desde las piedras. Bajo mis pies se escurrían y se deslizaban pequeñas criaturas; vigilé que no fueran serpientes, pero sólo vi verdes lagartos inofensivos.

Entre las malezas había una gigantesca estructura de metal casi ahogada en medio de la vegetación. La recorrí lo mejor que pude hasta que un espeso espino me detuvo. La seguí por la dirección opuesta, pero su extremo llegaba a una profunda zanja donde no me era posible avanzar, y se perdía entre árboles de escasa altura. Parecía una especie de poste gigantesco. Volví al camión. Dart puso en funcionamiento una grabadora y empezó una música frenética y se oyó una voz rugiente que cantaba.

*Animal o humano, contempladEl misterio del Nacimiento y la Muerte...
La forma que os es dada al nacer se pierde cuando vais bajo tierra. Así, pues,
humano o animal, cuidado de hablar con lengua y obedecer el Credo.Es mejor
sufrir y mantener la forma que perderla y en cambio morir.*

*Animal o humano o humanoide,El Amo os vigila y sabéis por qué...
Porque cuando os ponemos bajo tierra. Encontraréis en el Cielo un Amo más
grande aún, Con un más grande látigo y más largo paso...¡El Amo del Cielo!*

—¿Le gusta? —preguntó Dart cuando hube llegado al camión—. Yo mismo la escribí. La melodía pertenece a un viejo aire tradicional inglés. Es lo más que me aproximaré nunca a un himno. A las bestias les gusta porque las palabras son simples y el sentimiento memorable.

Se había recuperado, aunque el sudor le brillaba bajo el yelmo.

—¿Qué es eso que parece un poste de marca de vuelo que está allí entre la maleza?

—Es eso, en efecto. Data de la década del ochenta y el viejo sistema de navegación global Omega. Costó miles de millones de dólares y resultó anticuado no bien se levantó. El mundo resulta una exhibición de segunda categoría realmente ¿no lo siente a veces así?

—Francamente, no.

—Eso es lo que me gusta en usted, señor Roberts: siempre disponible para sostener una conversación.

El Pueblo Bestial estaba llenando el claro ahora, arrastrando los pies y reuniéndose en torno al perímetro del cementerio, mirándose entre si mientras tanto, inseguros del papel que les tocaba desempeñar. La impresión era asombrosamente parecida a la de la asistencia humana a un entierro cuando las funciones cotidianas nos sorprenden sin preparación para la presencia de la muerte, si alguna vez lo estamos. Estos feligreses toscos y dolientes lo tenían casi todo en común con mi propia especie y sentí que mi desconfianza disminuía.

Mientras el Amo supervisaba a cuatro de ellos que cavaban una tumba con algunas herramientas de atrincheramiento, gentileza del ejército de los Estados Unidos que él había traído consigo, miré de más cerca los fragmentos de roca que servían de lápida funeraria. Eran siete. Cuatro de ellas tenían nombres grabados o más bien raspados, en la superficie: Jimmy Baedermeyer, Chuck Hapgood, Ed Bergetti, Andy Hall. Bajo cada uno de los nombres figuraba la fecha del fallecimiento —la misma en todos los casos—, más abajo las letras «R.I.P.», y más abajo todavía, las iniciales «H. M.» Hans... se había preocupado por conmemorar a los muertos. Me pregunté si los cuatro hombres tendrían alguna conexión con el avión privado que, según Dan, había traído a Heather aquí.

Dart miró el reloj que llevaba en su brazo de cyborg.

—Ya pronto serán las tres, señor Roberts. Hay diferencia horaria, claro, pero me gusta pensar que sus camaradas de tan alta jerarquía están celebrando en este mismo momento su funeral en Washington. Ritos religiosos celebrados con todo rigor y todo eso, caras tan largas como sus mangas... ¿Cuál calcula usted que es la ceremonia más falsa?

—Me dijo usted que quería a Hans.

—¿Cree usted que quiero a su cadáver? —gruñó él, evasivo—. ¿Cree que él lo quiere...? Aguarde hasta que éstos estén algo más estimulados. Va a disfrutarlo. Hay sentimientos más genuinos aquí que en Washington, se lo prometo.

Me enjuagué el sudor de la frente.

—¿No les tiene un poco de miedo?

Al cabo de un momento de silencio durante el cual se quedó mirando fijamente al Pueblo Bestial, en un tono más serio del que venía empleando, dijo: —En cierto sentido los considero de mi misma especie. Ninguno de nosotros pertenece a otro sitio más que a la isla de Moreau...

El agujero para el ataúd de Maastricht fue abierto con gran esfuerzo. Aun los más

membrudos de entre el Pueblo Bestial avanzaban muy lentamente. Finalmente Dart gritó: —¡Ya basta! No estamos tratando de encontrar petróleo. George, Alfa, ayudad a bajar el ataúd del camión, con cuidado. Si lo dejáis caer, vosotros mismos iréis a parar al hoyo.

Lo observé de cerca. No se mantenía nunca quieto, avanzaba a zancadas de un lado al otro, hacia restallar el látigo y se levantaba como una torre sobre las cabezas humildes y desgredadas del Pueblo Bestial.

El hoyo tenía menos de un metro de profundidad. Cuando pasó junto a mí, le dije: —¿Han llegado hasta la roca? Es una tumba muy poco profunda.

—No voy a impedir que cuando nos hayamos ido saquen a Hans del sepulcro —dijo—. Para averiguar qué le sucede a uno cuando muere.

Se bajó el ataúd y los dos hoscos Hombres Toro fueron los encargados de volver a cubrir la tumba con la tierra y las piedras. George se quitó el sombrero en una torpe parodia de reverencia. Durante todo este tiempo, la grabadora del camión había estado en funcionamiento y se había escuchado el estridente «himno» de Dart; lo apagó ahora y se dirigió a la congregación.

—Pueblo mío, es este un momento solemne, en el que un amigo nuestro, Hans Maastricht, finalmente pierde la forma. Todos vosotros sabéis que obró el mal y que no obedeció al Amo, que soy yo. De modo que lo trajimos aquí, al Lugar de la Muerte, para entregarlo al Gran Amo bajo Tierra y en el Cielo, que nos vigila a todos, aun a mí. Su látigo es más grande que el mío y su ira mayor, y es rápido, de modo que tened cuidado. Exige mucho tiempo adquirir la forma, pero no mucho perderla. Tan sólo de eso se trata.

»Muy bien, ahí va Hans, que no obedeció, que se dio a la bebida...

»Ahora, pueblo mío, diremos el Credo, y yo vigilaré que todos lo hagan.

Alfa, George, golpead en tierra...

Entonces dirigió a los dolientes en la entonación de un cántico que, al igual que lo que decidió llamar su «himno», era una cruz de canto litúrgico y rock duro.

Cuatro Miembros LargosEsos son AltosCantos Nada de dificultadesCuatro Miembros CortosEsos son Buenos CantosNada de dificultadesNo os atreváis a matarHaced lo que él os digaNada de dificultadesHablad sólo con lenguaHaced lo que él os enseñeNada de dificultadesEl Amo es la Cabeza que InculpaEl Amo es la Voz que NombraEl Amo es la Mano que MutilaEl Amo es el Látigo que DomaEl Amo es la Ira que Inflama.

Y así sucesivamente, gran parte de lo cual se acompañaba de ademanes con los

que se señalaban las partes del cuerpo designadas. El Pueblo Bestial respondió hoscamente en un principio, mirando con el rabillo del ojo quién cantaba y quién no. Pero algo como fervor cundió entre ellos y empezaron a salmodiar más y más fuerte, y a dar contra el suelo con los pies, hasta que los lagartos se escurrieron entre las malezas y las palomas huyeron de las altas copas de las palmeras.

Los ganó una especie de psicología de masa. Empezaron a bailar, gritando cada vez con mayor incoherencia y brincando alrededor de la tumba de su difunto amigo. Vi que Dart reía, aunque se esforzaba por seguir el cántico. Hacia restallar el látigo al compás a pesar de sentirse exhausto.

Piernas deformes y cuerpos torpes hacían cabriolas y se estremecían trazando una especie de hilera de conga y arrastrando los pies en torno al claro. Muchos de ellos batían palmas sobre la cabeza como derviches salmodiando mientras avanzaban. Retrocedí un paso para dejarlos pasar.

Mientras que muchos se abandonaban a una grotesca alegría, los ojuelos malignos de George miraban de continuo a un lado y a otro. También otros, cuando el canto se convirtió en bramido, mantenían una furtiva vigilancia. Podrían haber estado esperando una señal.

Al tiempo que advertí quién estaba ausente en la multitud, lo vi guardando el equilibrio en un puntal del poste a medias apoyado en el tronco de un árbol. Poco se lo veía, pues estaba escondido, pero por la arenosa cabeza, supe que era Zorro. Tenía algo en las manos. Cuando me fue posible identificar el cañón de una escopeta recortada, hizo fuego.

Debió de haber estado sosteniendo el arma de modo incorrecto. El impacto de la culata —presumiblemente en el pecho— lo hizo caer de espaldas. Sus largas piernas rojizas desaparecieron entre la maleza cuando yo me volvía para ver los efectos del disparo.

El canto se había apagado ante el estruendo. La bala se perdió silbando inofensiva entre los árboles. Todos se quedaron enteramente inmóviles.

—¡Matar, matar! —gritó George. Agitando sus cortos brazos gruesos por sobre la cabeza, se abalanzó sobre el Amo. Al cabo de un momento de vacilación, el resto de la multitud también avanzó.

Dart se mantuvo inmóvil sólo un momento. El disparo lo desconcertó —por primera vez era pillado en desventaja; por primera vez flaqueó—. Empezó a correr hacia el camión en lugar de mantenerse firme en el terreno. Y el Pueblo Bestial se abalanzó tras él clamando sangre.

Dart llegó al camión por delante de los que lo perseguían y se arrojó torpemente al asiento del conductor. Puso en marcha el motor justo cuando George se echaba contra la portezuela. Al mismo tiempo, con gran destreza, uno de los Hombres Mono saltó sobre la parte trasera del camión y luego sobre el capó del coche. Cuando el camión arrancó, volvió a caer en la parte trasera, pero inmediatamente se reinstaló.

El camión arrancó una vez más y después se detuvo. Dart probablemente estaría

teniendo dificultades con sus miembros artificiales en el limitado asiento de conducir. La pausa permitió que varios de los de la multitud se arrojaron sobre el camión. Parecían un enjambre a su alrededor. Entonces avancé corriendo y gritándoles... de lo contrario vería a Dart reducido a pedazos.

O así lo creí. Pero Dart tenía un estilo propio de enfrentarse con las dificultades. La boca de la carabina asomó por la ventanilla del coche. Vi el resplandor cuando hizo fuego. La multitud se echó atrás y el camión partió a los tumbos hacia el sendero por habíamos venido. El Hombre Mono agachado en el techo del coche intentó saltar sobre el capó, pero una rama baja lo barrió y él cayó golpeándose y rodando en el polvo.

George había sido alcanzado por el disparo de Dart. La sangre le manaba del pecho por la axila izquierda. Se tocaba la herida, se tocaba la cara, untándose de sangre oscura, ululando y gritando y corriendo de un lado a otro entre sus compañeros confundidos todavía más. Era una visión aterradora. Todos ladraban o aullaban mientras corrían incontrolables pisoteando las tumbas.

Yo me había lanzado tras el camión, pero la caída del Hombre Mono me interceptó el camino. Sin esperar, Dart aceleró y desapareció dando feroces tumbos a lo largo del rudimentario sendero.

Cuando me volví para esconderme, mi Hombre Perro, Bernie, vino corriendo hacia mí. Tenía un aspecto tan frenético como el resto, lo que me hizo pensar que quizá me atacaría entonces capté la significación de sus ademanes desesperados. Me di la vuelta.

Zorro estaba a menos de doce pasos de mí, apuntándome la cabeza con la escopeta recortada. No había dudas acerca de dónde había conseguido el arma. Agachándome cogí una aguda roca y se la arrojé justo cuando disparaba. Por un segundo creí que había sido alcanzado. El ruido resonó en mi cabeza. El disparo de Zorro había sido decididamente más preciso que el primero, pero igualmente erró. El choque me hizo caer por tierra. Zorro también cayó gritando, de modo que debí de haberle dado con la piedra. Bernie estaba a mi lado aullando; vi que la boca se le movía, aunque no me fue posible oírlo. Me cogió del brazo cuando yo me levantaba y corrimos los dos entre la maleza. Volví la cabeza y vi que algunos de los demás, la Mujer Cerdo entre ellos, venían en mi dirección. Eso fue suficiente. Con Bernie como guía, nos sumergimos entre los densos arbustos.

En esos momentos de pánico creí que avanzábamos a través de la maleza sin plan alguno. Pero cuando pude recuperar el tino, vi que Bernie Seguía un sendero que serpenteaba hacia arriba y esquivaba las malezas más espesas. Corrí tras él temiendo por mi vida.

La agonía de seguirle el paso a Bernie —estábamos corriendo cuesta arriba— por lo menos tuvo por efecto despejar de ruido mis oídos. Avancé con ímpetu sin pensar en nada, como un animal perseguido. Cuando se detuvo de pronto, choqué con él y lo abracé.

—Usted buen muchacho, buen hombre —dijo. Me señaló con su brazo y su mano deformes.

Emergimos en la cima de un acantilado. Por debajo una empinada cuesta cubierta de arbustos descendía a los acantilados propiamente dichos. Más allá se extendía el Océano Pacífico, azul, en eterno movimiento, aunque desde el punto en que nos encontrábamos parecía casi inmóvil.

Bernie me acariciaba.

—Buen muchacho, no vuelva al agua usted. Siga, siga, uno por vez, una caminata, héroe... todo bien y nada de dificultades ¿de acuerdo?

—No puedo bajar por ese acantilado, ni por salvar mi vida siquiera.

Él estaba ya descendiendo por la roca aferrándose de hierbas y arbustos. Miró hacia arriba y se sonrió, con la lengua a medias fuera de la boca.

Me incliné y lo vi deslizarse hasta un saliente que había a algunos pies por debajo. Me hizo señas. Yo me quedé donde estaba temeroso de seguirlo. Lo que me decidió fue un confuso ruido de persecución entre la maleza a mis espaldas. Aferrándome a la roca lo mejor que pude, descendí de sostén a sostén hasta que estuve apoyado contra Bernie.

Él se puso en movimiento sin demora y yo lo seguí. El sendero estaba ahora perfectamente definido y era bastante seguro si uno no miraba el acantilado que descendía casi a nuestros pies. Vi que había secas pelotillas redondas por donde andábamos, los excrementos de liebres o conejos.

Seguimos cierto trecho encontrando sólo dos sitios peligrosos en los que debimos avanzar por sobre hendeduras abiertas en la roca. Cuando llegamos a un árbol retorcido cuyas raíces se adentraban en la ladera de la colina, Bernie se encaramó en él, trepamos por sus ramas y alcanzamos un terreno más nivelado.

Él se dejó caer de plano en la hierba y luego avanzó arrastrándose cauteloso siguiendo la línea de la pendiente. Cruzamos el angosto lecho de un arroyo por el que corría apenas un hilillo de agua, y sólo entonces advertí que tenía los labios resquebrajados por la sed. A través de los árboles, rugiente a nuestro alrededor, el océano era todavía visible. Perforando el mar a nuestros pies divisamos una gran roca coronada de palmeras. Me di cuenta de que era la Roca de las Focas. Bernie y yo habíamos alcanzado el punto más alto de la Isla de Moreau.

Bernie avanzó más lentamente y extendió la mano en señal de advertencia.

Nos habíamos topado con un cerco de espinos en los que había entretejidos ratanes espinosos.

Me uní a él y atisé a través del biombo de follaje. Más allá había un espacio abierto en cuyo extremo lejano se alzaban algunos mezquinos edificios de escasa altura.

—Cuatro Miembros Largos Warren... él casa allí —dijo Bernie—. Warren, vaya a Warren, sin disparos ¿de acuerdo?

Cuando lo miré, bajó la vista.

—De acuerdo —dije—. Voy a Warren.

8. UN PUNTO DE VISTA INDEPENDIENTE

A lo lejos, los B989 sin piloto cruzaban el cielo; el ligero retumbo del ruido que producían llegaba hasta nosotros. Por lo demás, era uno de esos días perfectos del Pacífico que parecen destinados a continuar para siempre. El rozagante sol reinaba en el aire, una ligera brisa soplaba entre los árboles. El murmurante sonido del océano lo llenaba todo. De vez en cuando una gaviota planeaba por sobre la copa de los árboles y luego se posaba.

En los edificios a los que Bernie y yo nos acercábamos reinaba un completo silencio. Nada se movía. Yo había vigilado cuidadosamente mientras rodeábamos el cerco, dudoso de la acogida que obtendríamos, pero no había visto el menor movimiento. Aunque Bernie avanzaba con confianza, yo me encontraba en estado de alerta por si algún nuevo peligro acechaba. Ya había habido bastantes disparos ese día.

Los bungalows no inspiraban confianza. Todos eran del mismo tamaño y estaban descuidados: uno de ellos, cubierto de plantas trepadoras, parecía abandonado. Aquí y allá, los cristales de las ventanas estaban rotos. Sobre los techos de los dos edificios más prometedores había antenas y paneles solares. El complejo edificio culminaba en una estructura enrejada en tres hileras tal como la que había visto yo en otro sitio. Emitía energía y también señales de radio, mientras que el sistema de navegación global, vinculado con satélites en órbita, reemplazaba al sistema más antiguo representado por los postes que se deterioraban entre los arbustos no lejos de allí. Aquí obtenía Mortimer Dart la energía necesaria.

Me detuve frente a la puerta abierta del que parecía el bungalow principal.

—¿Hay alguien allí? —grité.

El silencio y el monótono sonido del Pacífico. Volví a gritar.

Un hombre delgado de pelo blanco apareció desde la esquina de uno de los edificios con una llave de tuerca anticuada en la mano. Se detuvo y nos miró desde una distancia de varios metros. Estaba desnudo hasta la cintura y su forma era la tradicional.

—Hola, Bernie. No me digas que es algo del laboratorio de Dart lo que tienes allí contigo.

—Me llamo Calvert Madle Roberts —dije—. Soy americano.

—Bueno, está muy lejos aquí de las Franjas y las Estrellas. —Avanzó y dijo sin ofrecermela mano—: Mi nombre es Jed Warren. No tengo nacionalidad ni profesión.

Sobre eso, no hice comentario alguno. Tenía un perfecto acento del Medio Oeste.

Bernie dio una larga y confusa explicación de cómo habíamos llegado allí. Jed Warren la escuchó sin dar indicios de impaciencia ni interés. Al cabo del recital, dijo: —Por cierto, tenéis aspecto de haberos abierto camino a través de un territorio nada

amistoso. Creo que será mejor que entréis a lavaros ya que estáis aquí. Espero que no me traigáis dificultades.

Recorrió todo el claro con la mirada, meditativo, pero reinaba la calma.

Lo seguí dentro del edificio. Bernie no fue más allá del umbral. Yo pude quitarme el mono y lavarme los brazos y la cara, que tenían mil rasguños, bajo la ducha fría del baño de Warren. Me estuve allí con la cabeza alzada y la boca abierta dejando que el agua penetrara entre mis labios resquebrajados. Al cabo de unos minutos de estar así, me sentí decididamente más humano. Al ir fuera, me alegré al ver que Warren le había llevado a Bernie un cuenco de agua en el que el Hombre Perro se mojaba.

Warren llevaba un par de viejos pantalones y zapatos de lorta con suela de goma. Tenía el torso tostado por el sol de un color castaño profundo. Era tan delgado que se le veía cada una de las costillas. El vello blanco del pecho hacia juego con la descuidada barba. Tenía los cabellos largos, echados hacia atrás y anudados tras el cuello con una tira de tela. Tendría unos sesenta años.

—Me parece que esto no tiene nada que ver con una visita de carácter social.

—No. Como dijo Bernie tuvimos suerte de escapar con vida.

Zorro se las compuso para rescatar la escopeta de Hans de la laguna.

—Ese Zorro es un alborotador. Completamente distinto de Bernie. ¿E hirieron a George?

—Recibió sólo una herida superficial, me parece. Pero está en una posición difícil ahora que su amigo Hans ha muerto.

—Como no soy un hombre sociable, me alegro mucho de que ésta no sea una visita social, señor Roberts. Supongo que volverá en seguida a casa de Dart ahora que se ha refrescado.

—¿Puedo enviar un mensaje por radio desde aquí al CAEYA?

—No puede hacer nada desde aquí, excepto irse. Nuestras comodidades son limitadas, como supongo habrá observado.

—Señor Warren, no hace usted que uno se sienta bienvenido.

—No he disparado contra usted ¿no es cierto? Estoy ocupado en algo, si quiere usted saberlo, y debo proseguir con ello. Ahora ¿por qué usted y Bernie no cogen por ese sendero y van en él a ver cómo se encuentra Mortimer Dart?

—¿Está preocupado por Dart? Tenía la impresión de que no se llevaban muy bien.

—Nos mantenemos apartados el uno del otro, eso es lo principal —estaba allí inmóvil esperando que nos fuéramos.

—Nosotros nos vamos, buen muchacho, sin dificultades —dijo Bernie mirándome con ansiedad.

—No vengo aquí sólo para ser rechazado, señor Warren. Busco refugio. Quizá quiera saber que una partida de rescate está buscándome aun cuando no les envié el mensaje. Estarán aquí dentro de veinticuatro horas a más tardar. Daré una información cabal a las autoridades competentes de cuanto he visto en esta isla.

Escupió en el suelo.

—Las autoridades competentes... Vaya, si no es ésa una de las frases que me hicieron abandonarlo todo para esconderme aquí. Me pone los pelos de punta, eso, me pone los pelos de punta. Autoridades competentes, me escuece el pie izquierdo.

—Como bien se imaginará, señor Warren, cada uno de los miembros del Pueblo Bestial será un testigo viviente de lo que aquí está sucediendo. Como se imaginará también, la isla será despejada. Es mejor que se imagine también lo que podría acontecerle a usted si se viera involucrado en el asunto.

Warren puso los brazos en jarras sosteniendo todavía la llave de tuerca y me miró de frente.

—Se vuelve usted muy amenazador, de pronto, Mack, cuando no se extienden alfombras rojas ante sus pies. Así es la gente, supongo, y por eso es que no le doy la bienvenida. Pero usted me dice... ¿quiénes son esas autoridades competentes que se sorprenderán con lo que encuentren en la Isla de Moreau?

—Usted es americano, Warren ¿no es cierto? Del Medio Oeste. Bien, pues, el que se sorprenderá con lo que encuentre aquí es el gobierno americano. Para no mencionar el Ejército y los Co-Aliados. Cuando los medios de comunicación se enteren de lo que está sucediendo aquí —y la parte que a usted le cabe en ello, sea cual fuere— lo proclamarán en todo el orbe civilizado.

Él giró inesperadamente y le asestó a Bernie un fuerte golpe.

—¡Vete, Bernie! ¡Vuelve con el Amo!

Bernie aulló de dolor y echó a correr. Cuando estuvo a cierta distancia, se detuvo y miró hacia atrás. Yo lo llamé. Pero Warren hizo ademán de que arrojaba una piedra con la mano, y el Hombre Perro desapareció entre la maleza.

Warren se volvió hacia mí.

—Ahora hablaremos, Mack.

—Mi nombre es Roberts, no Mack, señor Warren.

—Ahora que esa criatura se ha ido, hablaremos de lo que me dijo. En primer lugar echaremos una rápida ojeada a mi puesto. Puede que así se entere de algo, puede que no.

No manifesté el enfado que sentí. En lugar de hacerlo, lo seguí pensando que quizá vería y me enteraría de algo más de lo que era su intención mostrarme.

Fue una breve caminata. No hizo más que llevarme a dar una vuelta en torno al exterior de los edificios. Tenía una especie de basural glorificado en un patio trasero, lleno de viejos tanques de gasolina y cestos de embalaje con las insignias navales de los Estados Unidos y pilas de desechos de metal. Warren evidentemente se creía un artista porque en la parte trasera de uno de los bungalows había pintado un torpe fresco y otras grandes pinturas, ejecutadas en tablas, estaban esparcidas al sol. Había también algunas figuras abstractas construidas con los desechos de metal, elaboradas y altas. Una de ellas, sin terminar, estaba junto a la puerta trasera. Algo más lejos había un estanque cubierto por un cristal; tuve el atisbo de un pez en el agua.

Pasamos junto a la escalinata de la estructura enrejada destinada a la energía y volvimos al frente del edificio.

—De modo que ya ve, señor Roberts, hay un montón de basura por aquí directamente suministrada por las fuerzas de los Estados Unidos. Uno de sus submarinos nucleares viene aquí con nuevos abastecimientos mes por medio. ¿Quién cree usted que edificó aquí esta unidad de energía? ¿Dart y yo con nuestras solas manos? —se echó a reír—. ¿De dónde cree usted que Dart obtiene la financiación para sus investigaciones? No de mí, se lo aseguro. ¡Sale del largo bolsillo del gobierno americano, de allí sale!

La mente se complace en extrañas jugarretas. No bien Warren empezó a hablarme —no, antes de que empezara a hacerlo— mi mente comunicó la verdad a mi conciencia. Venía ya sabiéndola desde hacía tiempo. Era imposible creer que esta isla no fuera visitada y supervisada. Sin embargo me las había compuesto para creerlo porque eso era mejor que creer que los impíos experimentos de Dart fueran propiciados por alguna nación, particularmente los Estados Unidos.

—¿Por qué habrían de brindar apoyo a Dart? —apenas me era posible hablar.

Warren rió.

—No debe de haber visto sus laboratorios, de lo contrario no haría esas preguntas. No se lo diré. Pero esto sí le diré: si tiene intención de comunicar lo que sucede en esta isla a los medios de comunicación, usted es el que se verá en dificultades cuando el submarino vuelva. ¡Oh, Dios, si no se verá en dificultades! Una sola palabra y se encontrará entre rejas por tiempo indefinido. Es mejor que advierta el error con que procede, amigo, y pronto, porque ese viejo submarino estará aquí dentro de pocos días.

Me aclaré la garganta y me quedé mirando el paisaje unos instantes, mientras él me miraba a mí.

—Señor Warren, tengo que confesarle que estoy completamente abrumado con lo que me dice. ¿Sostiene que un departamento del gobierno aprueba... subsidia todo lo que sucede en esta isla?

—Eso es lo que digo —dejó la llave de tuerca en el escalón para examinarme más a gusto—. Está librándose una guerra, lo sabe. Lo que aquí sucede se ha considerado una investigación vital en tiempos de guerra.

—Señor Warren usted parece un hombre bastante decente... ¿cree que la guerra es excusa suficiente de la crueldad y la miseria que se inflige a estas criaturas? ¿No se supone acaso que estamos luchando contra el daño infernal que se perpetra contra la vida y el espíritu? ¿Ha perdido el juicio aquí arriba?

Para hacerme justicia, debo confesar que a mi mismo mis propias palabras me sonaron vacías, aun en ese momento en que acababa de sufrir semejante choque. Como fiel servidor de mi patria, estaba en posición de saber cuántos proyectos pagaba el contribuyente sin que se le dijera nada acerca de ellos por causa de su espantosa naturaleza. En una escala menor, lo mismo resultaba válido en mi propio

departamento; infinitos proyectos confidenciales estaban en marcha, y yo sólo los conocía por su nombre codificado, si es que siquiera esto conocía. En tiempos de paz o de guerra, no importa cuándo.

Yo era una de las pocas personas que sabía el acopio de armas espantosas que se estaba haciendo en la Luna, algunas de ellas destinadas a la escena del Pacífico. No obstante, un mal nunca cancela a otro.

Él bajó la vista sin decir nada.

—¡Vamos, señor Warren, dígame si le gusta formar parte de esta tortura organizada! Me dice usted que me encuentro en una situación difícil. ¿No le parece que la suya propia es mucho más desagradable?

Él se irguió enfadado enfrentándome con su huesudo pecho.

—Tenga en cuenta que yo no formo parte de nada, de modo que no se equivoque en lo que piensa. No conoce usted mi historia más de lo que conozco yo la suya. Somos extraños y los extraños no tienen derecho a andar husmeando...

—Hable claro. ¿Qué está usted haciendo aquí? Si lo que dice es cierto, forma parte de la nómina de pago de la Isla de Moreau ¿no es así?

—Mire, jefe, nunca fui afecto a la sociedad en modo alguno. Nací en una gran ciudad y no bien pude leer las señales de tránsito, me fui al campo lo más de prisa posible. Fui un abandonado como tantos otros por entonces. Un *hippie*. Sólo que la mayor parte de mis compañeros se casaron o encontraron un empleo o algo así y volvieron a incorporarse. Yo me mantuve apartado. Pero me atraparon cuando se produjo la guerra y luego vino la conspiración. Era tan condenadamente antisocial en la Marina que me designaron para que trabajara con Dart. Me peleé con él la primera semana misma en que puse los pies en esta isla y he llevado una vida solitaria desde entonces. De modo que no me puede decir que forme parte de nada de lo que sucede allí abajo. ¿Está claro?

—Usted mantiene su suministro de energía, figura en la nómina de pago. Está del todo involucrado.

Se pasó la mano por la boca.

—No debería decirme esas cosas. Detesto tanto como usted lo que sucede aquí. No he visto más que criaturas privadas de su forma por todas partes mientras estuve allí para verlo... Es mejor que entre. Necesito un trago. Quizá a usted le vendría bien un trago.

—Gracias. Me gustaría. Cualquier zumo de fruta que tenga.

—Tendrá que conformarse con lo que tengo, señor Roberts.

Entramos. Todo acontecía en un cuarto atestado pero ordenado; Warren vivía, dormía y cocinaba en él. Trajo dos cervezas de una vieja nevera. Abrimos las latas, las levantamos el uno ante el otro y bebimos. No le dije cuánto hacía que no bebía cerveza. Sabía deliciosa.

—Estoy de acuerdo en que muchos aspectos de la vida humana han sido siempre desastrosos. A veces parece que los más prometedores adelantos de la ciencia sólo

plantean más problemas todavía —así como la disminución del índice de la mortalidad infantil produce un exceso de población mundial—, pero usted se embarcó en un experimento que no prometía sino sufrimientos desde un comienzo. ¿Cómo es posible que lo defienda?

—¿No se lo vengo diciendo desde hace ya rato? Yo no defiendo nada. Me excluí. Además, ¿qué puede un tío por sí solo?

—No creo que nadie haya oído a Jesús decir eso.

—Bien, da la casualidad de que no soy Jesús, caballero, de modo que no lo incluyamos en la cuestión. Hago lo mejor que puedo y eso es suficiente. Me mantengo apartado de la guerra, no mato a nadie. Si quiere saber mi opinión, el mundo se ha vuelto loco.

—Podría sabotear el suministro de energía de Dart.

—Subiría aquí con las Bestias y me mataría, y a la semana la energía estaría en funcionamiento otra vez. Bébase su cerveza y póngase en camino, es lo mejor. Siento no ser más hospitalario, pero usted me hace sentir mal.

—No soy yo, es su conciencia.

—No, no lo es. Es usted y las observaciones como la que acaba de hacer. Cuando estoy solo me encuentro perfectamente bien.

Otra vez hubo silencio entre nosotros. Me era posible sentir su ofensa. Me tembló la mano en la que sostenía la cerveza. Mis pensamientos eran frenéticos y perturbados. Tan contaminado me encontraba, que me parecía haber vivido toda la vida en la Isla de Moreau; a pesar de mis esfuerzos, era siempre despojado de mi iniciativa, como si no fuera más que un miembro del Pueblo Bestial. Y me dije a mi mismo que cuando volviera a la llamada civilización tendría que renunciar al puesto que ocupaba en el gobierno y me centraría en mi vida privada. Por supuesto, quedaba todavía por resolver el problema del retorno...

—Señor Warren, dice usted que un submarino de suministro viene aquí cada dos meses. Cuénteme algo más de ese asunto.

—Se lo dije. Viene regularmente, deja lo necesario y cualquier encargo especial que hubiera hecho Dart. Trae el correo. Estará aquí otra vez en cuatro o cinco días.

—Dart se alejó en su coche dejando que yo me defendiera solo. No debe de saber si estoy vivo o muerto. ¿Puede emitir un mensaje por radio desde aquí?

—No tengo radio, ni siquiera un receptor. Todo ese tipo de cosas está allí abajo.

—Entonces quiero que me permita quedarme aquí hasta que llegue el submarino. No lo molestaré. No le hablaré siquiera si lo prefiere así. Sólo déjeme esperar sin peligro la llegada del submarino. Dart pensará que el Pueblo Bestial me ha matado y no me buscará.

—No es probable que nadie en ese submarino esté de acuerdo con usted. Le dirán que estamos en guerra, como yo.

—Señor Warren, usted no está de parte de nadie ¿no es así? No está de parte de Dart, y por cierto no lo está de la mía.

Se enjugó los labios con el dorso de la mano antes de contestarme.

—Maldita sea, señor Roberts, yo estoy de mi parte. Dart no descansará hasta que no sepa qué ha sido de usted. Todo lo que quiero es una vida pacífica, y hay que pelear duro para conseguir eso. Usted no es más que el último de una larga lista de personas que se ha interpuesto en mi camino y ha intentado hacerme cambiar de política. Yo no pretendo tener ninguna y eso es definitivo.

—¿Tiene miedo de lo que podría sucederle?

—¡Volvemos a empezar! ¡Otra observación sarcástica! No, no tengo miedo. Me basto a mí mismo, eso es todo. Creo en la naturaleza y en las cosas hermosas, que por algún motivo no incluyen a mi prójimo. Además... permítame que le diga que hay motivos para tener miedo aquí, si insiste en el tema. Venga conmigo antes de seguir su camino y le mostraré algo que le erizará los cabellos.

Éste fue un sorprendente recreo en su ánimo cada vez más torvo. Lo seguí fuera; dejamos atrás la escultura sin terminar y el generador de energía. Recogió una barra de metal al pasar mirando a su alrededor mientras lo hacía y diciendo que nunca sabía si lo vigilaban.

—El Pueblo Bestial no ataca si no lo provocan —dije.

No me contestó.

El sendero se estrechaba ascendiendo levemente y anduvimos a través de cañas de bambú cuyas hojas se movían de continuo a la ligera brisa. Luego las dejamos atrás. Frente a nosotros había un panorama espléndido.

Warren me había llevado a la cima oriental de la Isla de Moreau. Estábamos sobre una roca desde la que podíamos observar ininterrumpidamente el océano eterno, abarcar el horizonte y la gran bóveda del cielo sobre nuestra cabeza. También era visible el pequeño nudo de la Isla de las Focas casi a nuestros pies. El antiguo sonido del océano contra las rocas nos aturdí.

Como la tarde estaba ya avanzada, el sol se trasladaba por el cielo del occidente. Inundaba el mundo vacío con su irradiación y encendía las velas de un barco a la distancia. El corazón me dio un vuelco al verlo: la embarcación parecía un viejo velero... aunque eso seguramente era porque la desnudez del mar no permitía tener en cuenta la escala. La nave que veía tenía casi una milla de largo, con casco de plástico seccionado y velas de chapas de metal. Esas velas y sus aparejos se controlaban por computadoras y las computadoras eran de vez en cuando revisadas por una tripulación de dos especialistas.

Había navegado una vez en uno de esos hermosos barcos de carga años atrás. La familia de mi tercera esposa era propietaria de una línea naviera; el viaje había formado parte de nuestra luna de miel. Ese matrimonio hacía ya mucho que se había disuelto y era algo del pasado, como muchas de mis amistades personales.

Tuve conciencia de que Warren estaba tenso y cuando me volví me estaba mirando fijamente.

Se humedecía los labios.

—¿No siente usted la compulsión de saltar, por casualidad?

—De recordar, no de saltar.

Él se encogió de hombros y apartó de mí su mirada.

—Hace sólo un mes, una de las criaturas experimentales de Dart escapó y subió aquí al igual que usted —dijo Warren—. Dart y Hans y George y algunos de los otros lo persiguieron con armas y redes. Yo me escondí entre las malezas.

—¿Qué le sucedió a la criatura?

—Vino corriendo hasta este sitio y se detuvo... porque no podía seguir adelante ¿no es cierto? Era una crua de mono y hombre. Los otros lo cercaron y... ¿sabe lo que hizo? A ser capturado prefirió arrojar al mar. Si se asoma a este promontorio de roca, verá que el acantilado es tan recto que un hombre podría zambullirse desde aquí y llegar a salvo al océano con un poco de suerte. Mírelo usted mismo.

Avancé por el estrecho promontorio sintiendo esa mezcla de miedo y fascinación de las alturas de la que ni siquiera los viajes espaciales pudieron curarme. Como lo había dicho Warren, era posible saltar y hundirse en las profundas aguas. Pero la caída tendría unos cien metros; no me habría gustado hacer la prueba.

¿Qué le sucedió a la criatura que saltó?

—Se ahogó. No podría decirse que sus brazos valieran gran cosa.

Me volví y se me estaba acercando con la barra en alto; su boca trazaba una línea recta.

Se agachó listo para atacar. Cuando nuestras miradas se encontraron, hizo una pausa momentánea.

—Warren... —dije. Tenía el precipicio a mis espaldas.

Se abalanzó hacia mí.

La pausa lo había privado de su mejor oportunidad de deshacerse de mí. Instintivamente me había preparado y era más pesado que él.

Bajó con fuerza la barra de metal, pero recibí el golpe en el hombro izquierdo y con la mano derecha lo cogí por el cuello. Trató de patearme la pierna izquierda para que cayera al abismo. Lo atraje hacia mí hasta que dejó caer la barra y empezó a darme puñetazos en el estómago. Yo le rodeé el cráneo con la mano derecha y le metí la punta de los dedos en la cuenca de su ojo derecho. Lanzó un aullido. Me asestó un feliz puntapié bajo la rótula. Mi pierna cedió y caí arrastrándolo conmigo.

Yacimos en la roca, yo con la cabeza en espacio abierto. Warren estaba esparramado sobre mí, pero le tenía el cuello cogido con ambas manos y mi pierna derecha en torno a una de las suyas.

—¡Suelte, hijo de puta, antes que los dos caigamos al abismo!

Le di un apretón en el cuello para que me diera suerte y lo aparté de mí de un empellón. Se quedó sentado en la hierba, jadeante; alternadamente se frotaba el ojo y la garganta. Cuando me puse en pie, vi que la bala de metal estaba detrás de mí, precariamente alejada donde había caído, en una de las aristas de la roca. La cogí y la arrojé al mar volviéndome mientras todavía giraba en el aire para caer en el agua.

—¡Levántese! —dije.

—¡No me arroje al abismo, jefe! No tuve mala intención, de veras. Debo de haberme enloquecido... —estaba agachado a mis pies con el brazo alzado a medias en ademán de protección.

Me di cuenta entonces de que cada uno de mis miembros me temblaba.

—Levántese —dije—. No le haré daño.

Se puso lentamente de pie sin dejar de mirarme. Nos miramos mutuamente con el fulgor en los ojos de dos gatos hostiles. Observé que también él temblaba. Tenía la cara mortalmente pálida. Volvimos a su casa sin pronunciar palabra.

En el bungalow, con una mano en el dintel de la puerta, se detuvo y me miró moviendo la boca.

—¿De veras no intenta dar cuenta de mí por lo que le hice?

—Todo lo que quiero es quedarme aquí. Se lo dije. Le dejaré tranquilo, déjeme usted tranquilo también a mí. Esperaré aquí hasta que llegue el submarino y me embarcaré en él.

Bajó la mirada.

—Se está librando una guerra total, señor Roberts. No es probable que nadie a bordo de ese submarino escuche una palabra de lo que usted diga. Lo respeto como hombre clemente, pero está tan loco como todos los demás.

9. LOS REBELDES EN LA NOCHE

ESA noche estaba serena. Cesó la brisa; una luna casi llena brillaba sobre la Isla de Moreau. Yo dormí en una litera en uno de los edificios exteriores de Warren, víctima de malos sueños.

Andaba por un bosquecillo de cañas de bambú en una confusión de luces y de sombras. Repentinamente me topé con George, el Hombre Jabalí-Hiena. Por un momento, apenas lo distinguí; entonces vi cómo la sangre le manaba por la cara desde una herida en la cabeza donde la piel le había sido enteramente arrancada dejándole una horrible abertura en medio de su espeso pelo rizado. La corriente de sangre rodeaba sus ojos hundidos, fluyendo por los surcos de la nariz y en torno a la boca. Al respirar, se le formaban burbujas en las narices que después reventaban.

Estaba todavía paralizado por esta terrible visión, cuando George abandonó de un salto su escondrijo y se abalanzó sobre mí. Me desperté gimiendo y no pude recuperar la calma hasta que salté de mi desdichada cama y empecé a pasearme por el cuarto. Me apoyé contra la pared y respiré profundamente.

A mi izquierda el océano resplandecía entre los árboles. Su sonido adormecedor llegaba claramente en el aire de la noche. Arriba avanzaba más de un AES, algunos de ellos llevaban armas nucleares que podían ser guiadas a cualquier blanco deseado. La isla —aunque su sórdido sueño podría hacerla parecer aislada— formaba parte de la tierra firme de la tragedia mundial.

Cantó un pájaro nocturno. Por lo demás, la isla estaba acallada. También el mundo esperaba. Esta primera etapa de la guerra no era sino una pausa preliminar, como todos lo reconocían, para acumular la fuerza y la voluntad, y en ella había apariencia de paz; tras el escenario, los gobiernos enemigos maniobraban para ocupar posiciones estratégicas, ganar aliados, llevar a cabo la total movilización y adoptar fórmulas diplomáticas que los exonerara de culpa cuando la tormenta estallara. Hasta ahora sólo se habían emprendido acciones locales; no eran muchos los muertos; sólo se habían empleado armas nucleares tácticas. Pero nadie dudaba de que se preparaba una devastación en una escala hasta ahora inimaginable. Y, sin embargo, los pájaros aún cantaban. Pero una bomba de tiempo ya estaba en marcha.

Mientras estaba respirando profundamente el aire de la noche, se abrió la puerta del bungalow de Warren. Pude ver el movimiento por el ensanche de un ángulo de la sombra, aunque no hubo el menor ruido de bisagras. Antes que Warren saliera brilló el cañón de una escopeta.

—¿Oh, es usted? —dijo—. ¿Cómo se le ocurre pasearse a estas horas de la noche? Creí que teníamos visita.

—Quería tomar el aire. Vuelva dentro.

—Ha provocado usted una situación muy peligrosa, señor Roberts. Como dije,

vendrán a buscarlo y yo me veré entonces en dificultades.

—Cuanto más lo conozco, señor Warren, peor es la opinión que me merece. Como usted mismo admitió, se encuentra en este apuro a causa del odio que siente por su prójimo. No tiene derecho a esperar que su prójimo se apiade de usted.

Digirió mis palabras.

—Entonces debe ser más tonto que yo, pues no me arrojó al abismo cuando pudo haberlo hecho.

—Tengo creencias religiosas que en ocasiones me impiden cometer asesinatos.

—Eso explica su costumbre de decirme cosas que me disminuyen. ¿Es usted mormón, católico o qué? Provocaban no pocas dificultades donde yo vivía —apoyó su rifle contra la pared como si tuviera deseos de conversar. ¿Por qué no? pensé, pues todos estábamos condenados.

—Mis padres eran protestantes, aunque rara vez íbamos a la iglesia. Solíamos cantar villancicos en Navidad. En el siglo pasado y en éste el Dios cristiano se ha desacreditado porque se lo identificó más y más con el progreso materialista. De modo que no creo que yo le rece.

—Lo que dice no carece del todo de sentido. Mi familia era fanáticamente religiosa y eso les hizo mucho bien. ¿Tiene alguna concepción religiosa propia, entonces?

—No tengo paciencia con todas las falsedades traídas del Oriente para reemplazar a Dios, todos esos gurús y majarishis y swamis y todo lo demás... La brigada del incienso y las flores. Y en las nuevas religiones basadas en la ciencia, como la cienciaología y la ufología, no veo más que placebos. También me alegro en no creer en el Gran Amo del Cielo de Dart.

—No le queda mucho por elegir —él se echó a reír.

—Correcto. Éste no ha sido el mejor de los siglos para la fe, y muchos gritarían ¡viva! por ello. No, yo creo en una especie de Dios abstracto, remoto y no particularmente consolador, cuya especialidad es antes la continuidad que el socorro. El universo le pertenece... quiero decir, tiene más sentido pensar que detrás de la creación hay una conciencia, que imaginar que toda esta complejidad surgió de la nada, como un hongo del cemento. Pero ahora que el universo es un negocio en marcha, mi Dios se ha desapegado de él... quizá ahora no esté en condiciones de intervenir. Quizá sea más acertado considerarlo un Artista que un Administrador.

Warren resopló.

—Parece más antisocial que yo. Es preferible adorar a un pequeño Buda de latón que a un Dios semejante.

—Estoy de acuerdo. Salvo que yo no creo en Budas de latón.

¡Oh, Dios, no tengo fe! ¡Ayúdame a no tenerla! El único contacto que mi Dios tiene con los hombres es que se manifiesta en los vestigios de nuestras mejores aspiraciones. Cuando se aspira a hacer el bien en cualquier dominio, se está entonces más alejado de uno mismo y más cerca de Dios. Mantener el contacto depende de

uno. No de Él.

Warren escuchaba lo que yo decía con suma atención. Pobre necio, dejarse pillar por lo que digo, pensé; en el fondo, debía de ser un sentimental. Me di cuenta mientras hablaba que mi creencia en Dios era hueca, ya no creía en nada.

Sólo un año o dos atrás, mientras los bloques ideológicos se disponían a entrar en conflicto, yo había sostenido que Dios era la más grande invención de la imaginación humana y nada más que una meta positiva a la que todos nos dirigíamos generación tras generación. La idea era que evolucionaríamos gradualmente hasta convertirnos en un dios capital. Mientras exponía estas ideas, me conmovían mi propia fe y sinceridad; además a los Subsecretarios de Estado les sentaba bien hablar de temas profundos. La gente me escuchaba.

La mayor parte de esa gente ahora estaba de uniforme o en refugios subterráneos.

Al cabo de un espinoso silencio, Warren dijo: —No me corresponde a mi decir que está usted diciendo disparates. Para empezar, sé que ha recibido más instrucción que yo sólo con escuchar cómo se maneja con las palabras. Pero mi opinión es, creo, que la humanidad de algún modo, en algún momento, cometió un error y todo terminó complicándose demasiado. Estoy de acuerdo con la Biblia donde dice que las grandes ciudades son pecaminosas... con eso estoy de acuerdo. No cabe duda de que en la Biblia se dicen un montón de cosas atinadas, como «Ojo por ojo, diente por diente». Pero la única ocasión en que tengo un atisbo de que haya algún dios es cuando miro a mi alrededor las bellezas de la naturaleza.

Señaló el silencioso escenario que nos rodeaba, todavía bañado por la luz de la luna y en majestuosa serenidad.

Mientras estábamos hablando había notado ciertos movimientos furtivos entre las malezas. Ahora el vago ademán de la mano de Warren dirigió mi atención a un grupo de arbustos, oscuro e indefinido, que crecía bajo unas palmeras. ¿Había visto algo que se movía?

También Warren parecía haber visto u oído algo. Me tendió una mano en ademán de precaución y atisbó antes de coger el rifle.

En los lugares tropicales por lo general hay aves nocturnas que merodean entre las malezas. El ruido que producen es capaz de conjurar toda clase de temores nerviosos y uno tiene motivos para pensar que acecha el peligro. Nos quedamos allí, juntos aunque separados, escuchando los discretos sonidos.

Parecían venir de todas partes. Él se volvió hacia mí diciéndome en voz baja: —Hay algo allí ¿no cree?

—A Dart no le es fácil trasladarse. Vendría de día.

—Quizá no sea Dart...

Una nube empezó a cruzar la luna. Inmediatamente un fuerte crujido llegó de las malezas a nuestra derecha, como si alguien o algo hubiera decidido aprovechar la ventaja de la oscuridad momentánea.

—Están allí, no hay duda —dijo Warren—. Han venido por usted. Es culpa suya,

maldita sea, venir aquí a hablar de Dios y hacerme matar.

—Es mejor que entremos. Quizá se vayan cuando llegue el día.

No me hizo caso. Corrió en cambio hasta el medio del claro y disparó dos tiros al aire... El ruido fue paralizante. Mucho después de disparados los tiros su eco retumbó a través del desierto del Pacífico. Mientras el eco Seguía su camino al infinito, sonidos más cercanos hablaron de una gran criatura que huía llena de pánico por la maleza crujiente.

Warren se quedó donde estaba con el rifle alzado a medias.

—Quienquiera que fuera, se ha ido —le dije.

—De ningún modo estaba solo —replicó Warren torvamente.

Casi no había terminado de hablar, cuando un disparo vino como respuesta de la jungla. Reconocí por el ruido una escopeta recortada. ¿Zorro? Al momento siguiente varias figuras mal definidas se precipitaron en el claro desde varias direcciones que convergían sobre Warren. Lo llamé. Él levantó el rifle y disparó contra uno de los atacantes matándolo en el acto antes que los demás lo abrumaran.

Vi un óleo una vez en una remota región de Austria que representaba el ejemplo máximo de auto traición. Dos asesinos con traje de cazador hacían señas a un joven de que se internara en un lúgubre bosque. Era evidente, aun por la infeliz sonrisa del joven, que nunca saldría vivo de ese sitio remoto. Pero los dos asesinos lo habían engañado al punto de que estaba por ir con ellos voluntariamente, incapaz de enfrentar el hecho de su muerte inminente, engañándose de esta manera tanto como ellos lo habían engañado.

Al volver corriendo a mi bungalow, sentí que era ése un acto de auto traición. Habría sido más noble haberme arrojado en medio del claro y haber muerto tratando de rescatar a Warren. Pero el instinto de autopreservación hizo que me precipitara adentro y diera un portazo.

Desde la ventana pude ver lo que le ocurría a Warren. Sus atacantes eran por lo menos diez. Entre ellos reconocí a los activos Alfa y Beta, los Hombres Mono, y la grotesca forma del Caballo Hipo Gris. De pie, a un lado, apartado de la refriega, estaba Zorro. Tenía la actitud de un hombre; la semejanza se acentuaba por la confianza con la que ahora llevaba la escopeta recortada.

Por algún milagro Warren se libró de la jauría y escapó hacia las malezas. Luego giró, como si súbitamente cobrara conciencia de lo que hacía, y se dirigió hacia los edificios. Vi que corría hacia mi. Un miembro del Pueblo Bestial, monstruosamente pesado —una criatura que había estado acechando indecisa fuera de mi línea de visión— apareció abalanzándose sobre la figura a la carrera. Warren la vio, levantó los brazos, se desvió ligeramente y siguió.

La criatura que lo atacaba llevaba la cabeza hacia adelante. Dio contra Warren justo cuando éste llegaba al siguiente edificio. No hizo intento de detenerse o de agarrar a Warren siquiera, sino que avanzó como un tren expreso y aplastó al hombre contra la pared. Warren lanzó un jadeante grito de agonía y se desmoronó. El bruto

atontado, cayó junto a él. Inmediatamente otras criaturas llegaron corriendo y se arrojaron frenéticas sobre Warren.

Empezaron a despedazarlo, a desgarrar sus ropas y a arrancarle los miembros del cuerpo. Sólo Zorro se mantenía apartado de la riña. Se acercó para observar la destrucción del cuerpo.

Tan espantosa era la escena actuada a la brillante luz de la luna, que me quedé donde estaba junto a la ventana. Darme cuenta de que su diversión terminaría pronto y que entonces vendrían por mí —presumiblemente su presa original— me sumía en una especie de resignación ofuscada, incapaz de apartarme del horror de la escena. Sólo cuando un pequeño trozo desgarrado golpeó la ventana y resbaló por ella a tres pulgadas de mi cara, pude reponerme y pensar en escapar.

En el edificio había equipo para la planta solar de arriba. Contra una de las paredes había una escalera de metal que conducía al techo y, por tanto, a los grandes generadores reticulados de afuera. Como no había sitio donde esconderse en este cuarto, el camino me llevaba hacia arriba.

Después de fortificar la puerta con viejas cajas de embalaje, subí las escaleras. Era difícil ver, y por un rato sudé y luché bajo el techo tratando de correr el cerrojo de la trampa. Por fin cedió. Abrí la trampa y recibí la refrescante perspectiva de los techos, los árboles oscuros, la luna, las estrellas y los reticulados de energía sobre mí. Vi que la noche estaba enferma y que el alba se acercaba; nubes bajas cruzaban el cielo por el oriente —detrás de ellas se irradiaba la palidez del día—. El sol pronto saldría tonante del Pacífico. Era un signo alentador. Los zorros prefieren cazar de noche.

No había forma de atrancar la puerta tras de mí. La cerré y miré cauteloso a mi alrededor. Me encontraba en una pequeña plataforma. Cerca en el techo había paneles solares. Una escalera conducía de la plataforma a las vigas en lo alto. Estaba aquí a salvo sólo hasta que me descubrieran. Todo lo que podía hacer era ponerme en cuclillas con la esperanza de que el Pueblo Bestial se fuera.

No manifestaron el menor indicio de hacerlo. El sangriento trabajo que realizaban sobre Warren estaba casi terminado. Mientras que algunas de las criaturas más pequeñas le raspaban todavía el torso, las otras, como me era posible oír, iban en torno a los edificios. Me llegó la voz de Zorro:

—¡Buscad otro Cuatro Miembros Largos, héroes! —Tenía la esperanza de que el temor de la morada humana los mantendría alejados de los bungalows y finalmente los induciría a volver a la maleza. Alternativamente esperaba que todos irrumpieran en el bungalow de Warren dándome así oportunidad de escapar... la llegada del alba me procuraría luz bastante como para encontrar el camino cuesta abajo hasta la fortaleza de Dart.

Ahora estaban registrando los edificios. Podía oír sus espesos gruñidos y sus voces. Me agaché donde me encontraba atreviéndome apenas a respirar, siempre presente en la mente el destino de Warren.

Empezaron a golpear contra las puertas. Un cristal se rompió. Hubo un gemido de dolor. Idiotas pies arrastrados. Aullidos y exclamaciones, voces pendencieras. Más cristales rotos —evidentemente de adentro—, chillidos, fragmentos de la loca canción. «La forma que es dada al nacer, se pierde cuando vais bajo la tierra...». Gritos furiosos, un golpe, gemidos.

Entonces vi una de las espantosas Mujeres Cerdo que trotaba por el terreno quebrado, llevando una lata en una mano y sus pantalones desgarrados en la otra. La perseguía una velluda criatura que se parecía a un oso. Mientras corría, ella emitía un sonido agudo... imposible saber si de miedo o de gozo. El oso la atrapó, y cuando ambos cayeron, la lata salió disparada. El licor que contenía quedó derramado.

Habían irrumpido en casa de Warren sin temor y se habían adueñado de su cerveza. Saberlo me dio nuevos ánimos. Cuando se emborracharan se pelearían entre ellos y se olvidarían de mí.

Ligeramente distendido, me puse en pie para dar alivio a mis miembros, volviéndome para recibir la brisa del alba. Me encontré mirando un par de ojos a sólo un metro poco más o menos de mí.

El pilar más próximo de la retícula de energía se alzaba tras el bungalow. Cogido a una de sus barras diagonales estaba uno de los Hombres Mono, Alfa o Beta. No había modo de confundir esa disforme cabeza, con su cráneo de bebé y una nariz de tapir. Se aferraba al mástil con ambas manos y sostenía en la boca una lata de cerveza.

Ninguno de los dos nos movimos. Yo estaba desarmado. Desde abajo llegaron nuevos gritos. Yo lancé un aullido batiendo los brazos. El Hombre Mono abrió la boca dejando caer la lata, pero atrapándola económicamente con una mano. No cayó como yo lo había esperado. Emitió un aullido de respuesta paralizante, trepó por el reticulado del mástil y se abalanzó sobre mi como lo había hecho George en el sueño.

Había una delgada barandilla de protección alrededor de la plataforma. Constituía un ligero obstáculo entre él y yo. Cuando al llegar se aferró a ella, yo tendí mi brazo derecho y le apliqué un tremendo golpe bajo la barbilla con la parte inferior de la mano abierta. Luego le pateé la garra que se aferraba a la barandilla de protección. Cayó de espaldas al techo lanzando un bramido. Con el rabillo del ojo vi que la Mujer Cerdo y la criatura semejante a un oso se pusieron de pie señalándome y gritando de rabia. Era hora de escapar. De cualquier manera no me imaginaba luchando contra Alfa o Beta quienquiera que fuere, y ya estaba recuperándose.

Al abrir la puerta-trampa del techo, vi a la pálida luz de abajo que mi cuarto había sido ya invadido. Un miembro del Pueblo Bestial andaba por allí solo con una lata de cerveza en la boca y trazando círculos en el aire con la mano por encima de la cabeza mientras daba la vuelta por el cuarto con paso vacilante. Cerré la puerta de un golpe. No tenía más alternativa que saltar desde el techo.

Fui hasta el borde y miré hacia abajo. Todos esos locos andaban por allí riendo y corriendo, pero no era momento de escoger El Hombre Mono subía por detrás de mí.

Salté, vacilé y caí por tierra.

Mientras me ponía en pie, el Hombre Mono aterrizó a mi lado cayendo mejor que yo. Perdió tiempo vociferando su descubrimiento, de modo que yo empecé a correr mientras los demás respondían y acudían. Di la vuelta a los edificios alejándome del mar. Mi camino estaba bloqueado.

Una vil criatura con la cara ensangrentada estaba allí meciéndose ligeramente y esgrimiendo una especie de arma en la mano derecha. Algo había estado comiendo de ella. La escasa luz bastó para iluminar uno de los antebrazos de Jed Warren.

Había otros allí, figuras de una representación hasta ahora inédita del mundo infernal. El corazón se me encogió dentro del pecho. El Hombre Mono me atrapó por detrás agarrándome el hombro.

Me volví para esquivar su otra mano. El Hombre Rino que había aplastado a Warren vino estruendoso por detrás y se lo quitó del camino en su frenética ansiedad por pillarme. Yo me escurrí entre ellos y corrí hacia los arbustos más cercanos.

Estaba en terreno descubierta. Con el rabillo del ojo —no me atrevía a mirar a derecha ni izquierda por temor a caer— se irguió una delgada figura que me apuntó con una escopeta con deliberación de cazador. Me zambullí entre las malezas al tiempo que la escopeta recortada se disparaba. La bala pasó de largo inofensiva.

Me puse en pie y vi que la persecución se había iniciado. Aunque estaban mal organizados, algunos de ellos borrachos con la cerveza de Warren, podían no obstante alcanzarme y destruirme. Era una presa humana, pero mi misma forma me señalaba como a uno de los Enemigos. Me despedazarían hasta que esa odiada forma ya no existiera. Desgarrarían mi carne y devorarían mis partes tiernas.

Mientras corría entre los arbustos, pensé que sólo había una esperanza: coger a Zorro desprevenido y arrebatarle la escopeta recortada. Una vez desarmado el conductor, no sería difícil mantener a raya al resto de la turba. Mi más grande esperanza era trepar a un árbol y aguardar. Pero no había árboles allí por los que uno pudiera trepar. Eran altas palmeras o pequeños espinos o bambúes. Esconderme en la maleza era imposible: estas criaturas me olfatearían.

Algún ser espantoso, pesado e insensato, se precipitaba por entre la maleza a mis talones. Me detuve por un momento y él también se detuvo. ¿Me seguía simplemente sólo por el placer de la caza?

De pronto me colmó la esperanza.

—¿Bernie?

No hubo respuesta.

—¿George?

No hubo respuesta. Empecé a correr nuevamente y la criatura escondida empezó a correr también. Para él era un juego y yo era la presa. Como en estado de trance me sumergí en la incolora jungla del alba sin prestar atención a los rasguños y las heridas que me hiciera en la huida.

Como en una clara y límpida visión pensé en el alto acantilado al este y la saliente

de roca de la que Warren había intentado empujarme el día anterior.

¡Saltaría!

Aun cuando no sobreviviera a la terrible caída, por lo menos me libraría de una muerte mucho peor. No tenía otro modo de escapar, como los gritos y los aullidos a mi alrededor lo ponían en claro. La jauría se me estaba acercando.

Avancé por entre la maleza hacia la dirección que creía la del acantilado. La criatura a mi izquierda me seguía los pasos. De vez en cuando veía su forma monstruosa a través de los movimientos del follaje.

Se oían ruidos de gritos y de ramas arrastradas. Una vez más giré y en un momento llegué a un retazo más despejado del terreno. Por delante resplandecía el océano. Divisé a lo lejos el sol, un fragmento de él tan sólo, nada más que el más breve segmento recortado sobre el horizonte que enviaba su brillo a través del océano en el instante mismo de su nacimiento. Había sobre él una nube oscura, pero ese primer rayo me iluminó... e iluminó también a dos del Pueblo Bestial que emergieron a mi flanco derecho.

Sólo unos pocos metros me separaban de la roca en la que había luchado con Warren. Sabía que la única esperanza que tenía de dar ese salto era avanzar sin pausa ni vacilación, de lo contrario me faltaría el coraje. Había saltado de naves espaciales a los abismos del espacio, pero éste era un reto de carácter diferente.

Lo que finalmente me acicateó fue la cara bestial de un Hombre Cerdo que irrumpió a mi izquierda. Él era el que me había venido siguiendo y ahora avanzaba con sonrientes dientes amarillos listo para la matanza. Era cerdo, pero leí un ancestro zorruno también en la agudeza de los colmillos y el corte de la mandíbula bajo el hocico porcino. Extendió los brazos y yo corrí como la locura misma hacia el alto acantilado.

El Hombre Cerdo gritó de furia. Aves marinas subían volando desde mis pies. El universo giraba en torno a mi cabeza. Vi el acantilado, el mar supino, la saliente de roca, vi mi muerte en las rocas por debajo y corrí aún más de prisa.

Había perdido el coraje. Pero era demasiado tarde. Corrí por la saliente como si fuera un trampolín sobre una piscina, grité con todas mis fuerzas, salté. El Hombre Cerdo trató de detenerme demasiado tarde, tropezó, cayó con un gran grito, Lucifer sin gracia.

Mientras caía a plomo ya no tuve miedo. Caía con brazos y piernas extendidas, dando lentas volteretas en el aire. Vi el sitio que había abandonado, el muro del acantilado, el cielo, el mar, la criatura que caía a cierta distancia de mi. Caía, y una multitud de pensamientos acudía a mi cerebro. Aun recordé la vieja idea de que uno rememora todo el pasado en tales momentos ante la muerte, no obstante no recordaba sino los terrores de los días pasados a la deriva en el mar y los secretos de las investigaciones de Moreau... aun en esta situación extrema no estaba libre de la isla.

Enderezando el cuerpo y controlando los miembros pude dejar de dar vueltas y sumergir primero los pies. El proceso de la inmersión parecía durar eternamente; no

obstante, al mismo tiempo el mar acudía a mi encuentro a una velocidad increíble. Cuando hube terminado, vi que estaba lejos de las rocas. La criatura que cayó dando vueltas y me hizo compañía a cierta distancia no fue tan afortunada.

Cuando di contra las olas, se puso el sol. Era como si hubiera ido por el tiempo marcha atrás... en el nivel del océano el alba no había llegado todavía. El agua estaba oscura, me golpeó con fuerza y me tragó.

Todo se volvió confuso. No había caído derecho. Perdí la respiración. Bajo el agua asomaban oscuras formas de roca.

Traté de volver a la superficie, me perdí, vi explotar a mi alrededor rayos de luz rojos y verdes, perdí el sentido.

No enteramente. Rara vez se pierde del todo la conciencia. Pero mis sentidos se desapegaron y nada podía hacer con eficacia. Excepto ahogarme.

Sin embargo, no me ahogué. La confusión y el dolor que invadían mi ser finalmente se retiraron como una marea. Tuve conciencia de gente a mi alrededor, de una techumbre de paja sobre la cabeza. Manos que palpaban mi cuerpo desnudo. Me había invadido un remoto, pero sensual placer. Cerré los ojos con extremada languidez, para sólo poder abrirlos otra vez con gran esfuerzo.

Yacía en una rústica cabaña. Dos Hombres Foca estaban arrodillados sonriendo e inclinando la cabeza cuando me veían parpadear. Sobre mi, con sus lacios cabellos contra mi piel, estaba una Mujer Foca. Me aplicaba una especie de beso de vida, aunque sus labios no estaban fijados a los míos. Lancé un fuerte grito cuando me di cuenta, y todos mis miembros temblaron de arrebató. Luego volví a hundirme en un más profundo olvido.

10. DESPUÉS DE LA CAÍDA

DE mi estancia de dos días en la Roca de las Focas, prefiero decir tan poco como sea posible. Algunos actos que parecen hermosos y naturales en el momento de su ejecución, resultan desagradables en el recuerdo. Y el placer de una persona puede despertar disgusto en otra. Quizá esto sea particularmente así entre las naciones occidentales, donde la sexualidad aún hoy se considera de manera más ambivalente que en el Oriente.

Emociones que nos conmueven hasta muy hondo, sufren metamorfosis después del acontecimiento.

El nombre de la Mujer Foca era Lorta. Había cuatro Hombres Foca aproximadamente de la misma edad de ella sobre los que tenía pleno dominio. Chocheaban por Lorta, y no era difícil darse cuenta del porqué; se entregaba a ellos con inagotable abandono, con tan intensa alegría que aun yo, en aquel momento sentí vergüenza de aceptar su amor. Ella los dominaba por completo, porque ellos la dominaban a ella; no podía resistirlos porque ella era irresistible. Y su munificencia era tanta, que los Hombres Foca no sentían celos los unos de los otros, ni siquiera de mí, un forastero. Eran muy afortunados y tenían el tino de saberlo.

Los nombres de los Hombres Foca eran Saito, Harioshi, Halo y Yuri. Entre nuestros juegos de amor, nadábamos y jugábamos en el océano. Y conversábamos... la conversación para ellos también era un juego. Mi comprensión de lo que decían creció de prisa, y quizá ellos hablaran con mayor claridad por tener que hacerlo conmigo. Me enteré de que el Hombre Cerdo que había caído de la cima del acantilado conmigo se había estrellado contra las rocas. Los cangrejos y los tiburones lo habían devorado. Como los cangrejos constituían una parte considerable de la dieta de las focas, ésta fue una noticia particularmente grata para mis amigos.

Me enteré también que habían sido los Hombres Foca los que se habían zambullido en la laguna y habían recuperado la escopeta recortada de Maastricht. Se la habían dado a Zorro a cambio de un montón de fresas y almíbar en lata robado.

Tenían conocimiento del submarino. Pero su sentido del tiempo era deficiente, de modo que no tenían idea de si visitaría otra vez la Isla de Moreau o de cuánto había transcurrido desde que la visitara por última vez. En muchos aspectos eran como niños, y sus encantadoras caras infantiles se les fruncían de risa cuando confesaban su ignorancia.

No, los traiciono cuando lo expreso en estos términos. Cuando estaba con ellos no era así... Estoy de retorno en mi antiguo rígido yo. Por supuesto, sabían de las visitas regulares del submarino. Era un placer para ellos la llegada de ese fabuloso monstruo sin sentidos que surgía de profundidades oceánicas que ellos no podían alcanzar. Solían seguirlo a la laguna y jugar junto a él haciendo gestos obscenos y jugando

íntimamente entre si... lo que los había vuelto muy populares entre la tripulación.

No sabían cuándo había llegado la nave por última vez o cuándo llegaría nuevamente. ¿Por qué habrían de saberlo? No tenía significación para ellos. Reían a mandíbula batiente de que yo quisiera subir al submarino y quedar encerrado en él y no creían que hablara en serio cuando lo decía. En cuanto a confesar su ignorancia... no los gravaba el peso de la culpa con que nos grava a nosotros el conocimiento o su falta.

Digo que eran como niños. Lo que quiero decir es que nunca habían aceptado las reglas que la mayoría de nosotros aceptamos. Seguían asombrándolos el mundo y la suerte que les cabía por formar parte de él.

Aunque no tenían brazos ni piernas bien formados o una mano digna de ese nombre, la fuerza de sus caracteres, el de Lorta en particular, les permitía sobrevivir en una burbuja de felicidad. El cálido océano contribuía; era el líquido amniótico y no había mal alguno en él. Tenían una especie de religión. Quizá fuera una religión profunda y compleja y no estuve lo bastante con ellos como para comprenderla. Mojigato de mí, intenté explicar mi religión como lo había hecho con Warren, pero lo mismo habría sido que intentara persuadirlos de que vivieran en tierra seca. Creían en un Espíritu de las Profundidades con forma de tiburón (quizá se pareciera más a un submarino nuclear) que les inspiraba un placentero temor.

Debo decir la verdad de una vez. También estaba Satsu.

Cuando el Pueblo Foca escapó de los laboratorios de Dart, vivieron en las más hospitalarias costas septentrionales de la isla, hasta que Dan organizó una cacería y mató a uno de ellos, una joven. Ellos se refugiaron entonces en la Roca de las Focas. Nacieron otros niños, pero no sobrevivieron; Satsu sobrevivió y floreció. Era una pequeña niña japonesa normal, con todos los miembros intactos y llenos de vivacidad.

Satsu tendría cuatro o cinco años... o así lo calculo, porque nadie lo sabía ni se preocupaba por saberlo. «Año» era una palabra sin significación para ellos; pensaban en términos de mareas antes que de tiempo. Le daban el trato de una pequeña diosa, de una reina, de una hermana traviesa, de un mono mascota. Ella cantaba y jugaba y corría, era capaz de trepar a un árbol más rápido que un mono, nadaba mejor que sus padres, se unía con alegría a los juegos amorosos de los adultos. Era bonita como una pintura.

Ya está. Para algunos detallo un cuadro de depravación. En un principio me escandalicé ante las actividades amorosas de Satsu, en especial cuando era el centro de la atención del grupo. Ni siquiera sabía que una niña tan joven pudiera experimentar orgasmos. Pero así era. Su naturalidad era tal, que no tardé en acostumbrarme a todo lo que allí acontecía; mi decisión de consagrar mis energías a devolver a Satsu a un medio normal se desvaneció en la nada.

También yo me convertí en el deleitado y reciproco receptor de las atenciones de esta encantadora niña. Regocijados, su madre y sus hombres alentaban a Satsu para

que se uniera a nuestros arrebatos. Yo desarrollé ideas propias y tomé la iniciativa. El sol y el mar formaban parte de nuestros mutuos compromisos. «Calvario» me llamaban. De modo que me quedé en esa roca feliz alimentándome y haciendo el amor con una variedad de estilos que jamás antes me habría atrevido a imaginar. En ese periodo atemporal, ocioso, contemplaba el sol que nacía y trazaba su largo curso por el vasto cielo. Cuando se hundía al oeste, una inmensa sombra surgía de la Isla de Moreau que se lanzaba por las aguas a nuestro encuentro, pero nunca pudo alcanzarnos. Cuando estaba a unos pocos metros de nuestras minúsculas costas, el sol se liberaba de las últimas rocas occidentales de la isla reapareciendo con dramático efecto, y la larga sombra fría caía en sus propias costas, de modo que la puesta de sol era para nosotros dorada e ininterrumpida.

En la lengua que empezaba a aprender, el sol, que dominaba todos nuestros días, se decía «Hijodamo». No sabía si era ésta una palabra japonesa tomada de los antecesores japoneses de mis amigos o una forma corrompida de la expresión «hijo del amor». Esperaba que se tratara de esto último.

Por lo general nadábamos cerca de la roca. Yo nadaba con ellos. Aunque nunca me curé del miedo al abismo por debajo de nosotros, me sentía seguro en su compañía.

Me deleitaba grandemente en la completa desnudez de mis nuevos amigos, en su completa falta de reservas. Me sentía tan seducido como para preguntarme si no podría quedarme para siempre en ese retazo de tierra; soñaba despierto acerca de un tiempo en que el resto del globo se destruyera a si mismo y yo nadara junto con mis amigos y amantes para poblar el planeta de una nueva especie de ser humano, cuya agresividad se sublimara en total voluptuosidad.

Desdichadamente yo seguía formando parte del mudo en guerra y éste seguía formando parte de mi de una manera que les era ajena. Tenía que regresar. Tenía que vérmelas con Dart y el problema del submarino. Tenía que regresar a la isla y a los asuntos de Washington.

Y era ya hora de que partiera. No era posible que hubiera vida sibarítica para el Pueblo Foca si permanecía con ellos; yo alteraba el delicado equilibrio de su existencia, pues era la mía una gran boca adicional que alimentar, y no era capaz de cazar como lo hacían ellos.

Antes de partir se me ocurrió que tenía un don que ofrecerles. Comían los peces, los crustáceos y las algas crudos; y sabía que en ocasiones, después de una tormenta, se apretujaban los unos contra los otros con frío y desdicha. Podía enseñarles a hacer fuego; con éste podrían abrigarse y cocinar los alimentos.

Entre sus posesiones había múltiples botellas de Coca Cola y latas en las que almacenaban el agua de lluvia que acopiaban. Cogí una de las botellas y la estrellé contra una roca plana en el norte de su santuario; la usé luego como base de una cruda lente. La enfoqué sobre maderos a la deriva y algas marinas arrojadas allí por la última tormenta y pacientemente di a la luz unas pocas chispas. ¡Cómo gorjeó Satsu

de alegría cuando ascendió el humo! Soplando con cuidado, conjuré una llama. Pronto tuvimos una pequeña fogata en movimiento. Ensarté un pescado en una rama y lo cociné en la llama antes de dar una mitad a Lorta y la otra a Satsu.

—¡Calvario listo! —exclamaron.

Escupieron y pusieron cara de disgusto, pero les expliqué que pronto se acostumbrarían a ese sabor y que lo preferirían al del pescado crudo. Me dieron cordialmente las gracias. Por lo menos la novedad del fuego los deleitó.

Después de mediodía me dirigí a nado hacia la isla que actuaba como cuerpo planetario en relación con el pequeño satélite de la Roca de la Focas. Todos mis amigos vinieron conmigo, también la pequeña Satsu, nadando a mi lado. En la desembocadura de la laguna subí a tierra y me quedé sentado escondido de cualquiera que estuviera merodeando por la isla, mientras me despedía con la mano de los demás. Prometieron volver a verme y se alejaron dirigiéndome ademanes complacidos y lascivos.

De modo que me volví y me puse cautelosamente en camino.

La Isla de Moreau tenía el mismo aspecto de cuando la vi por última vez.

Nadie estaba trabajando en el muelle. La laguna se extendía silenciosa e imperturbada. La grúa seguía en el agua poco profunda donde había caído. Cuando me aproximé, un ave marina, posada en la estructura expuesta, alzó vuelo y se dirigió lentamente hacia el mar. No percibí ningún otro movimiento. Al otro lado del agua, la aldea del Pueblo Bestial estaba aparentemente desierta.

Pensé que Dan se alegraría de verme después de los recientes disturbios; yo podría fingir conformarme a sus deseos y esperar la llegada del submarino. Cuando él fuera a su encuentro yo lo seguiría y después de dominarlo, persuadiría al comandante del submarino de que me llevara de regreso a los Estados Unidos. El comandante podría ponerse en contacto con su base para verificar mi identidad. Yo podría entonces informar acerca de la situación en la Isla de Moreau a una más alta autoridad y procurar que los que lo desearan fueran vueltos a la civilización.

Me dirigí hacia el alto vallado que rodeaba la sede de Dan, alerta y vigilante de cualquier dificultad que pudiera presentarse.

Alguien estaba de pie inmóvil bajo los árboles, a un par de metros tan sólo del portal. Me detuve y lo observé. Parecía George, el Hombre Jabalí-Hiena, pero las ramas de los árboles no me permitían verlo.

Haciendo un amplio rodeo, me aproximé para tener una mejor perspectiva de la figura, avanzando finalmente a lo largo de la parte exterior del cercado.

Era George. Oía a las moscas que zumbaban a su alrededor.

Una alta estaca había sido clavada en el suelo. Habían empalado a George en ella, de modo que se mantenía erguido casi como si estuviera todavía con vida. Su cara era más espantosa que la que se me había aparecido en el sueño. Parecía estar mirando fijamente por sobre la laguna a través de la nube de moscones azules que le sorbían la carne.

Indispuesto, retrocedí. Esta crucifixión era algo más planeado y sádico que nada que la casual brutalidad de las Bestias pudiera concebir. Sin embargo ¿quién otro podría haberlo hecho? Sólo me fue posible suponer que Zorro la había inspirado. Seguía siendo un misterio cómo era posible que Dan hubiera permitido que lo hicieran tan cerca de su fortaleza.

En el breve tiempo de mi ausencia había habido un cambio aquí en el equilibrio del poder. El solo silencio que reinaba así lo ponía de manifiesto. Era significativo que fuera George el que había pagado el precio. Su posición como capataz de Hans lo había puesto en un terreno medio insostenible. La enemistad que lo separaba de Zorro (así lo suponía yo) había sellado su destino. Pero ¿cuántos otros habían muerto?

Consciente de la posibilidad de una trampa, volví sobre mis pasos a lo largo de la barricada sin llamar a nadie de adentro.

A medida que el terreno se iba haciendo más quebrado, me era más difícil andar, pero me dirigí hacia la parte trasera del vallado donde se encontraban los laboratorios. Allí me detuve. Escuché algo que se movía al otro lado de la empalizada.

Por qué no di voces, no lo sé hasta el día de hoy. Quizá fuera porque había cierta cualidad en los movimientos que me inquietaron... algo furtivo y al mismo tiempo irascible. Me quedé donde estaba con la boca seca, escuchando cómo esa criatura desconocida pasaba invisible a un metro de mí.

Allí detenido como si estuviera condenado, vi en las cercanías un poste. Tenía un diámetro de unos quince centímetros, y probablemente habría sido usado en los andamios cuando se estaba procediendo a la edificación... o así lo supuse yo al menos. Cuando los sonidos al otro lado de la barricada se acallaron, me dirigí hacia el poste e intenté levantarlo. No pude moverlo. Sólo cuando lo apalanqué de lado a lado se movió un tanto. Estaba acuñado entre rocas sueltas. Seguí esforzándome y finalmente me las compuse para arrancarlo. Tenía tres metros de largo.

Con no poco esfuerzo tiré de él hasta llevarlo al frente de la barricada, tan cerca de George como me atreví. Tenía una quietud falta de naturalidad: eso era lo que aterrorizaba en él.

Entonces dejé caer el poste hacia adelante de modo que su extremo sobresaliera sobre el cercado. Me procuraba una rampa por la que podría ascender.

La caída del poste produjo un alarmante zumbido dentro de la sede. Oí que el zumbido se hacía cada vez más intenso sin respuesta. Procurando en la medida de lo posible no ser visto, subí corriendo por el poste y me dejé caer al otro lado. Me tendí sobre el suelo del recinto y me quedé escuchando. Sólo el zumbido de alarma, incesante.

Cuando me puse de pie, Heather fue a la ventana y me hizo señas. El alivio que tuve al verla fue enorme. Casi había empezado a creer que todos habían muerto en la isla.

Heather hizo ademanes frenéticos y desapareció. Nunca la había visto tan

animada. En seguida abrió el cerrojo de la puerta de la casa y me hizo entrar.

Los largos cabellos oscuros que le llegaban a los hombros estaban algo despeinados, pero por lo demás tenía el mismo aspecto de la última vez. Llevaba su túnica y sandalias. Al atrapar mi mirada, me dirigió una rápida sonrisa seductora moviendo todo el cuerpo al hacerlo.

—¡Calvert, no es posible que tengas idea de cuánto me alegra tenerte de vuelta! —Se apretó contra mí. Automáticamente la rodeé con mi brazo pensando cuán raro era oír hablar el inglés corriente, estar entre cuatro paredes, sentir el aire acondicionado, oír... sí, una sinfonía de Haydn que resonaba serena en el edificio. Todo estaba tan seco, Tuve la imagen ante mí del cuerpecito húmedo, ágil, insaciable de Lorta, negaba todo lo que había aquí dentro, así como todo lo que aquí dentro negaba su cuerpo... a pesar de la chica que se apretaba contra mí. Ese momento me permitió comprender a Heather; también ella era sensual, pero su sensualidad había sido devorada por lo que llamábamos civilización. Estaba bajo el total control de su intelecto. Nunca volvería a conocer a nadie como Lorta. Ni tampoco intentaría describírsele a nadie, sonaría como una especie de puta, de ninfómana... mientras la verdad era que era libre, sin cálculo, la inversa misma del coño cultivado.

—¿Dónde está Dart? —pregunté dejando de abrazarla.

Heather me miró fijamente con curiosidad. Se llevó un dedo a la boca con un movimiento que recordaba.

—Creímos que estabas muerto sin la menor duda. Es tan bueno volver a verte... y con mejor aspecto por añadidura. ¿Tú no te alegras de verme para nada?

—Sí, me alegro de verte —dije automáticamente.

Ella resopló por la nariz.

—Eres un formal hijo de puta ¿no es cierto? Un político típico. ¿Por qué no te distiendes y eres tú mismo?

Me reí.

—¿Qué preguntas tan mezcladas me haces! ¿Dónde está Dan?

—Está enfermo —me hizo un puchero.

—¿Qué le sucede?

—Es mejor que vengas y lo veas si hasta ese punto prefieres la compañía masculina.

Sin decir otra palabra, me condujo al pasillo que ya conocía, más allá de mi celda, a través de una puerta roja y a lo largo de un corredor infinitamente más rico con pinturas abstractas en las paredes. La alfombra estaba desgastada por el recorrido de ruedas paralelas. Al final del corredor, Heather me hizo señas de que aguardara y entró en un cuarto cuya puerta permanecía abierta. Hubo el murmullo de una conversación, y luego ella me llevó junto a Dan.

Dan estaba en cama en un cuarto que era una mezcla de dormitorio y quirófano. No tenía ventanas. En una de las paredes desfilaba una rápida sucesión de imágenes Comsat.

Mortimer Dan se apoyaba sobre cojines; a su lado tenía una escopeta recortada. No le era posible utilizar el arma; la silla de ruedas con los brazos de cyborg se veía grotesca a un lado de la cama; un manto cubría las mezquinas protuberancias de los hombros.

Llevaba un vendaje alrededor de la cabeza como un turbante. Le cubría el ojo izquierdo y parte de una mejilla. Vi profundos rasguños que le recorrían las mejillas, el cuello y el pecho. Su ojo derecho me miraba con una ira indecible.

Algo sobrecogido fui a su lado y le pregunté qué había sucedido. Su voz era espesa, apenas reconocible.

—Estaré bien en un día o dos. He ingerido narcóticos. Es la fiebre... La pillé junto a esa maldita tumba. Usted tiene que montar guardia aquí hasta que yo mejore, ahora que ha vuelto. Atacan de noche. Esta noche estarán de nuevo aquí. ¿Cómo entró en el edificio?

Se lo dije y su airada mirada se dirigió a Heather.

—Tú debiste haber estado vigilando. Te matarán si irrumpen aquí. Han gustado la sangre y algo de poder. No es broma... Mientras estoy aquí acostado una frase me vuelve a la cabeza una y otra vez. No me sorprendería que fuera del viejo Nietzsche. El poder corrompe, pero un poco de poder corrompe absolutamente. Eso es lo que les ha sucedido. Debi, usted, Heather y Da Silva deben turnarse...

—¿Qué le sucedió a usted? —volví a preguntar.

—Se lo dije. Cogí fiebre en el Lugar de la Muerte. Y el viaje en coche me afectó. Bajé la guardia... no es posible confiar en nadie, Robens. Cuando pienso en cómo el mundo se puso en mi contra aun en el vientre de mi madre, no sé cómo he sobrevivido tanto. Un día cuando esté mejor, hundiré toda esta maldita isla bajo el mar... —le empezó una crisis de ahogo.

Miré inquisitivo a Heather. Ella me hizo una seña con los ojos y le dijo a Dan: —Iremos a quitar ese poste del cercado para no correr riesgos. Y volveré pronto para verte. Quédate tranquilamente acostado.

De nuevo en el corredor, ya se apretaba contra mi otra vez.

—Es fiebre, Calven. Divaga. Le he suministrado narcótico, pero tengo miedo, de veras. Es un infierno estar en esta situación.

—¿Qué sucedió? ¿Bella lo atacó? ¿Dónde está ella?

—No sé de cierto qué sucedió. Fue Bella, claro... ¡Eh, no creerás que yo arañé de esa manera, supongo! Yo calculo que él cayó o tropezó o algo así y ella lo atacó cuando él estaba caído. No me atreví a entrar. Él le disparó y ella desapareció.

—¿Está con el Pueblo Bestial?

—¡Oh, ojalá fuera así! No, está aquí en algún sitio. Huyó a los laboratorios y se encerró. Cal, tendrás que ir allí y matarla... y a cualquier otra criatura que encuentres viva. Me divertía ver como todos me suponían de su lado.

Abrimos la puerta exterior y entramos en el recinto donde los potes de pintura de Maastricht todavía estaban en derredor. Me era posible oler a George por sobre la

palizada.

—Déjame salir y arrastraré el poste hasta aquí dentro. Así nadie más podrá usarlo —había aceptado la idea de un sitio sin cuestionamientos.

—¿Puedes quitar esa cosa horrible que han clavado allí fuera?

—Quizá en otra ocasión.

—Ese hedor me haría vomitar, si vomitar no fuera tan indigno...

Considerando las circunstancias, Heather se mostraba serena y eficaz. Traté de experimentar menos hostilidad hacia ella mientras arrastraba el poste al recinto. Ella estaba junto al portal y vigilaba. Recordé que era experta en karate y sabía que estaría pronta a emplear su arte contra el Pueblo Bestial si la ocasión lo exigía.

En poco tiempo teníamos el poste apoyado contra el vallado y cerrada otra vez con cerrojo la puerta exterior.

Cuando entramos, aliviados por dejar atrás el enfermizo aroma dulce de la corrupción, dije: —Dan me dejó librado a la muerte en el cementerio... Tuve que atravesar el infierno para llegar aquí. Tú no le prepararías un bocadillo a un hombre necesitado ¿no?

—Creo que me preocupo demasiado por Mon —dijo ella—. Perderá la vista del ojo izquierdo a no ser que tenga mucha suerte... Claro, te prepararé algo de comer... debes de estar hambriento. Luego quizá no te vendría mal una ducha y cambiar de ropa. Hueles casi tan fuerte como George allí fuera.

Sí, una chica civilizada, pensé. Había estado afuera tres noches y tres noches de supervivencia en la Isla de Moreau era como un siglo en otra parte; todo lo que dijo fue: «Te prepararé algo de comer». Tuvo el tino de no querer saber lo que me había sucedido.

No perdí tiempo en pensar en ella. No bien la oí en la cocina, me dirigí al otro corredor probando cada puerta al llegar a ella. Tuve suerte con la segunda. Era el cuarto de la radio. Entré, echando el cerrojo detrás de mí.

El aspecto del equipo era imponente. En su mayor parte me era familiar. De hecho, en su mayoría era un USCFinormal, un Mk IV MVFQ 12. Canturreaba alegre para sí con las cintas prontas para girar cuando alguna señal de entrada las pusiera en movimiento. Era sencillamente una belleza.

Sintonizando la longitud de onda de San Diego, puse la señal en envío y emití una onda portadora. La respuesta fue casi inmediata. Surgieron claras voces americanas y unos pocos segundos más tarde estaba hablando con el Capitán Jimmy Hobans del Servicio de Rescate Naval. Con la precisión de que fui capaz, le di mi posición geográfica y un esbozo de la situación.

—Parece desesperada —dijo—. Aguante —silencio por diez segundos—. Le enviaremos un helicóptero de la Marina desde una base en Fiji. Llegará... Espere mientras examino el pronóstico del tiempo.

Podía oír los ruidos de fondo de su despacho en San Diego hasta que estuvo de nuevo al habla.

—El tiempo en la zona en que se encuentra se prevé bueno durante las próximas veinticuatro horas, aunque hay informaciones acerca de actividades interceptantes del enemigo. Pero ordenaremos que el helicóptero vuele bajo y estará con usted, digamos, en siete horas o siete horas y media. No más. Ocho horas como máximo.

Miré el reloj colgado en la pared. Eran las 16.09. Sería medianoche antes que el helicóptero llegara.

—Estaré esperando —le dije a Hobans.

—Tendrán lugar para cinco personas y una camilla ¿de acuerdo?

—Más que suficiente —le di un número para que llamara a Washington e informara de que me encontraba aún con vida y él prometió que lo haría.

—Lo veré pronto.

Espero que así sea, pensé, mientras apagaba la radio. Distaba mucho para la medianoche todavía.

11. OTRA VISITA PARA EL AMO

ESTABA al mando de mi propio destino otra vez en la medida que eso sea posible en nuestras complejas sociedades. La guerra estaba provocando cambios en todo. Viejos órdenes y estados podrían estar hundiéndose en la oscuridad y surgiendo otros nuevos; pero cuando menos las estaciones de radio contaban con personal todavía y los helicópteros volaban. Ésas eran las cosas que yo entendía y a las que me atenía, aunque mi experiencia en la Isla de las Focas me era aún demasiado vivida como para disfrutar de ellas por el momento.

No importaba. La Administración podía dominar el caos. Aun antes de abandonar la mesa de la radio, ya estaba haciendo proyectos. Cuando el helicóptero llegara, Dan, Heather y Satsu irían en él conmigo. Dan necesitaba ser hospitalizado.

Informaría acerca de la situación de la isla no bien regresara a Washington. Habría a continuación una encuesta oficial y una reorganización completa del Departamento que cedía fondos con tanta negligencia para los experimentos. Los experimentos se investigarían, se les pondría término y se les retiraría el apoyo financiero, si me era dable expresar mi opinión. Se establecería una dotación médica básica para que procurara un tratamiento humanitario para el Pueblo Bestial mientras durara su existencia natural. Podría también sugerirse su esterilización con el fin de que no se procreara otra generación de desdichados.

Perfectamente. Con Dart fuera de acción, sólo quedaban dos problemas que solucionar antes de medianoche. Esos problemas eran Bella y Zorro. Era preciso encontrar a Bella y procurar que ya no le ocurriera daño alguno. En cuanto a Zorro, consideré que sólo si me era posible razonar con él, podría mantener al Pueblo Bestial bajo control; quizá podríamos convenirlo en su legítimo jefe... de ese modo no cabría ya esperar que se quebrantaran la ley y el orden.

No habría derramamiento de sangre. Cuando hablara con Zorro, averiguaría qué había sido del pobre Bernie. Quizá sería posible darle una vida más feliz si aún seguía con vida. Podría aún encontrarle un trabajo doméstico liviano en casa, quizá en la granja de mi padre.

Todo esto había decidido para mi satisfacción antes de abandonar el cuarto de la radio.

Afuera estaba Heather.

Toda suavidad la había abandonado. En las líneas de su cara, en las tensiones de su cuerpo, vi una decisión letal. Me apuntaba con un arma que ya había visto antes: la gemela de la que había llevado Da Silva unos pocos días atrás. Vi que me había llegado el momento. La verdad surgía entre nosotros con los colmillos al descubierto.

A ninguno de los dos nos fue preciso hablar. Me había pillado en el cuarto de la radio ¡e intentaba matarme! Yo intentaría impedírselo desarmándola o matándola.

Salté sobre ella.

Pero fue un largo salto; en el aire electrizado que nos separaba vi que su brazo derecho se alzaba. Sin otro cambio alguno de actitud, hizo fuego contra mí. El arma hizo un ruido, algo así como ZZlitt, muy distintamente.

—Funciona con aire comprimido —me dije incoherentemente, mientras se me doblaban las rodillas y caía hacia delante tratando de coger, sin lograrlo, el aguijón ardiente que irradiaba desde bajo mi hombro izquierdo hacia el resto del cuerpo.

Heather se echó hacia atrás y me miró caer.

Todos los músculos se me habían aflojado. No había modo en que pudiera salvarme. Caí como un árbol condenado girando para yacer boca arriba en una posición esparrancada. Heather pasó por sobre mi, mirándome con una frialdad profesional más espantable que el destino.

El calor me recorrió el cuerpo; creí que agonizaba. Sin embargo, mi cerebro permaneció lúcido. Desapegadamente, me convencí de que había sido alcanzado por un dardo con un veneno mortal de acción inmediata.

Mientras tanto oí que Dan llamaba débilmente desde el corredor. Heather se inclinó sobre mí.

—El Amo siempre creyó que eras un agente del enemigo —dijo—. Yo no, pero parece que me equivocaba. Ahora puedo comprobarlo.

Entró al cuarto de la radio. Había oído lo que ella había dicho, pero me era difícil hilar las palabras y encontrarles sentido.

Yacía allí mientras paisajes enteros de dolor y de tiempo desfilaban. Finalmente reapareció Heather. Me rodeó y desapareció en la dirección de —¿cómo se llamaba aquel hombre?— del cuarto de Dart.

Más paisajes, más eternidades. Traté de pensar en Lorta.

Heather estaba de regreso y se inclinaba sobre mí. Me levantó la cabeza.

—Cal, sé que puedes oírme. Escucha, estás libre de sospecha. Todo mensaje que sale de aquí queda automáticamente grabado, de modo que pude escuchar tu mensaje. Estás libre de sospecha. No eres un Agente Soviético, no eres más que el maldito, torpe, político naufragado que siempre afirmaste ser. Te daré algo que contrarreste el anestésico que tienes en el organismo y estarás derecho otra vez como un árbol en un momento.

La mujer guerrera había sido dada de baja. Con el cuidado de una enfermera, me apoyó contra la pared, buscó una aguja hipodérmica y me inyectó un fluido claro en el torrente sanguíneo. Luego me trajo una taza de café, café verdadero y no sintético. El tiempo empezó a transcurrir para mi otra vez.

Me ayudó a ponerme de pie y casi me arrastró hasta mi vieja cama donde me hizo acostar cómodamente.

—Te burlaste de mi, Cal, hijo de puta. ¡Pedirme un bocadillo! —dijo—. Fui una tonta en dejarme engañar tan fácilmente. Ha resultado bien... ahora estás libre de sospecha. El Amo estaba convencido de que no eras lo que afirmabas. ¿Supongo que

sabes por qué?

No sabía por qué, pero me era imposible hablar, formular la pregunta con palabras. Sentía que el antídoto estaba actuando, que me animaba.

—Ahora tengo que adaptarme a actuar contigo como con alguien que tiene influencias en Washington —dijo—. Es gracioso, teneros a Morty en cama en un cuarto y a ti en otro... Me da la oportunidad de interceder por él. Realmente necesita más fondos y más ayuda; el Departamento es tan avaro en ese aspecto. Podrías hablar en nuestro favor. Sé que tienes prejuicios acerca de lo que se desarrolla aquí, Cal, pero te llevaré a recorrer los laboratorios, que no has visitado todavía, y verás lo bien aprovechados que están a pesar de todas las dificultades. Necesitamos tu ayuda, Cal, de veras.

Se sentó en la cama y se apretó contra mi mirándome a los ojos con dulzura.

—Fue el Departamento el que me envió aquí. Tengo experiencia con los animales. La intención del Departamento era que fuera la guardaespaldas y la asistente personal de Morty...

Su calor y su perfume eran cosas contra las que luchaba aun en mi debilidad. También rechazaba lo que decía y gruñí en señal de protesta.

—Eso no lo sabías, Cal ¿no es verdad? —miró el espacio casi con añoranza—. Quizá ya comprendan a Morty. ¿Recuerdas cuando el Islam buscaba pendencia y al mismo tiempo las fuerzas cubanas invadieron Samoa? Un mal momento para el país. Llegué a la Isla de Moreau en un avión privado, cortesía del Departamento, aparentando que huía de Samoa. Morty me aceptó y aceptó mi historia. Y ¿por qué no? Sabe que todo el maldito mundo está volando en pedazos... —suspiró.

Reinó un pesado silencio en el cuarto... el bramido que oía no provenía del océano fuera del edificio, sino de mi oído interno, donde las olas de la vida retornaban. Luego volvió a hablar con sus labios cerca de los míos.

—Lo que quiero que entiendas bien, Cal, es la importancia de Morty para el esfuerzo que impone la guerra. Estoy orgullosa de servir, de hacer algo, cualquier cosa... sentir que por fin yo... bueno, es difícil expresarlo con palabras, pero supongo que por fin tengo un trabajo aquí digno de mi capacidad. Me aburro a veces, claro, por causa del aislamiento, pero no todas las mujeres tienen las oportunidades que yo tengo aquí. Quiero decir, hago el trabajo de un hombre... más todavía.

Se retorció y se inclinó todavía más.

—Esperemos ocho años o quizá diez, y creo que veremos en la Presidencia de los Estados Unidos a una mujer... lo que quede de los Estados Unidos de cualquier modo. Mi jefe en el Departamento piensa como yo.

Me acarició la cara.

—Ésa es una ventaja que puede apuntarse a favor de la guerra. Sé que es espantoso, miles de personas muertas como ganado en todo el mundo, pero cuando menos las actividades resultan claras y es posible verlas tal cual son. Sin fingimientos. La gente es amiga o enemiga ¿sabes a qué me refiero? Quiero decir,

vencemos nosotros o vencen ellos, y eso simplifica todos los problemas. Es como ver una vieja película de pandilleros en cierto sentido.

Ahora estaba acostada apretada junto a mi.

—Debes dar una información positiva acerca de nosotros cuando vuelvas a Washington, Cal. De lo contrario, podrías verte en dificultades. Quiero decir, estamos en guerra y es preciso mantener los secretos. Amenazaste de muerte al Amo y eso a él no le gustó... Somos tus amigos, recuérdalo. Muy bien, no eres partidario de algunas de las cosas que aquí suceden, pero cosas mucho, mucho peores ocurren en los bloques de la Unión Soviética y el Islam en una escala mucho, mucho mayor. La Isla de Moreau no es más que una gota en el océano. La gente tiene que sufrir...

Me las compuse para emitir un fuerte gruñido.

—Cal ¿sientes algo?

—¿Qué Departamento te emplea, Heather? —Por fin pude articular las palabras.

Ella sonrió.

—Eso es lo que tenía perplejo al Amo, supongo. Sabes, tu Departamento es el que nos financia aquí... el Departamento de Estado. Supimos que si eras el que pretendías, tendrías que haber tenido conocimiento al menos de la existencia de la Isla de Moreau.

La vida y el control me habían sido devueltos. Quizá el choque que me produjo Heather contribuyó a ello. La convencí de que fuera a buscarme alimentos y bebida y me senté a un lado de la cama. Eran las cinco y diez.

Su revelación no alteraba lo que tenía que hacer cuando volviera a Washington. Daría mi información y presentaría la renuncia. En algún sitio del lugar donde trabajaba, quizá en una caja fuerte en un despacho a lo largo del corredor donde se encontraba el mío, había un archivo. Tendría un nombre en código. En ese archivo vivía la otra Isla de Moreau, un doble de la isla real, una atildada pequeña utopía extractada en párrafos y subencabezamientos. Tendría seguramente un seco sentido legal. Abstracto. Y habría allí cifras claramente registradas, y los contables año tras año obtendrían con sumo cuidado el balance de todas las columnas.

Era esa otra isla la que tendría que destruir. La isla real no podría existir en su forma actual sin esa otra isla de sombra en un archivo, guardada en una caja fuerte en mi Departamento en Washington.

Con cuidado abandoné la cama y empecé a pasearme de un lado al otro. Cuando Heather volvió con un pequeño almuerzo en una fuente, volvía a sentirme yo mismo.

Cuando terminé de comer, oímos un ruido distante.

—Ése es Morty —dijo Heather alarmada—. Está tratando de levantarse de la cama. Debo ir a cuidar de él, de lo contrario se lastimará.

Me quedé sentado sólo por un momento, luego me levanté, abandoné la habitación y avancé silencioso por el corredor principal. Heather había ido por el corredor lateral a la habitación de Dan. Seguí mi camino hasta llegar a la puerta frente al cuarto de control. Era una de las entradas a la zona de los laboratorios.

Aunque Heather me había ofrecido una visita guiada a los laboratorios, me pareció mejor idea echar una mirada por cuenta propia. Por una parte, quería averiguar qué le había ocurrido a Bella. Heather había dicho que Bella estaba prófuga de los laboratorios, pero cuanto más pudieran cotejarse las palabras de Heather con la realidad, mejor era.

Escuché junto a la puerta. Probé la cerradura. Estaba cerrada con llave, como era de esperar. En el cuarto de control había pantallas monitoras que mostrarían lo que estaba ocurriendo en los laboratorios, de eso estaba convencido. Antes de hacer la prueba con ellas, llamé quedo el nombre de Bella a la puerta del laboratorio.

Inmediatamente hubo un movimiento al otro lado. Alguien había estado en silencio escuchándome. Hubo un ruido como el de una serpiente que cruzara un suelo de planchas de madera. Una llave giró en la cerradura. Cuando la puerta empezó a abrirse, supe que no sería Bella la que se presentaría del otro lado.

Lo que vi era algo tan espantable, tan imposible, que podría haber salido de las páginas de un cuento de hadas maligno. Di un paso atrás y esa cosa habló.

—No sé quién es usted —dijo—, pero si está al servicio del Amo, debo darle la bienvenida.

¡Esa perfecta dicción y la conveniencia de las palabras escogidas! Cuánto más aceptable era el vocabulario fragmentario del Pueblo Bestial, que en cada sílaba distorsionada reflejaba su propia vida igualmente distorsionada.

La criatura que tenía delante era una aberración de la forma humana mayor aún que la de ellos. No alcanzaba al metro y medio de estatura y su cuerpo era desproporcionadamente grueso. Tenía las piernas muy cortas, de modo que los brazos casi le arrastraban por el suelo. La cabeza de forma cefálica terminaba casi en punta por detrás. La falta de cabello recalcaba todavía más esta anomalía craneal.

La distorsionada estructura ósea daba también cuenta de la fealdad de la cara de la criatura, que era inusitadamente carnosa. La frente abultada casi le cubría los ojos, mientras que la barbilla se le curvaba hacia arriba ocultándole casi la boca. No podía decirse que tuviera nariz. Me recordaba dibujos que había visto de fetos de siete meses. No obstante, la sensación general que provocaba era la de un gnomo maligno.

La repugnancia natural que producía se acrecentaba todavía más por la extraña cualidad de la piel, que tenía un mortecino color gris y una textura muy escamosa. El gnomo estaba cubierto de una fangosa piel de serpiente.

Como estaba obligado a echar atrás la cabeza para mirarme tuve la impresión de que estaba viendo la cara de alguien que se hubiera ahogado mucho tiempo atrás. Aun los ojos los tenía acuosos y sin vida.

Sin embargo, se movía con naturalidad y soltura haciéndose a un lado para darme paso y aun tendiéndome la mano. Las uñas se curvaban de manera protectora sobre las yemas. No tuve el coraje de estrechársela.

—Bella —dije—. Vine a ver a Bella.

—¿De veras? Bella provocó una gran destrucción, de modo que tuvimos que

hacernos cargo de ella. Agoniza en el cuarto de al lado. La persuadimos de que su vida no era digna de ser vivida y le concedimos autorización para el suicidio. No tiene ya por qué preocuparse.

—Debo verla. Lléveme junto a ella, de prisa.

Cuando me dirigí hacia la puerta que el gnomo me había indicado, dijo: — Vosotros, la Gente Paterna, sois muy impulsivos.

Tan escasa inflexión había en su dicción, que no sabía si hablaba con envidia o con burla.

El cuarto en el que me encontraba era el primero del complejo del laboratorio, que estaba lleno de cuartos y de divisiones diferentes. Esta antesala era un despacho en el que lo primero que noté fueron un conjunto de anaqueles con archivos y una terminal de computadora. Había sangre por todas partes, como si se hubiera librado una batalla. En el rincón junto a la puerta del otro extremo yacían cuatro pequeños gnomos espantosamente magullados.

El cuarto siguiente, un laboratorio en pleno con equipos caros e hileras de cultivos bajo cristal a lo largo de uno de sus lados, presentaba una escena de estragos todavía más grande. Me maravilló pensar en cuántos hombres gnomos debían de albergarse allí. Cuando menos una docena de ellos yacían muertos en el cuarto. Estaban bañados en su propia sangre, cuyo denso olor saturaba el aire.

En uno de los rincones distantes estaba tendida Bella. Se le había caído la peluca y creí que estaba muerta. Cuatro gnomos estaban alertas cerca de ella con los brazos caídos a los lados. Dos de ellos eran mujeres, por el vestido. Como los hombres, eran calvas. Cuando se volvieron para examinarme, vi un ligero desarrollo de tejido mamario bajo las blusas.

Empezaron a preguntarme el nombre, pero no hice caso de ellos y fui al encuentro de Bella. Cuando me arrodillé a su lado, levantó la cabeza con furia. Yo me eché hacia atrás para evitar que me mordiera. Pero me reconoció y dijo: —Usted Cuatro Miembros Largos, no gusta verme azotada— cerró los grandes ojos.

Junto a ella había una hipodérmica de plástico rota. Toda su túnica y sus manos deformadas estaban cubiertas de sangre.

—¿Por qué no fuiste con tu gente cuando tuviste oportunidad de escapar, Bella?

—Propia gente usa muerte, igual sigo a Amo demasiado tiempo —empezó a jadear—. Bella huele como Amo, provoca dificultades.

Le cogí la cabeza en mis brazos y ella me permitió hacerlo. No era más que un animal agonizante, sin embargo —tal era la voluntad de comunicación que había entre nosotros— en este momento era quizá más humana que nunca lo había sido. Las palabras y los pensamientos luchaban todavía en su cerebro de bestia.

—Hago cosa mejor aquí... trato matar a Amo, mato muchos hombrecitos malos aquí. Muchos muertos, cosa mejor. No más dificultades, basta azotar.

—Sí, sí, Bella. Este sitio es maligno. Pronto será clausurado.

Ella pareció no comprender.

—Bella toda cerrada, cosa querida —se ahogó al pronunciar esa extraña expresión de cariño; luego levantó la cabeza por un momento—. Bella más dificultades con el Gran Amo del Cielo ahora.

¿Qué pasión me desgarró?

—¡Eso no es cierto, Bella! Todo eso es una mentira. No existe Gran Amo en el Cielo. Después de la muerte no hay nada, nada en absoluto. Silencio, Bella... Sólo silencio. Sólo paz. No Gran Amo. Nada de archivos fantasmas donde no eres más que un detalle en un presupuesto. Al diablo con todo. Es mejor creer en eso Bella. No existe otra isla a la cual debas ir.

—Creo que podrá comprobar que el animal ha fallecido —dijo una de las mujeres gnomo. Cuando me tocó el hombro, lo retiré.

Apoyando la cabeza de Bella en el suelo, me puse en pie y dejé a la genticilla atrás. Estaban haciendo un poderoso comentario técnico sobre la situación al que no presté atención.

¿Por qué sentía semejante pena? Me cortaba como un cuchillo. Era como si me hubiera despojado de mi propia vida. Recordé la cara despectiva de mi primera esposa. La había golpeado y ella se apartó de mí, desdeñosa, sin pronunciar una sola palabra. Me fui corriendo de ese sitio y volví a mi dormitorio, donde estuve un rato con la cabeza en los brazos y los codos apoyados en la pared. Todavía flotaba su cálido olor animal.

Podría haber llorado por la mancillada inocencia animal de Bella. Reflexioné en cambio con avergonzada intensidad sobre los males de que había sido testigo durante mi estadía en esta roca de pesadilla.

Ante mis ojos se alzó un espectro electromagnético del tormento terreno en el que todo lo que podía acontecerle al hombre estaba dispuesto en orden, desde el Mejor Acontecimiento en el extremo de la luz, hasta el Peor Acontecimiento en el extremo de la sombra. En ese espectro no había sitio para conceptos como Bien o Mal. Pensé en los lugares comunes que había espetado sobre ese tema y por poco no me echo a reír. El color más claro del espectro era una sensualidad plena y generosa; el más oscuro estaba representado por las innominables criaturas con las que acababa de ponerme en contacto.

¡Cuán engañado había estado y qué seguro me había sentido en el engaño! Y era culpable de gran parte de lo ocurrido. Aunque Dan era responsable de su gobierno, también yo era culpable. En un relámpago de terror, me vi de regreso en Washington revisando el archivo de Moreau, dando voz a mis acalladas condenas... sólo para encontrar el sello de mi propia firma en la autorización original...

Mi llegada a la isla había sido la señal para el desencadenamiento de la muerte.

Hans Maastricht. Se las había compuesto para beber y trabajar sin riesgo por años antes que yo llegara y rompiera el equilibrio. Y después de su muerte, todas las otras habían seguido. Me había negado a rescatar la escopeta de Hans de la laguna. De modo que Zorro se apoderó de ella y dañó y finalmente dio muerte a George. La

refriega en el funeral de Hans me había impulsado a ir en busca de Warren con ayuda de Bernie. De todas las víctimas, Warren era de la que me sentía más culpable. En esa noche espantable en la que murió, creí que el fiel Bernie también podría haber muerto; y si así era, habría muerto porque se había mostrado mi amigo... Y además Bella...

Pero aquí mi auto recriminación se agotó. ¡Vaya, acabaría por darme de golpes en la cabeza por mis ex esposas! Era inútil revolcarse en la culpa. El modo de redimirme ahora era actuar, tratar de llevar a cabo el resto de mi plan en relación con Zorro antes que el helicóptero llegara. Vi claramente que tendría que tener acceso directo a las criaturas del laboratorio. Dan ahora me concedería la oportunidad de hacerlo.

Consulté mi reloj. Eran las 17.51. El sol aún ni siquiera se había puesto.

12. EL PROCESO DE FRANKENSTEIN

EL Amo estaba incorporado en la cama con la cabeza y la mitad de la cara todavía envueltas en vendajes.

—Quizá recuerde, señor Robens, una pequeña charla que sostuvimos anteriormente sobre quién era el que estaba librando esta batalla. Creo haberle dicho que era un acto de vosotros los normales y no de nosotros los fenómenos. El asunto ha cobrado tales proporciones, que estamos todos involucrados. No sabe hasta qué punto estoy involucrado... no es una feria de diversiones lo que estoy administrando aquí, ya lo sabe.

Dado que finalmente hemos comprobado que es en realidad el figurón que usted siempre ha afirmado ser —un político pomposo más, cuya mano izquierda no sabe qué está haciendo la derecha—, permítame decirle que hombres cumbres de los cuerpos militares y médicos de los equipos de guerra Co-Aliados han volado hasta aquí muchas veces para arrodillarse y tocar el suelo con la frente ante mi para obtener nociones superficiales acerca de algún nuevo gen, si eran lo bastante afortunados. ¿No es verdad, Heather?

Ella estaba de pie junto a la cama mirando remota algún punto de la pared. Asintió con la cabeza.

—Ya ve, usted cree estar al tanto, señor Robens, pero no sabe de qué se trata la guerra.

—Cuando termine con las generalidades —dije— recordará que le pedí cierto fundamento, aunque sólo escueto, de los gnomos que mataron a Bella.

—Esos gnomos, como usted los llama, figuran en los libros como RRSR, ¿de acuerdo? Son los RRSR, Robens, y no gnomos, sea como fuere que en su demencia los desprecie. RRSR significa Reemplazo Reserva Sub-Raza. Reemplazo Reserva Sub-Raza. Y eso es exactamente lo que son. Me marco un tanto.

»Le dije anteriormente que sigo aquí un programa complejo. Los RRSR son la culminación de una de sus etapas; así es de sencillo. Son la meta de esta isla. Las crudas técnicas de vivisección de McMoreau no fueron sino los comienzos de un aficionado. Después vinieron mis primeros experimentos en cirugía genética, de los que lamentablemente sólo sobreviven los dos Hombres Mono, Alfa y Beta. Ellos representan la profunda línea de investigación hacia la meta que siempre perseguía.

»Ve lo que una droga prenatal hizo conmigo... utilizada al azar con efectos azarosos. Desde la talidomida se ha descubierto toda una nueva gama de drogas que gobiernan la actividad celular y glandular. La dificultad consistía en ponerlas a prueba con seres humanos en condiciones controladas. Hay un límite en lo que pueda lograrse con conejillos de Indias, ratas, monos, ranas y todo el resto. Se necesitan seres humanos, así es de sencillo.

»Allí es donde interviene el Pueblo Bestial. Lo mejor después de los seres humanos. Pude lograr adelantos aquí, sin riesgos en mi islita, negados en los países con toda clase de leyes trapaceras sobre la antivivisección.

»Fui yo, yo solo el que logró estos RRSR a pesar de todos los biólogos presumidos y no sé qué más que vienen aquí de vez en cuando —los labios le temblaron, como si pensar en ellos lo turbara demasiado—. No tengo pie que me permita saber lo que piensa de mi, señor Robens, y no es mucho lo que me interesa, pero permítame decirle que yo —yo, sin manos ni pies— he logrado más que Colón o Genghis Khan. Es inútil explicarle lo que he hecho porque no entendería los términos con que tendría que hacerlo, pero básicamente he desarrollado drogas de dos especies que actúan de manera radical sobre la estructura fetal.

»Una droga (el *collectivum*) altera fundamentalmente el funcionamiento epidérmico y produce una cobertura exterior protectora semejante a las escamas de una serpiente e inhibe ciertos tipos de radioactividad. La otra droga inhibe los estímulos de la actividad celular y altera varios índices metabólicos básicos, especialmente todo programa pleiotípico.

»Suministrando estas dos drogas en combinaciones variables a los fetos provistos por el Pueblo Bestial, hemos desarrollado —abrevio una larga historia— a los RRSR, una verdadera sub-raza, que tienen varias ventajas en relación con la raza humana.

—¿Ventajas? —pregunté.

—Son inmunes a ciertas radicales letales para nosotros, gestan sólo en siete meses, maduran temprano, abultan menos, consumen menos alimentos, menos oxígeno. Todos factores claramente positivos para la escena catastrófica a que están destinados.

Incongruentemente, mientras hablaba, escenas de paz bucólica se deslizaban por la pared, acompañando el movimiento lento de una sinfonía de Haydn. Viejas casas blanqueadas con tejas de madera, lentas mujeres con cubos junto a las fuentes, viejos cercados, formidables prados desvanecidos en la niebla, viejos con viejos sombreros, fajinas de maíz, montañas, ríos, bueyes que arrastran carros decorados, ciervos, limeros y acacias florecidas, niños que corrían por un prado; estas imágenes aparecían y se desvanecían a compás de la música.

—¿Qué especie de satisfacción experimenta ahora que su obra está terminada? —le dije a Dan con dureza.

—La obra está lejos de estar terminada, no se confunda. Tenemos a los RRSR —y tres de los mejores especímenes están ahora en los Estados Unidos donde se los estudia—, pero no son perfectos todavía. Es necesario que procreen bien, que reproduzcan su propia especie y no monstruos. Al principio eran estériles, pero hemos superado esa etapa. Ahora una de las hembras está encinta y hemos puesto en ella grandes esperanzas. Pero hay mucho que hacer todavía. Como dice el refrán, Roma no se construyó en un día.

—¿Por qué está usted haciendo esto? ¿Por qué gobiernos comprometidos en una

guerra total toleran experimentos tan inhumanos? —le pregunté—. ¿De qué sirven los RRSR? ¿En qué acrecientan nuestra felicidad?

—No es usted tan inteligente como lo creía. Creí que se había dado cuenta, compañero. Correcto, se refiere usted a la guerra total... ¿Cuál será su consecuencia? Los Co-Aliados ganarán al final, pero ganarán pagando un precio formidable en vidas humanas. Usted piensa que esas cosas no me preocupan, pero no es así. El resultado será un mundo menesteroso... ése es el precio de la victoria, y en eso consiste la cuestión. La raza humana será diezmada, aire y tierra serán radioactivos.

Adoptó una actitud más positiva en la cama y cruzó las manos sobre su pecho estrecho.

—Pero si logramos engendrar a los RRSR, éstos pueden hacerse cargo de la enorme tarea de la reconstrucción. Ya se les está impartiendo adoctrinamiento acerca de los objetivos de los Co-Aliados. Serán menos vulnerables a la radiación que nosotros, se propagarán más de prisa, consumirán menos reservas por su menor tamaño. Son, de hecho, nuestro equipo de supervivencia para el futuro; aun quizá nos reemplacen. Aun cuando el cuadro no resulte tan lúgubre como lo he pintado, podemos encontrarles otros empleos. Sin prodigalidad no habrá menesterosidad. Los RRSR serían los tripulantes ideales de las naves espaciales. Puede que los vea todavía explorar las estrellas, mientras la pobre vieja humanidad se queda en casa... lo que quede de ella.

Si podía creérsele a este monstruo, estaba siendo testigo de la culminación del Proceso de Frankenstein. Los primeros pasos provisionales, tal como los registrara Mary Shelley, que adoptó Víctor Frankenstein para lograr una vida que se mantuviera fuera del orden natural de la creación, habían llevado a esto: podía concebirse un momento del futuro cercano en el que el orden natural sería totalmente suplantado por el artificial. Mortimer Dan, como Frankenstein y, por lo demás, también como Moreau, empleaban argumentos lógicos apoyándose en el progreso y la necesidad de sobrevivencia.

En este espectáculo de propagación pervertida, yo estaba perdido. Con un hombre como Dan el diálogo no me era posible.

—Las cosas se nos han escapado de las manos —dijo Dan a Heather con un gruñido. Ella le puso la mano en una mejilla como ademán de simpatía. Intercambiaron señales de miradas que no me fue posible interpretar. Yo me quedé donde estaba pensando de prisa. Estaba horrorizado con lo que había visto y escuchado y actuaría no bien hubiera llegado a Washington.

Puede que los experimentos de Dan fueran valiosos para el esfuerzo exigido por la guerra o no. Pero por cierto estaban muy mal dirigidos; ninguna de las matanzas habrían ocurrido en una organización bien administrada. Dan no era mejor administrador de sus asuntos que lo había sido el Moreau de Wells.

Al reflexionar en el estado ruinoso de la isla y, en particular, en la falta de personal —¿por qué no había personal americano al cuidado de los RRSR?—

comprendí, por la larga experiencia obtenida en proyectos similares, que la Operación Moreau estaba siendo abandonada. Quizá Dan no lo hubiera advertido todavía, pero en los Estados Unidos los pulgares se habían volcado hacia abajo ante su gran proyecto. Había sido invalidado. Quizá se les había sacudido el polvo y se les había dado nueva vida a los viejos programas de reproducción agámica de la década del ochenta; las investigaciones de Dan habían sido borradas. No sé cómo supe de pronto en lo más íntimo de mi mismo que a Dan se le habían quitado los fondos.

Y vaya si se enfadaría cuando lo supiera.

Probablemente mataría a los RRSR. Y también a mí, si me encontraba todavía en las intermediaciones. Podría ser patético; también era mortal.

Dan y la muchacha habían terminado su comunicación silenciosa. Mientras se metía con esfuerzo en sus arneses, me miraba fijamente.

—¿Comprendió lo que dije? Ya ve lo que viene teniendo lugar aquí, señor Subsecretario de Estado Robens, grandes cosas. Más grandes de lo que puede abarcar su mente burocrática. Estamos cambiando el futuro, yo estoy cambiando el futuro aquí, en la Isla de Moreau. Las cosas no van a ser tan fáciles como eran. Habrá diferencias radicales. Los seres humanos no tienen por qué conservar la misma antigua forma. Con el cambio de forma, se producen cambios en las funciones, en el pensamiento... Algo grandioso, por cierto...

Mientras hablaba se le afeó la cara, apretaba la boca. Sus ojos evitaban los míos. Estaba sudando.

Me volví. Heather me apuntaba con un rifle. Cuando alguien lo apunta a uno, primero se miran sus ojos para ver si la intención es decidida —lo era—, y luego el arma para ver qué clase de mecanismo es el que va a acabar con uno, si la cosa se pone mal. Utilizaba el rifle hipodérmico a que había recurrido antes. Era un modelo pesado, evidentemente apto para derribar brutos como George en un momento.

—Lo siento, Robens —dijo ella—. Ya tenemos bastantes dificultades. Eres *bona fide*, te lo concedemos, pero no nos hace falta que estés merodeando por todas partes en este momento panicular.

—Lo encerraremos unas horas, señor Robens —dijo Dan.

Yo estaba junto a la cama y los miraba al uno y a la otra. Heather estaba perfectamente ansiosa por dispararme, pero temía errar. Se me acercó.

—Átalo —ordenó Dan inclinándose hacia adelante. Oí que sus arneses crujían.

Esto a ella le planteaba un problema. No quería abandonar el arma. Miró un largo cinturón tejido de tipo chino que colgaba detrás de la puerta. Salté sobre ella.

Los reflejos de Heather eran rápidos. Con un único movimiento continuo dejó caer el rifle sobre la cama, se hizo a un lado y llevó el canto de su mano hacia mi gaznate. Pero yo me estaba moviendo también. Su golpe me dio sin daño bajo el brazo e incidentalmente le apliqué una trompada en la sien.

Casi de modo simultáneo me arrojé en busca del rifle.

Dan llevaba sus brazos protésicos. Una mano de metal y plástico me asió por la

muñeca y empezó a apretar. Me doblé de dolor: los miembros protésicos de Dan funcionaban con un motor. Cuando la presión cedió, el rifle estaba otra vez en poder de Heather, que me ató las muñecas con la habilidad de una experta. Había esquivado la plena fuerza de mi golpe.

—Buena chica —dijo Dan—. No estás realmente lastimada ¿no? Ponme en la silla e iremos a ver qué debe hacerse en los laboratorios. Esperemos que Da Silva se las haya compuesto solo.

—¿Dejamos a Robens aquí? —Su voz era perfectamente serena.

—¡Por cierto que no! Viene con nosotros donde podamos vigilarlo. Robens, sinceramente lamento esto, pero usted es verdaderamente una pulga en la oreja si alguna vez las he visto, y no le permitiremos volver a Washington para que nos cause dificultades.

—Asqueroso amputado mezquino, es mejor que me suelte o sus dificultades serán aún mayores. ¡Sabe que el helicóptero está en camino y por cierto no se irá sin mí aun cuando antes tengan que considerar clausurado su caso!

Mientras Heather lo transportaba con ternura desde la cama a la silla de ruedas, dijo —no mirándome a mí sino a un rincón remoto de la habitación:— Nosotros consideraremos clausurado su caso, amigo mío. Le recordaré algo que debería ya saber; ahora puede aplicarlo a la situación presente. El odio entre las naciones no es nada comparado con el odio interdepartamental. ¡Lo consideramos a usted clausurado para siempre!

Tenía un reloj digital junto a la cama.

—Es mejor que se dé prisa —le dije—. Con toda precisión su gobierno aquí termina dentro de cinco horas y tres cuartos.

Pero quedé preocupado. No sabía a qué se refería. Y no me gustó el modo con que me hicieron salir de la habitación, doblar la esquina y andar hasta la entrada del maldito laboratorio.

Da Silva trabajaba con aire de queja silenciosa, limpiando lentamente las manchas de sangre con un lavasuelos eléctrico. Había ya retirado los cadáveres de los RRSR —supongo que así tengo que llamarlos— y también el de Bella.

Los RRSR sobrevivientes, machos y hembras, se estaban allí observándolo. No intentaban escapar del laboratorio; ni tampoco adoptaron la actitud a medias servil, a medias amenazadora a la entrada del Amo, como lo había hecho el Pueblo Bestial. Lo miraron algo fríamente y una de las mujeres dijo con perfecta dicción y voz sin inflexiones: —Bella no le hizo tanto daño como se nos hizo creer.

—Lo bastante —dijo él palpándose el turbante.

—El Amo probablemente quedará ciego de un ojo para siempre —dijo Heather dirigiéndose principalmente a la hembra—. Le hace falta que lo cuiden con cariño.

—Tendrá que contentarse con usted —contestó ella de manera mustia.

—Eh... bien, sobreviviremos —dijo Dan—. Lamento todas estas dificultades. Esto no es una feria de diversiones, lo sabéis.

La hembra RRSR dijo:

—Tiene un sentido de la responsabilidad defectuoso si es eso todo lo que tiene que decir. Han sido muertos once de nosotros, con inclusión de 415, que estaba preñada, como bien lo sabe usted. Todos tuvimos mucho miedo. Según hemos podido averiguarlo, fue por descuido de usted que Bella irrumpió aquí. Ya le habíamos advertido del peligro potencial que representaba y le dijimos que se deshiciera de ella. Era un puro animal, sin el menor intelecto.

Vi cuánto molestaba a Dan este tono perentorio, y fue Heather la que contestó con aspereza.

—Hemos oído ya muchas quejas tuyas, 402. Sabe lo escasos de personal que estamos. ¿Por qué no hace usted algo para variar? ¿Por qué no está ayudando a Da Silva a limpiar?

—En primer lugar, no fuimos responsables de toda esta inmundicia.

—Id a la Sala de Examen todos vosotros —dijo Dan—. Quiero revisaros además de la prueba de sangre corriente.

Ante esto todos protestaron vivamente, pero fueron, y Heather siguió la silla de Dan no sin fijar en mí sus ojos oscuros. Cuando todos estuvimos en la Sala de Examen, que era un quirófano glorificado lleno de equipos de toda clase, cerró la puerta tras de nosotros.

La mujer gnomo a la que habían llamado 402, me miró y dijo: —¿Qué está haciendo aquí ese humano? ¿Figura en el Programa? Si es así, no lo reconozco. Deseo que se me dé información a su respecto.

—Si figurara en el Programa, no estaría atado —dijo Dan—. Es un cautivo, y estamos vigilándolo hasta que más tarde llegue el submarino. Entonces lo haremos partir en él.

Bajó la cabeza mientras hablaba. No pude verle la expresión.

—Si no figura en el Programa, no nos examinará estando él en la sala —estaba diciendo 402 mirándome con increíble repugnancia—. Así está escrito en nuestra Carta y no hemos olvidado la lucha que tuvimos que librar para que quedara establecido.

La discusión siguió, pero le perdí la huella. El Amo irritado por las ásperas lenguas de sus RRSR, había dejado escapar una palabra no destinada a mis oídos. ¡El submarino de suministros!

En la confusión general, me había olvidado del submarino y de su visita inminente. Planeaban entregarme a él como cautivo y presumiblemente llegaría pronto. Dado que sabían que el helicóptero estaría aquí a medianoche ¿era posible que el submarino llegara antes? Parecía probable. Por lo demás, podrían haberme arrojado a esa celda otra vez y olvidarse de mí mientras atendían a otros asuntos de mayor urgencia.

Sabía que ser entregado como cautivo al comandante del submarino me pondría fuera de combate por ciego tiempo. Eso era lo que había querido decir Dan con su

comentario: «El odio entre las naciones no es nada comparado con el odio interdepartamental». Una vez que la Marina de los Estados Unidos me tuviera en sus manos (y Dan me haría registrar cabalmente para no tener que rendir cuentas ante el oficial a cargo del helicóptero de rescate) no me entregarían de buen grado al Departamento de Estado. Meses o años. Ciertamente lo bastante como para que Dan me hiciera otros cargos e invalidara cualquier movimiento en su contra.

Una vez que estuviera en el submarino, mi causa estaba perdida.

Los RRSR adoptaron una posición firme respecto de mi presencia en la sala.

—Oh, muy bien, si insistís en poneros difíciles —dijo Dan—. Heather, lleva al amigo Robens a los rediles en el otro extremo y enciérralo allí ¿quieres? Déjalo atado.

—De acuerdo —dijo ella—. Aunque creo que cede ante este proyecto de gente con excesiva facilidad.

Cogiéndome del brazo de manera cordial, me internó aún más en el complejo del laboratorio. Las luces aquí estaban apagadas, pero vi que el planeamiento se había hecho en una escala generosa. Aunque Dan había hablado acerbamente de los animales experimentales como los ratones y los conejillos de Indias, los había aquí en abundancia en sus jaulas. Un mono chilló a nuestro paso tendiendo una mano implorante.

—Eres realmente la esclava de nuestro tullido amigo —le dije—. Trabajas para él, cocinas para él, te desnudas para él... ¿qué más haces?

—Un montón —me contestó—. Fui formada para este empleo y me enorgullezco en hacerlo bien. Me enorgulleceré en patearte los huevos si intentas hacer algo conmigo otra vez. —Me dirigió una dura mirada de reproche.

—¡Sí que disfrutarás con los RRSR! Tendrás que cocinar y fregar para ellos y limpiar el suelo de sus jaulas ahora que Bella ha muerto.

—Detesto a esos pequeños hijos de puta, si es preciso que lo sepas. Pero da la casualidad que son parte de mi trabajo. En cuanto a ese submarino —cuya mención debe hacerte erguir las orejas con tanta ansiedad— hace ya mucho que solicitamos más personal y guardias, y estarán a bordo en este viaje. Preocúpate por ti, no por mí. Puedo cuidar de mi misma.

—Y ser atractiva además —dije mientras me encerraba.

—¡Tanto que te importa a ti eso!

Heather levantó la llave para que yo la viera, se la metió en un bolsillo de la túnica y se alejó exhibiendo sus nalgas.

Estaba en una celda desnuda, una de seis contiguas. Las celdas estaban construidas de varas de metal de cincuenta milímetros. Eran verdaderas jaulas, con barras adelante, atrás y a los lados, y también arriba y abajo. Quedaban aseguradas en su sitio por pernos adheridos al suelo de hormigón. Al carcelero le era posible dirigirse a la parte posterior de las jaulas y llenar los cuencos allí provistos para el agua y los alimentos. Tenía la mente en blanco, aunque en parte teñida por la idea de

una buena comida.

El olor que había en el lugar me indicó que aquí era donde encerraban al Pueblo Bestial mientras Dan trabajaba en ellos.

Todo esto lo vi antes que Heather llegara al otro extremo del recinto. Cerró la puerta tras de sí al irse, dejándome en la penumbra. Las únicas ventanas estaban cerca del techo. Podía ver el cielo azul a través de ellas y algo de follaje. La única luz artificial venía de una máquina que relucía y resonaba para sí a unos pocos metros de donde yo estaba. Cuando un hombre es enjaulado, le asalta una especie de desesperación. Todos mis músculos se trabaron: mi sistema nervioso autónomo se negaba a transmitir un impulso que comprobara el hecho de que estaba en una jaula de la que no podía escapar.

Mientras estaba allí de pie agarrado a las barras respirando el crepuscular aire fétido, me llegaron sonidos, música que en un principio no pude identificar. La música no era más alta que un susurro; al dirigirse mi oído en su busca, la rigidez me abandonó. El susurro parecía decirme que en algún sitio, aun si sólo en teoría, existían cosas más felices que la serie de degradaciones con que me había topado.

A pesar del apuro en que me encontraba, esa música esperanzada me produjo una especie de encantamiento. Entonces reconocí lo que era. Era Haydn, otra vez Haydn y su condenada Sinfonía del Reloj. No Haydn, sino una cinta de Haydn proyectada automáticamente al complejo del laboratorio. Nadie estaba escuchando, ni Dan, ni Bella, ni Heather, ni algún mono postoperatorio que estuviera aprendiendo a andar con patas de león. Ese necio civilizado de Haydn no tenía derecho a dirigir la palabra a ninguno de nosotros que estábamos sufriendo a fines de este siglo de oscuridad.

Vociferando traté de acallar esa música insustancial. La vieja corte vienesa estaba muerta, y con ella, todas las límpidas resoluciones contenidas en sus armonías. En la isla resultaba un anacronismo obscuro. Por un momento, fuera de mí, mantuve una frenética actividad sin sentido. Cuando me recuperé, la música seguía sonando todavía, casi subliminalmente.

Empecé a buscar a mi alrededor algún objeto saliente con el que pudiera aflojar o cortar mis ligaduras; pero los constructores de las jaulas se habían ocupado de esa especie de ambición hacia ya mucho tiempo.

Me mantuve inmóvil y pensé en rezar. Pero ese complejo asunto tendría que resolverlo más tarde conmigo mismo. Por el momento estaba frenético de rabia y de necesidad de escapar. Traté de mecer las jaulas; todas cedieron unos pocos milímetros después de haber sido sin duda medidas al unísono por criaturas atormentadas, pero la esperanza de arrancarlas del suelo era vana. Sacudí la puerta; resonó, pero no se movió. Me puse en pie en el asiento de madera; desde allí podría estrellarme el cráneo contra las barras de arriba. No había nada efectivo que pudiera intentar.

Poco más podía hacer que quedarme allí y dejar que el tiempo pasara. Con ciertas contorsiones me era posible ver el cuadrante de mi reloj. Eran las 18.35. Quizá faltaran cinco horas para la llegada del helicóptero. Pronto se pondría el sol.

El tiempo transcurrió flotante sin senderos previstos. El aire se espesó, la luz menguó. Llegaba la noche. Y el submarino.

Mientras estaba allí rabioso fijando la mirada con inútil esperanza en todo objeto a la vista —si sólo pudiera alcanzar esa escalera, si sólo estuviera más cerca de ese batán— un sonido de pasos arrastrados llamó mi atención. Podía oír el ligero movimiento de los animales enjaulados en el otro extremo del recinto; esto era distinto y más cercano.

El laboratorio estaba construido de secciones de metal prefabricadas y unidas luego. En este extremo del laboratorio que daba al sureste de la isla, el techo se inclinaba hacia abajo hasta encontrarse con la pared detrás de mí a no más de dos metros sobre el suelo. En esta sección inclinada estaba la claraboya a través de la cual me era posible ver el extremo de la rama de un árbol y el cielo oscurecido. Había alguien en el techo.

En el momento siguiente apareció una cara en el cristal.

Sólo pude distinguir el confuso contorno de una cabeza y un agudo hocico.

Aunque los miembros del Pueblo Bestial no eran grandes amigos, en esta emergencia cualquiera era un aliado. No sé cuál sería su propósito allí arriba, pero estaban contra Dan y, por tanto, de mi lado. Mi temor era que, en la penumbra del laboratorio, no me vieran.

Echándome hacia atrás, me quité uno de los zapatos y golpeé las barras con él repetidamente haciendo tanto ruido como podía.

La cabeza se retiró de la ventana. Al instante siguiente fue reemplazada por dos cabezas. Dejé de golpear y extendí mi pierna hacia ellos entre las barras confiando en la agudeza de su vista. Y de cualquier manera, advertí, quizá estuvieran tratando de ver si uno de los suyos estaba entre rejas, pues conocían las jaulas desde hacia ya mucho.

¡Me habían visto! Uno de ellos —ahora estaba casi seguro de que se trataba de Bernie— levantó un palo y dio con él contra la ventana. El cristal se quebró y cayó tintineante al suelo. Estaba reforzado, pero los dos golpearon el alambre furiosamente y lo rompieron. No me atreví a alentarlos por temor de que, al descubrir quién era, me dejaran allí.

La malla de alambre cayó. Una de las dos figuras saltó y aterrizó blandamente en cuatro patas junto a mi jaula.

—¡Bernie! —exclamé—. Soy Robens, tu amigo ¿recuerdas? Buen muchacho ¡bien hecho!

—Buen muchacho, buen hombre, héroe, sí. ¡Gran cosa! Sin dificultades.

Se acercó a las barras. Vi el resplandor rojizo y vacío de sus ojos en la oscuridad que se espesaba.

—Sácame de aquí, Bernie. Abre la jaula, rompe la puerta, encuentra una barra fuerte si puedes.

Sacudió las barras con ruido.

—No llave, Amo ido. Usted en jaula como bestia triste.

—¡Sácame de aquí! ¡Encuentra una barra, ve a buscarla, buen muchacho!

Él se alejó vagamente, registrando y olfateando. Los monos levantaron gran bullicio, revolviéndose en sus jaulas, y yo tenía miedo de que Heather o Dan entraran. Pero Bernie volvió al cabo de un rato con una gran barra plana con uñas a un lado.

La insertamos entre la puerta y el marco por sobre la cerradura y arrojamos nuestro peso contra ella. Los dientes rechinaron y se apretaron, el frío acero pareció ceder un tanto. Una y otra vez apoyamos todo nuestro peso contra ella. Gradualmente la cerradura fue cediendo bajo la presión combinada. Un último empujón y la cerradura se rompió. Salí tambaleante de la jaula.

Bernie se estuvo un tiempo afanado con sus manos deformes en la correa que me ataba. Finalmente ésta cayó al suelo. Le palmeé el hombro.

—Muy buen muchacho, mi amigo —le dije.

—Usted aquí mal lugar, mi amigo héroe. Pronto Zorro Hombre pega fuego, usted Zorro Hombre, él pega fuego, pega fuego a todo el Amo. Mal lugar vamos pronto. Laboratorio al Gran Cielo.

—¡Magnífico! ¡Vámonos de aquí! —dije—. Cuanto antes mejor.

Poniéndome el zapato, fui corriendo en busca de la escalera que con tantos deseos había estado mirando y la apoyé contra la ventana rota. Yo subí primero al techo y ayudé después a Bernie a hacer lo mismo.

Me sobresalté al ver que su compañero en el techo era uno de los Hombres Mono, si era Alfa o Beta, si era el que había peleado conmigo en el techo de Warren o no, no lo sabía, pero pensé que debería evitar los techos en el futuro. Avanzó hacia mí, pero unas pocas palabras musitadas de explicación parecieron satisfacerlo.

Afuera no estaba tan oscuro como lo había imaginado. Apenas habían pasado las siete. Vi cómo las Bestias habían tenido acceso al techo. Una larga cuerda había sido atada a lo alto de un árbol a uno de los costados del edificio; el otro extremo había sido llevado a un árbol del otro lado, y asegurado a la misma altura. Era pues sencillo trepar a lo largo de la cuerda sobre el alto vallado y dejarse caer, aunque difícilmente podrían haber llevado a cabo su plan si los habitantes de la sede no hubieran estado ocupados en otra cosa.

Aun así era un plan ambiguo. Supe quién lo había concebido aun antes de verlo. Un impaciente gáñido nos llegó desde los arbustos a nuestras espaldas, Bernie le contestó del mismo modo y pude distinguir a Zorro que merodeaba al otro lado de la barrera. Pude distinguir otras formas, otros ojos, tras él; el Pueblo Bestial había enriquecido sus fuerzas. Zorro llevaba una luz de alguna clase.

—¡Eh, héroe! ¿Qué hace? Usted no Pueblo Bestial —me gritó—. Todavía tengo escopeta, yo ahora lo mato fácil.

—Ya bajo. Me alejo del Amo. Él no es mi amigo.

—Baje rápido.

Me alegraba de bajar. Me fue bastante fácil avanzar por la cuerda y deslizarme

por el árbol hasta el suelo. Zorro me estaba esperando. Tenía un viejo cuenco del ejército; en él ardían unas cuantas ramitas.

—¡Fuego!

Miré fijamente con curiosidad a la criatura que había intentado matarme. Parecía un verdadero bandido. Llevaba todavía la andrajosa capa mientras que en la cabeza llevaba el signo de la autoridad, el sombrero de goma de George.

Se golpeó el pecho con forma de proa.

—Zorro yo ya no miedo de llamas como el Pueblo Bestial. Yo disparo escopeta, mato a cualquiera ¿sabe héroe?

—Lo sé demasiado bien.

—Bien sabe. Nosotros Pueblo Bestial quemamos a Amo, echamos lugar de la muerte laboratorio abajo ¿sabe? Nosotros somos en este lugar Amo. Todos Amo.

—Nunca lograrán pegar fuego a este lugar con esa pequeña llama. Consigue una rama grande bien incendiada. Ve al extremo más lejano de la sede. Busca por el recinto. Muchos potes de pintura allí. Pertenecen al finado Hans. La pintura arde pronto y bien. La mejor idea. Deja caer la rama ardiente en los potes de pintura.

Su mirada roja atravesó la mía.

Hizo una señal de asentimiento con la cabeza. Cuando se volvió para poner en movimiento a los demás, dijo socarrón: —Yo ¿sabe? obtuve este fuego en lata de sus amigos en Roca de las Focas. Lorta, ella me dio llama cuando yo le di licor y carne de vaca enlatada. Usted gusta Lorta. Yo sé— solemnemente se palpó la cabeza, luego los genitales.

Después se volvió para guiar al Pueblo Bestial y poner el plan en marcha. Pasaron junto a mí con aire de conspiradores, grotescos de forma, pero ya no me eran ni la mitad de ajenos que lo que antes habían sido. Se habían aproximado al hombre. Yo me había aproximado a ellos.

Allí de pie en la oscuridad, antes de alejarme, al verlos pasar a mi lado, recordé que en la fábula de Wells, cuando las bestias de su isla habían degenerado lentamente de humanas a animales otra vez, resonaba una nota de melancolía. Estas bestias en cambio avanzaban lentamente de la animalidad a la humanidad; y no sentí que esa pérdida tuviera nada de melancólico.

La oscuridad ahora era completa. Estaba en desventaja entre los árboles. Zorro había ido a unirse al Hombre Mono y a Bernie en el techo; oí que Bernie gañitaba su aprobación de la presencia de Zorro: el pobre Bernie había encontrado a otro amo a quien seguir. Los otros animales avanzaban cautelosos a lo largo del vallado siguiendo el paso de los de arriba. Estaba libre de irme; ya había interferido lo bastante; lo que debía suceder ahora debía desarrollarse sin mi intervención.

Eran ya casi las siete y media. Dentro de cuatro o cinco horas el helicóptero de Fiji estaría aquí. ¿Y el submarino?

Lo mejor era mantenerme apartado fuera del peligro. En la oscuridad no podía ir muy lejos. Lamenté no tener una linterna ni un arma conmigo. Me pregunté por

Heather. Dan y el saturnino Da Silva debían aceptar cualquier destino que los aguardara; en cuanto a Heather, no podía deshacerme de una solapada simpatía.

Esperaría junto a la desembocadura de la laguna. El submarino llegaría allí, pero podía esconderme en el lado este de la desembocadura, donde el acantilado empezaba a elevarse. Desde allí podría vigilar también la sede.

La luna, ahora menguante, ya brillaba, aunque poca era la iluminación que procuraba. Avancé lentamente hacia el agua, a medias renuente a abandonar las inmediaciones de la sede. Mientras me iba una llama ascendió a mis espaldas.

La simple estratagema de Zorro estaba teniendo resultado. La pintura tenía por base lubricante más que plomo, y era altamente inflamable. La llama se extendió entre los viejos potes descanados de Maastricht alzándose y pegando fuego a las ramas de los árboles dentro del recinto. Una intensa luz se extendió y siguió creciendo. La fascinación de los incendios es tan grande que me volví para mirar. Dudaba si la flama sería suficiente como para pegar fuego a la sede misma.

El brillo de las llamas me permitió ver la figura de Zorro que bailaba en el techo. Al mismo tiempo salvajes gritos llegaron a mis oídos, y un grupo de miembros del Pueblo Bestial cargó contra el portal del recinto. Llevaban un ariete. Éste dio contra el portal con fuerza. Volvieron atrás y cargaron por segunda vez.

Antes que pudieran cargar por tercera vez, la escena se iluminó con una nueva luz.

Ésta era más fría y poderosa. Aproximadamente de forma circular, avanzó a mi derecha en los bosques sobre la aldea, y se deslizó rápidamente hasta que paralizó a los invasores del portal. Consternados, se quedaron inmóviles y se volvieron para mirar fijamente el reflector. Tardíamente, me arrojé de bruces al suelo. El submarino había llegado. El reflector brillaba desde su torrecilla. Eran las 19.35.

Las aguas de la laguna no estaban a más de sesenta metros de mí. Al mirar con los ojos entrecerrados la fuente de la luz, estimé que la nave estaría poco más o menos a la misma distancia de la costa. Me era posible oír la voces de la tripulación. Hablaban en inglés. De modo que los aliados de Dan habían llegado. Posiblemente estaba en contacto por radio con ellos.

Sólo por un momento quedó el Pueblo Bestial inmovilizado por la luz. Luego rompieron filas y se precipitaron en todas direcciones en la oscuridad.

Una ametralladora disparó desde el submarino. Lo hicieron algo tarde, pero vi que uno de los torvos Hombres Toro había sido alcanzado. Saltó en el aire, cayó con torpeza, rodó y allí quedó por tierra estremecido.

Como me encontraba peligrosamente cerca de la línea de fuego, me arrastré hasta llegar a la maleza. De lo que me felicito, porque el reflector había empezado ahora a mecerse de lado a lado y la ametralladora disparaba al azar. Una pesada forma caprina pasó torpemente a mi lado, cayó entre unos matorrales y se abrió camino entre la maleza, bramando de terror. Bajo esta nueva amenaza, los miembros del Pueblo Bestial resultaban peligrosos como nunca.

Era mejor atenerme a mi plan e ir al acantilado junto a la desembocadura de la laguna. Avancé nuevamente manteniéndome tan cerca del suelo como me era posible. Los disparos cesaron por un momento, presumiblemente porque no había ya blancos móviles; pero yo estaba demasiado ocupado en cuidar de mí como para preocuparme por lo que acontecía. De vez en cuando oía el sonido de cuerpos que se precipitaban frenéticos a través de la maleza.

Jadeaba después de trepar los últimos pocos metros y subir a una saliente rocosa. Allí podía tenderme escondido tras los matorrales de la acción que se desarrollaba en el centro de la isla. Durante un rato yací simplemente como un perro, esforzándome por recobrar el aliento.

Cuando volví a mirar, vi cuánto se había extendido el fuego alrededor de la sede. Árboles enteros ardían como antorchas. Imaginé que la misma sede estaría ya incendiada.

El submarino se veía claramente; el reflejo de las llamas en el agua destacaba parte de su silueta. Habían botado un esquife y estaba ahora junto al muelle, donde una panida de doce marineros y un oficial estaban desembarcando y formando fila con vivaz disciplina. Entretanto el reflector giraba lentamente sobre las panes circundantes de la isla. Cuando se me acercó, me así a la tierra. De vez en cuando la ametralladora volvía a hablar. Una pobre criatura aullaba entre las malezas.

Pensando que estaría más seguro si una roca me separaba de la arena, esperé hasta que la luz se hubiera alejado otra vez; entonces ascendí de prisa hasta la cima de la roca y me tendí cuán largo era palpando la oscuridad del otro lado en busca de un probable saliente. De lo contrario sólo habría una escarpada pendiente entre el océano y yo; las olas rompían sólo a un metro y medio por debajo de mí; sentía las salpicaduras en el brazo y la cara.

Lo que más se aproximaba a un saliente era un apoyo de roca sobre el que podría agacharme por corto tiempo al menos y sentirme a salvo; al mismo tiempo podría ser testigo de lo que ocurría.

Subí cauteloso sobre la roca y vi una luz en el mar. Tenía demasiado miedo de caer sobre las rocas y ahogarme como para prestarle atención hasta que estuve parapetado en mi lamentable apoyo.

Entonces vi que en el satélite de la Isla de Moreau, otro fuego respondía. El refugio de la Isla de la Focas ardía furiosamente. A través del manto de humo que flotaba sobre las aguas intermedias, vi que las palmeras se incendiaban de súbito.

Mi corazón se volcó hacia Lorta y los hombres risueños y la pequeña Satsu. Mi imaginación, con exceso de presteza, concibió la causa probable de la catástrofe. Les había concedido el don del fuego. Ellos habían avivado sus propias llamas y habían intercambiado el don —evoqué lo que me dijera Zorro— por licor y carne de ternera enlatada. ¡Con cuánta ansiedad sus alegres naturalezas se entregarían a la embriaguez! Y en esa orgia borracha habían incendiado su precario refugio y probablemente habían muerto entre las llamas. Miré y miré con vivo remordimiento

las aguas oscuras.

He aquí otro aspecto del proceso en el que había desempeñado un papel fatal...

Agazapado allí con sensación de fracaso, apenas noté los gritos que llegaban desde la laguna. Mis entradas de información estaban saturadas; no me hacían falta nuevos datos acerca del mundo. No obstante, como era humano, terminé por asomar la cabeza por sobre el nivel de la roca contra la que me agazapaba y miré una vez más la isla violenta.

Había más marineros en tierra. Una patrulla se había dirigido a registrar la aldea nativa. Sea inadvertidamente o siguiendo instrucciones le habían pegado fuego, de modo que otro fanal destructivo iluminó la noche.

La sede estaba ahora decididamente en llamas. El incendio inicial estaba también en su apogeo. Las chispas se elevaban en el aire tropical, girando en lo alto en efímera danza hacia las estrellas. Una panida de marineros estaba fuera del vallado y evitaba, según noté, al erguido George, que permaneció inmóvil en su puesto a lo largo de todo el proceso.

Los marineros estaban desempeñando tareas de auxilio y la razón de su presencia allí acababa de hacerse evidente. En perfecto orden Mortimer Dan y sus compañeros abandonaban el edificio condenado a la destrucción. La luz de las llamas era tan intensa, que me era posible distinguir claramente cada figura en particular.

Primero salió Heather que acompañaba a los RRSR. Todos avanzaban sin la menor señal de pánico que yo pudiera discernir, aunque era muy probable que ésta fuera la primera vez que la sub-raza abandonaba el laboratorio. En último término, después de Da Silva, salió Dart.

Me pregunté por qué habrían tardado tanto en abandonar el edificio; no porque se hubieran demorado en poner en libertad a todos los indefensos animales de experimentación. Dan debió de tener un motivo más práctico... o quizá en un principio sencillamente se negó a creer que su ciudadela se estaba deshaciendo en humo.

De cualquier manera se iba dando un espectáculo de bravura. Se había puesto su traje de cyborg y empezaba ahora a andar pesadamente hacia el submarino tal como lo había visto por primera vez, un macizo robot más que un hombre.

Mientras el grupo avanzaba, un marinero apareció corriendo y gesticulando. La escolta alzó sus armas de cañón corto.

Sobre el techo del edificio en llamas... ¡una figura también armada! Sabía quién era, aunque me maravillaba que no hubiera huido o muerto de calor. Pero quizá el ángulo del techo lo protegiera.

Apuntó cuidadosamente, pasmado por el humo. Los marineros abrieron fuego contra él.

Todo el mundo se echó a correr. Entonces Zorro disparó.

El gigantesco robot se tambaleó, luego se volvió de lado y cayó.

Miré nuevamente el techo. No había ya ni rastro de Zorro. Una nube de humo lo

oscurecía todo. Eran las ocho y diez.

Un oficial gritaba por encima del estruendo, su voz audible a través de la crepitación del incendio.

—Muy bien, muchachos, alcanzadlo. Señora, usted y su compañía sigan andando por este camino, por favor. Derecho hasta el esquiife antes de que haya más dificultades. Nosotros cuidaremos del Doctor Dan.

Los marineros sacaron con delicadeza a Dan de sus arneses: del gigante salió un niño pequeño. Parecía como si estuviera vivo todavía; no me era posible asegurarlo. Fue llevado hasta el bote y luego hasta el submarino, que ya había devorado a Heather y al resto de su compañía, con inclusión de su invención patentada, la subraza semejante a la de los gnomos.

El último grupo de marineros volvía disciplinadamente de su exploración. Un último tiro se disparó entre las sombras. Entonces también esos hombres fueron tragados por la figura negra en la laguna.

No quedaba la menor forma aunque fuera remotamente humana en movimiento. Las llamas relumbraban en un escenario vacío. Fuego y oscuridad, fuego y oscuridad... los elementos de la psique humana... Una voz cerca de mí dijo: —Calvario, eres tú mismo ¿no es cierto?

Como en un sueño, miré al mar, a las figuras que avanzaban entre las olas hacia mí.

—Lorta ¿eres tú?

—¡Mi divertido Calvario, sí! ¿Quién si no yo? Nadamos para verte, todos, todos aquí.

—¿Satsu?

—¡Aquí, Calvi! Tu pequeña mami Satsu.

Inclinándome extendí un brazo y los otros ayudaron a la niña a subir hasta mí. Como ahora no parecía haber peligro en que me asomara por sobre el saliente, los traje a mi encuentro uno por uno. Aun en ese momento reían y se regocijaban pidiendo que les hiciera cosquillas donde no tenía derecho a hacerlo mientras los demás estuvieran presentes. No tardamos en estar juntos apretados los unos contra los otros a salvo sobre el saliente.

—Pronto os llevaré a todos a otro sitio —les dije.

—Eso está muy bien —dijo uno de los hombres—. ¿Es un sitio mejor?

—Otro sitio. No mejor exactamente... Alimentos más abundantes, por lo menos... —no pude decir más.

El submarino estaba en marcha. Tan silenciosos eran sus motores que sólo oímos el ruido de las olas. Se deslizó por la desembocadura de la laguna hacia las aguas profundas y desapareció, y todo su peligroso conocimiento con él, dirigiéndose a un mundo que creía necesitar ese conocimiento.

Los incendios parecían haber perdido brillo. Las llamas de la aldea se habían casi extinguido y las demás agonizaban.

Una figura salió renqueando de la maleza y se dirigió hacia el borde del agua. Merodeaba cerca del sitio en que Maastricht se había ahogado muchos días atrás. Lanzó un aullido de desolación como un perro perdido.

Apretando en mis brazos a Satsu, consulté el reloj.

Eran las ocho y cincuenta y cinco.

Como siempre, era cuestión de esperar. De quedarse sentado perseverante y esperar.

La luz se desvaneció hasta que la noche de por sí adquirió una cualidad casi material, como un cuerpo en el que los restos aún refulgentes de la sede de Dart parecían una herida abierta. En el momento oportuno, el triste carmesí de la herida iluminó el vientre de un helicóptero.

La máquina descendió. Examinó la tierra por rayos infrarrojos. La presión descendente del viento producido por sus paletas creó un dibujo en la margen del mar trazando un semicírculo hasta que el agua abatida pareció una manta abandonada de prisa. Esta ilusión se desvaneció cuando la máquina aterrizó y apagó los motores. Las olas reanudaron su habitual rompimiento sobre las rocas.

Algunas figuras sombrías se reunieron en la playa de la Isla de Moreau, después de lo cual las paletas de la máquina empezaron otra vez a girar. El helicóptero se elevó y nuevamente se iluminó por breve tiempo al resplandor de los fuegos agonizantes antes de desaparecer en la noche.

En la isla abandonada, una figura solitaria, en parte hombre y en parte perro, emergió de su escondite y corrió hacia el borde del mar. De vez en cuando corría hacia las olas aullando, sólo para retroceder corriendo y aullando otra vez, deteniéndose por fin frustrado en las rocas y mirando fijamente el Pacífico, como si intentara resolver un acertijo que apenas pudiera formular.

Bajo la superficie del océano, noche y día ocurrían acontecimientos menos distintos que en el resto del planeta. Las criaturas de tierra se gobernaban por la ausencia o la presencia de la luz directa del sol; bajo las olas, prevalecía otro tipo de factores. En el lecho del océano reinaba un permanente crepúsculo aun en los niveles superiores; el agua permitía que sus habitantes prosiguieran sus actividades con general indiferencia respecto de la hora del día.

Un observador con inclinaciones filosóficas podría percibir aquí una analogía con el cerebro humano, entre partes rotuladas, por comodidad, si no por exactitud, consciente e inconsciente. El cerebro consciente está acostumbrado a una serie regular de estados de vigilia y de sueño, que corresponden a la luz y a la sombra. Las cosas son menos distintas en el inconsciente; resuena un conjunto diferente de relojes. El inconsciente tiene su propio elemento submarino no herido por los rayos del sol. La diferencia radica entre la Razón, que inventó el reloj de veinticuatro horas, y el Instinto, que se atiene a su propio Gran Tiempo. Hasta que la humanidad no llegue a un armisticio entre estos factores del ying y del yang, no habrá armisticio posible en la Tierra. Las bombas caerán.

Las bombas cayeron. El gran océano contenía muchos mares periféricos, la Cuenca de Guatemala, el Mar de Tasmania, el Mar de Coral, el Mar del Sur de la China, el Mar Amarillo, el Mar de Japón, el Mar de Okhotsk, el Mar de Bering. En todos estos mares el conflicto irrumpió cuando las ideologías chocaron y una nación chocó con otra nación.

Desechos de múltiples combates cayeron al océano, se hundieron, desaparecieron en el limo de las profundidades. Llovieron productos devastadoramente eficaces de la guerra química. El océano los absorbió a todos. El océano cubría una tercera parte del globo; era en cierto sentido el elemento madre del globo; y podía sobrevivir a la mayor parte de las actividades de su prole. Pero llegaría el día que no le sería posible absorber ya más. Entonces moriría, y el planeta junto con él.

La cuestión era si el instinto de supervivencia de la humanidad la impulsaría a hallar un camino a la paz permanente. De otro modo, todo estaría perdido. Porque el océano en última instancia no era más resistente que el Instinto por sí solo, o la Razón desasistida.



BRIAN WILSON ALDISS (Norfolk, Reino Unido, 18 de agosto de 1925 -) es un escritor inglés de ciencia ficción. Es uno de los principales representantes de la llamada Nueva ola de la ciencia ficción británica. Tras terminar sus estudios es llamado a filas por el ejército británico durante la Segunda Guerra Mundial.

Cuatro años más tarde pudo dejar la vida militar, y halló trabajo como librero, mientras empezaba a escribir relatos y poco a poco iba interesando al público gracias a su participación en varias revistas y al ganar el primer premio del popular certamen de cuentos del periódico *The Observer*. Su primer libro publicado, *The Brightfount Diaries*, apareció en 1955, el mismo año en que nació su primer hijo, Clive. A partir de dicha publicación, surgieron cada vez más relatos y novelas de su pluma, especialmente de ciencia ficción. Fue uno de los mayores propulsores de la nueva ola de dicho género, que abogaba más por un interés artístico y narrativo que por el tecnológico y simplista de las novelas *pulp*.

Abandonó su oficio de librero para dedicarse por completo a la escritura y al periodismo literario. En 1962 obtuvo el *Premio Hugo* a mejor relato por la serie de *Invernáculo*, en 1965 recibió el *Nébul*a a mejor relato por *El árbol de la saliva* y en 1982, el *John W. Campbell Memorial* por *Heliconia Primavera*. En 2005 fue ordenado Caballero del Imperio Británico.